¿Marxismo o Autogestión?

Félix Carrasquer

DESCONTROL

Marxismo
o
Autogestión

Félix Carrasquer



Barcelona, septiembre del 2015

ISBN: 978-84-16553-06-8

Dipòsit Legal: B-23827-2016

Maquetació: Descontrol Editorial
descontrol@riseup.net

Edició a càrrec de:

DESCONTROL EDITORIAL
descontrol@riseup.net
descontroled@

Imprès a l'impremta autogestionada El Taller



Marxismo o Autogestión

Félix Carrasquer

EDITORIAL DESCONTROL

DEDICATORIA

A los jóvenes, que despojándose de tradiciones y doctrinas, van seguros y alegres a la búsqueda de la verdad y de su autenticidad creadora.

A Mati, por su abnegada colaboración, y a Raquel, por su valiosa ayuda.

F. C.

INTRODUCCIÓN

El impacto producido por la lectura de nuestro artículo “Autogestión y Problemática Social»[1] ha sido para mí inesperado. Ello me demuestra una vez más, de un lado la falta de información que existe a propósito de la sociología autogestionaria y de otro la dificultad que en su propio fuero interno encuentra el hombre para comprender ciertos fenómenos sociales cuando se ha encariñado con una idea y alguien o algo va al encuentro de ella.

Tanto es así que, en situación parecida, los argumentos más sólidos y mejor intencionados pueden ser percibidos por nuestro interlocutor como subterfugios maquiavélicos o como ataques a su persona y a su grupo.

A raíz de mi artículo pues, si bien algunos lectores han interrogado preocupados y curiosos y otros han formulado ciertas objeciones sin oponer demasiada resistencia, no han faltado —aunque los menos, que yo sepa— quienes lo criticaron con desdén manifiesto.

Cuentan éstos, indiscutiblemente, entre los que abrazaron el marxismo porque tienen fe en él. Y como la fe emana de muy hondo, pues se aparta de toda lógica racional, está claro para mí que el marxista que cree en el marxismo haya de defender sus principios de un modo estereotipado y rígido; a la manera de los creyentes cuando defienden su Dios y al margen de toda experiencia científica y humana.

Para hacer un estudio sobre el marxismo, lo más racional que podamos, en el que analicemos sus postulados y afirmaciones absolutas, escribimos las páginas que siguen, no con el ánimo de convencer a nadie, sino con el deseo más íntimo de ir descubriendo la verdad y el funcionalismo más idóneo al logro de la libertad y de la solidaridad humana.

F. C.

---

1 Mundo Social. Mayo, 1975.

VALORES ABSOLUTOS

«El hombre no es apto para mandar ni para obedecer».

Goethe

Al objeto de comprobar cuánto tiene el marxismo de científico, de humano y de revolucionario, intentaremos analizar algunos de los absolutos que lo informan: El Hombre Total, la Economía, el Progreso, la Historia, el Partido y la Dialéctica y muy especialmente lo relativo a su Autoridad centralizada; procurando que nuestro análisis resulte, en todo momento, lo más objetivo posible dentro de los límites de nuestro propio conocimiento y teniendo en cuenta el reducido espacio que nos brindan estas páginas para tema tan delicado y amplísimo.

No obstante al ser los hechos y las experiencias de los hombres los que van a hablar, me veo impelido a enunciar aquí, como punto de partida de nuestra crítica, que todo absoluto es de origen religioso, puesto que nada hay en la esfera humana ni en el Cosmos que sea estático ni eterno. Lo que quiere decir, que enfocar la evolución y la historia con apriorismos totalizantes es ya, a mi corto entender, como meterse en un callejón sin salida; porque lo mismo el Universo que el hombre son dinamismos en evolución permanente; por lo tanto, relativos y siempre cambiantes.

El Hombre Total

¿Qué es el Hombre Total? Un ente metafísico que no existe y al que habremos de llegar, según Marx, siguiendo unas etapas fatales de la historia; sacrificando en el camino individuos y generaciones en aras de este ideal —semejante al cielo de los cristianos— para llegar a él y gozar de una ventura plena. Ese es el Hombre Total, libre de conflictos, de luchas, de apetencias, perfectamente integrado en una comunidad perfecta. ¿Habrá algo más parecido al Nirvana hindú o a la muerte?

¿Y cómo pretende llegar Marx a esa sociedad comunista? Por la obediencia a unas leyes, a una lógica, a una nueva forma de razón: la «razón dialéctica», es decir, la de los antagonismos, que rige —según él— tanto la naturaleza como la historia del pensamiento. La intención de Marx al lanzar su teoría era de un humanismo completo. Basta examinar sus primeras obras para ver cómo en su juventud vibraba de entusiasmo y de esperanza por una revolución que habría de liberar al hombre de todos los «determinismos» —biológicos, religiosos, ideológicos, sociológicos y económicos— para conseguir una vida más acorde con su propia naturaleza. Pero cometió muchos errores; el mayor —base de todo lo subsiguiente— fue haber admitido y sostenido reiteradamente que ese humanismo total del mañana exigía en el presente la práctica de un total deshumanismo. De ahí que se enzarzara por caminos de odio y de violencia para llegar a las relaciones de amistad y de amor que tanto anhelaba, y que se proyectara por vías dictatoriales para alcanzar la libertad.

En primer lugar, supeditando el hombre a ese ideal futuro de perfección, Marx y Engels le niegan toda participación individual en la evolución de los procesos sociopolíticos, considerándolo como un juguete de la historia a cuya fuerza está subordinado. Bien que en alguna ocasión no haya negado Marx el que individuos aislados pudieran representar un papel importante en el proceso histórico —de donde arranca precisamente su concepción elitista como iremos viendo— lo que prevalece en él finalmente es la lucha de clases como «fuerza motriz» de la historia. Dice Marx: «Sólo los proletarios del presente, totalmente excluidos de toda afirmación persona! están en condiciones de afirmarse de manera completa

y sin límites, es decir, de apropiarse de todas las fuerzas productivas y de desarrollar una totalidad de capacidades»[2]

La fuerza revolucionaria que atribuye al proletariado tiene su base en la miseria. Marx —a diferencia de Proudhon— consideraba la miseria del proletariado como una necesidad histórica. Llegó hasta a reprochar a los filántropos de su tiempo el no haber sabido valorar «el lado revolucionario de la miseria». «Es el lado malo el que produce el movimiento, el que hace la historia constituyendo la lucha».[3] ¿Cómo el proletariado, alienado y abatido habrá de sacarse de la manga esa sociedad en la que alcance la «totalidad de capacidades»? Volveremos sobre el tema cuando toquemos el Partido —otro de los absolutos fundamentales de la teoría marxista—. No olvidemos entretanto que quedan los «héroes» —como producto de la historia— que conducirán el proletariado a la tierra prometida por la magia de un idealismo metafísico .

Coincidimos totalmente con Erich Fromm cuando refiriéndose a Marx escribe a este propósito: «Su Idealismo romántico sobre el proletariado fue el resultado de un análisis puramente teórico más que de una observación de la realidad humana de la clase obrera».[4]¿Cómo podemos imaginar que seres sometidos, miserables, corroídos por el odio y alienados al extremo lleguen a transformarse de la noche a la mañana en hombres libres? ¿Cómo, después de haber sido modelados por la violencia y la destrucción que el exceso de miseria conlleva pueden convertirse los obreros en entes creadores? También Kostas Papaioannou, pese a la simpatía que Marx le inspiraba, debió hacerse esta pregunta cuando se expresa en estos términos: «El esquema que lleva a la hegemonía a la clase oprimida del período precedente y que hace de la lucha de clases el motor del cambio histórico no es más que una proyección de la victoria del proletariado industrial» [5], añadiendo que «nunca clase explotada

2 Marx: "Ideologia alemana". Edit. Sociales, París, 1968

3 Marx. "Miseria de la filosofia". "Oeuvres: Economie" Edit Gallimard. París, 1965, 2 vol.

4 Erich Fromm "The sane society", Rinehart, New York. Trad francesa Le Courrier du Livre. París

5 Kostas Papaioannou: "Les marxistes" Edit "J'ai lu" Citado por Matilde Neil en "Psycoanalyse du marxisme". Le courrier du livre . París. 1967

alguna ha jugado un papel revolucionario análogo al que Marx atribuye al proletariado, y que jamás la rebelión de los esclavos, de los plebeyos en la antigüedad, de los campesinos ni compañeros de la Edad Media han llevado a cabo una revolución profunda de la sociedad».[6]

Desgraciadamente, Marx caía en el pecado de idealismo que tanto combatía. Y al idealizar el proletariado, hacía de él una abstracción carente de relación alguna con los hombres reales que lo constituyen. Si no supo ver que hombres debilitados por el esfuerzo, aplastados por la miseria y reducidos a un vivir infrahumano no pueden realizar ningún cambio en las estructuras sociales, cometió el error asimismo de creer que hombres pertenecientes a dos clases sociales enemigas eran necesariamente distintos y que una simple transformación económica —«la socialización de los medios de producción»— aboliría estas diferencia. De no haber estado tan condicionado a su esquema ideológico hubiera visto que muchos proletarios de ayer se habían convertido en burgueses; porque los hombres no educados, en cuanto las circunstancias les son propicias se aferran a las costumbres de la burguesía y sus privilegios con todos los prejuicios materialistas y de falso prestigio que ello implica.

Observando al hombre de carne y hueso se hubiera dado cuenta de que el afán de provecho, el deseo de poder, de lujo, de distinción se encuentra en todas las clases sociales como fruto de una cultura que ha quedado demasiado impregnada por la teoría darwinista de la supervivencia del más fuerte. Por eso, desconocedor de la complejidad psicosomática del hombre real, Marx no pudo prevenir que los capitalistas se servirían un día de las citadas tendencias para hallar nuevas fórmulas de esclavizar a los trabajadores. ¿Cómo? Proporcionándoles niveles de vida más altos y exacerbando sus apetitos por todos los medios que la técnica moderna ha puesto en manos del capitalismo. Ello permitiría dos cosas: dar salida a la producción —con el consiguiente aumento de beneficios para los dueños de la empresa— y adormecer el ansia reivindicativa del proletariado. El resultado ya lo estamos viendo: un afán de ganar más para consumir más que ha ido debilitando la «conciencia de clase»; esa «conciencia de clase»

6 De Papaioannou, citado por M Neil en la obra ya señalada.

que Marx creía irreductible y que había de conducir fatalmente al triunfo de la revolución.

¿Cómo pensaba que el proletariado oprimido ascendiera al Hombre Total y a su libertad ulterior? Nada menos que acentuando su miseria y su desconsideración hasta grados poco menos que inconcebibles. Así escribía: «La revolución necesita un elemento pasivo». Elemento pasivo que debe responder a las siguientes exigencias:

1. — **«Una clase radicalmente encadenada».**
2. — **Una clase de la sociedad que no sea ella misma porque en sí lleva su negación.**
3. — Una clase que pueda encauzar ella sola todo el sufrimiento de la sociedad, que por lo mismo no reivindique ningún privilegio particular puesto que no se le ha hecho ningún daño en particular sino «un daño en sí misma».

Y machacando más el clavo dice a continuación: «para que nunca una clase sea por excelencia la clase de la emancipación, hace falta inversamente que otra sea la que impone decididamente la servidumbre». «Es necesario que una esfera social particular sea el crimen notorio de la sociedad toda».[7]

O sea que Marx lleva al extremo los antagonismos sociales, no como una situación dada que tenemos que corregir sino como una necesidad para que del antagonismo más radical brote de pronto la fraternidad y la justicia. Siervo de la fórmula darwinista de la agresividad y el triunfo del más fuerte, supone que el proletariado, por ser la mayoría, sin más, puede en esa lucha de clases salir airoso y que por el mero triunfo sobre sus opresores conseguirá la libertad y el HOMBRE TOTAL totalmente asimismo emancipado.

7 Extraido de Kazem Radjavi : " La dictature du proletáriat et le déperissement de l'Etat de Marx a Lenin" Ed. Antrophos. París, 1975.

En ese pensamiento, además de una mítica notoriamente subjetiva, va implícito un desconocimiento del hombre; porque nadie ignora que la unidad que somos cada uno de nosotros es el resultado de ciertas aptitudes innatas y sobre todo de la información que hemos recibido y de cómo hemos sabido organizarla. Siempre han estado la mayoría de los hombres sometidos —al menos desde el Neolítico— y nunca la mayoría ha sabido coordinarse convenientemente para acabar con la explotación, la represión y el crimen. Pero no se trata de una rivalidad fatal; porque si queremos mutar las estructuras egoístas por otras solidarias podremos hacerlo con hombres informados y conscientes; aunque de modo alguno con multitudes manipuladas por el odio y las élites desaprensivas.

Cuando la escuela de Piaget afirma que: «La Inteligencia es el resultado de una acción y elaboración orgánica y no un don innato»,NOTA7 pone bien de relieve el hecho de que cada uno de nosotros somos la obra de los conocimientos adquiridos y de la conciencia que hemos estructurado con nuestra voluntad y nuestra imaginación exploradora.

Ahora bien, si la personalidad del hombre únicamente puede cincelarse en un ámbito de libertad saturado de información y de estímulos realizadores, está claro que el oprimido, el menospreciado, el sometido a la ignorancia y la miseria no se halla en condiciones de emanciparse; en todo caso podrá ser un siervo de líderes ambiciosos. En otros términos: si los hombres somos entes en evolución permanente que ansiamos cada vez ir más lejos en nuestra investigación y en nuestra vida en plenitud, el Hombre Total satisfecho y perfecto no es solamente un mito inasequible, es así mismo un Absoluto que no tiene la menor relación con el hombre auténtico y curioso que todos en el fondo conocemos.

No ha tenido ni tiene en cuenta el marxismo —y hago hincapié en ello porque me parece la clave de toda la problemática social-que sólo propiciando a los hombres de todas las clases y categorías una atmósfera de libertad y de participación -en la familia, en la escuela, en la empresa, en el Municipio y en todo el ámbito del civismo-pueden dejar de ser explotadores u oprimidos para realizarse humana y plenamente como seres solidarios y creadores.

Marx ya había intuido que el hombre no era el ente creador y social que podía haber sido, y para hallar remedio a esta amputación del ser humano - de la que ya se habían ocupado los filósofos del siglo XVIII- fue a buscar en las obras de Hegel, de quien toma el concepto "alienación"[8]. Para Hegel la alienación es un concepto metafísico. Podría sintetizarse su teoría del siguiente modo: La Idea, al principio es imperfecta y para alcanzar la perfección ha de encarnarse en la naturaleza y en la historia. Porque al crear el mundo, la Idea se aliena haciendo aparecer la escisión entre el espíritu y la materia, entre el sujeto y el objeto, entre la razón y lo real, entre lo infinito y lo finito. En un momento de la evolución del mundo la Idea se encarna en el hombre. Pero el hombre, aún inconsciente, ha de sufrir a causa de su "conciencia desgraciada" y será únicamente al final de la historia y a través de alienaciones sucesivas como el hombre alcanzará el Saber Absoluto. Hegel da a la historia un sentido fatalista atribuyéndole la obediencia a una ley universal, y considera las desgracias presentes como un bien, ya que al final está la felicidad y el Hombre Absoluto. Marx -igual que Hegel como veremos luego- convierte al hombre en juguete de la historia que ha de resignarse a vivir su desgracia y su alienación como un tributo al bien futuro -algo así como la resignación del cristiano en aras del cielo prometido-.

No vamos a extendernos sobre la doctrina de Hegel, cuyo Idealismo y su desconfianza respecto a la creatividad y a las posibilidades del hombre han sido denunciados por Marx suficientemente; aunque por desgracia, éste no supo desprenderse de su visión mesiánica del Hombre Total, condenando a los hombres del presente a vivir alienados bajo el peso del trabajo y de la miseria. ¿Qué podría importarle al hombre sufriente de hoy la suposición de que puedan ser felices los hombres que vivirán dentro de mil o diez mil años?

A diferencia de Hegel, Feuerbach —de quién se inspiró también Marx— da al concepto de alienación una orientación más humana y más exacta desde el punto de vista sociológico. Para Feuerbach no es la Idea la que se aliena en el mundo, sino el hombre mismo; ya que éste en

8 Hegel: " La Phénoménologie de l'Esprit" (1807). Traducción de Jean Hyppolite. Aubier. París. 1939-41

lugar de buscar su afirmación, proyecta lo mejor de su persona hacia una transcendencia divina. Es decir, que el hombre, al sentirse desgraciado busca consuelo en un mundo imaginario, y creyendo en el más allá da una falsa compensación a su miseria; actitud que lo separa de sus semejantes, ya que al poner su capacidad de amar al servicio de Dios, se olvida de los demás hombres. Además, por haber limitado su crítica a lo religioso y negligido otros aspectos importantes de la alienación, hace del hombre el Ser Supremo y lo induce a su propia adoración con toda la carga rechazadora que ello conlleva; porque del mismo modo que el hombre se proyecta hacia Dios, puede hacer un Absoluto de otro hombre y adorarlo como a una divinidad. Igualmente, puede hacer un Absoluto de su Raza, de su Nación o de su Partido en oposición a otras razas, otras naciones y otros partidos. Puede divinizar su propio Yo e imponer su dominación a los otros. Todo dependerá de los ídolos que los condicionantes del medio en que ha vivido le ofrezcan como objeto de adoración.

Dice Feuerbach: "Si la divinidad de la naturaleza es la base de todas las religiones, comprendido el Cristianismo, la divinidad del hombre es su meta final... La mutación de la historia se cumplirá cuando el hombre tome conciencia de que su Dios es el hombre mismo"[9]. Como vemos, contrariamente a Hegel que suponía que la alienación era un bien, Feuerbach pensaba que la alienación era un mal del que el hombre debe liberarse en la Tierra. No obstante, al realzar al hombre como un Dios, crea un nuevo Absoluto y lo convierte en un ser orgulloso cuya comunión con los demás hombres se hace poco menos que imposible, obstruyendo el único camino des-alienante que se le ofrece: la cooperación.

Marx toma de Feuerbach su crítica de la alienación religiosa; pero le reprocha el no haber tenido en cuenta el proceso productivo por el que el hombre se realiza y va modelando el mundo sensible. Como él, pensaba que la religión procura al hombre una felicidad ilusoria que le impide la realización de la verdadera felicidad en la Tierra. No obstante, hace extensiva esa crítica a otras representaciones —«metafísicas, políticas, jurídicas, morales»— y llega a la conclusión de que tras esas diversas representaciones que la clase poseedora empleaba para tener bajo su yugo

9 Feuerbach: "Esencia del cristianismo"

a la clase explotada, se esconde la principal alienación: la económica. Este tipo de alienación, que en sus primeros manuscritos concibe como la imposibilidad que tiene el hombre de realizarse a causa de un trabajo deshumanizante y exento de creatividad, más tarde la pone de manifiesto en términos de explotación. Por ejemplo, dice así:

«En el sistema capitalista todos los métodos para multiplicar las fuerzas del trabajo colectivo se ejecutan a expensas del trabajador individual; todos los medios para desarrollar la producción se transforman en medio para dominar y explotar al productor: él hace del obrero un hombre truncado, fragmentario o el apéndice de una máquina; le opone como tantos otros poderes hostiles las fuerzas científicas de la producción; sustituye el trabajo atractivo por el trabajo forzado; convierte las condiciones en que este trabajo se hace en más anormales cada día y somete al individuo durante su servicio a un despotismo tan ilimitado como mezquino; transforma su vida entera en tiempo de trabajo».

Dice todavía Marx: "El modo de producción de la vida material domina en general el desarrollo de la vida social, política e intelectual";[10] añadiendo, que teniendo en cuenta el trabajo deshumanizado al que el obrero se ve forzado por el capitalismo, esa es la coyuntura desgraciada de la que vienen todos los desvíos y todas las alienaciones.

En ésta y otras muchas ocasiones, Marx nos da a entender que ha liberado el concepto hegeliano de alienación de su contenido metafísico. Para él no es la Idea sino el hombre concreto el que se halla alienado. No hay duda de que se orienta por cauces humanitarios; pero pronto vemos que se desvía del sendero liberador por una visión demasiado limitada de la realidad humana. Ninguna persona bien intencionada que observe nuestro mundo puede estar en desacuerdo con la crítica que aquí hace Marx del capitalismo ni puede dudar de su intencionalidad de liberar al hombre, pero de ahí a considerar el trabajo y la explotación como el único factor alienante hay un abismo de lamentables consecuencias. El ansia de poder, el egoísmo y la fuerza de los instintos son factores sicológicos que

10 Marx: "El Capital". En "Oeuvres: Economie" Edit. Gallmard. París, 1965

tendremos que tener siempre en cuenta si queremos comprender gran parte de los desvíos sociales y trazar rutas viables de rectificación.

Tenía razón Marx al ver en la explotación capitalista un factor de alienación; pero no supo ver que los hombres son víctimas asimismo del funcionamiento defectuoso de la organización política y del funcionamiento defectuoso de su relación con los otros. El problema económico mismo se halla estrechamente ligado al problema sicosocial de la comunicación. De ahí que sería ilusorio querer resolver el uno sin el otro.

Una prueba bien patente de esa disfunción nos la ofrecen los países económicamente desarrollados, donde la eclosión de nuevos problemas psicosociales es cada vez más acusada: Crisis inquietantes entre los jóvenes, aumento de la neurosis, de suicidios y de violencias de todo orden, delincuencia, consumo de drogas y de otros estupefacientes, etc. Los hombres actuales, ya sean del Este como del Oeste, quieren dominar y trepar; ven al adversario en todas partes, juzgan a los demás en nombre de unos principios absolutos, rinden culto a toda suerte de pasiones y caen con frecuencia en misticismos religiosos o políticos. En estas condiciones, si una revolución se produjera de la noche a la mañana y los hombres, tal como están condicionados, consiguieran un vivir holgado con sólo una jornada de cuatro horas, podemos estar seguros de que esa revolución se saldaría con un fracaso moral rotundo; porque esos hombres, al ser liberados de la servidumbre económica sin haber sido educados previamente en la libertad, no sabrían vivir de modo responsable y solidario.

Está claro que la conciencia humana es mucho más compleja de lo que Marx y Engels imaginaban, y que al hacerla depender exclusivamente del desarrollo económico Marx nos da de ella una imagen limitada y errónea. Limitada, porque únicamente estudió el aspecto pulsional de esta conciencia; la lucha contra la naturaleza y la lucha de clases. La lucha contra la naturaleza, que condicionó ya a los filósofos griegos desde Heráclito y que Hegel hiperestimó más tarde, es el punto de partida de los grandes errores de Marx y de muchos revolucionarios. ¿Cómo podemos estar sustancialmente en contra de la naturaleza si somos nosotros mismos

parte inseparable de ella? El hombre y cuanto le rodea no constituyen dualidad alguna puesto que todo es muy diverso y complejo. Las relaciones no son tan simples como para afirmar que todo se rige por el choque de los contrarios; ya que los seres se atraen o se repelen según el grado de afinidad o de rechazo que entre ellos exista, y los hombres asimilan de la naturaleza lo que les es útil o grato, rechazando lo que les estorba o desagrada. Es decir, que entre la variada heterogeneidad de cosas y de fenómenos que percibe, el hombre elige ateniéndose a las experiencias y al conocimiento acumulados tras muchos siglos de tanteos al azar de innumerables errores.

En cuanto a la imagen que Marx nos da de la conciencia, es equivocada porque no tuvo en cuenta el aspecto solidario y creador que fue determinante en el proceso evolutivo. "La repulsión es la primera forma de conciencia»"nos dice Marx, según cita de Garaudy,[11] quien a su vez escribe: "En el pensamiento el contra viene antes que el pro»"

Por esta representación oposicionista de la conciencia, ¿cómo explicaríamos el que el hombre utilizara un bastón para coger del árbol un fruto, cortara trozos de madera y tallara el sílex para fabricar herramientas y construyera chozas con cañas y barro para protegerse de las intemperies? Yo diría que colaboraba con ella puesto que necesitaba de su concurso. Es verdad que los primitivos tuvieron que luchar contra los animales salvajes y los elementos; pero ello no prueba que la conciencia naciera de esa lucha —los animales también luchan para alimentarse y no son conscientes de ello—. Si el hombre consiguió descubrir el fuego, fabricar herramientas,. confeccionar vestidos, edificar viviendas, y con todo ello hizo de la lucha algo menos aleatorio cada vez, fue gracias a su imaginación creadora —dinamismo primordial de todo progreso— y a su capacidad de síntesis con la naturaleza. Eso es lo que han hecho los hombres, desde el más primitivo hasta el sabio moderno: unir su personalidad a la naturaleza de manera activa y creadora.

Cuando Demócrito intuye la existencia de los átomos como elementos básicos de todo cuanto hay en el cosmos o cuando Francisco de Asís renuncia a su riqueza y se solidariza con los pobres. Y el gesto de

11 Garaudy : "Perspectives de l'home" Edit P.U.F

Tolstoy repartiendo a sus siervos la tierra. Cuando Einstein descubre la relatividad, y Marx mismo, cuando se desvela y trabaja para construir un mundo más justo, lo hacen impulsados por su genio explorador y solidario, no movidos por una conciencia destructiva como el marxismo pretende. Los hechos han demostrado por el contrario que las acciones violentas no han conducido nunca a una revolución ni a nada constructivo. Las revoluciones violentas, lejos de propiciar la solidaridad y la calma, siempre han provocado nuevas formas de tensión y de violencia. Por lo tanto, si bien no podemos negar la existencia de hábitos y estructuras que nos hacen desgraciados -anhelos de poder y de posesión, agresividad, orgullo, egoísmo y rivalidades absurdas- menos tenemos que ignorar las tendencias y las corrientes positivas que nos han hecho hombres: la cooperación, la imaginación, la conciencia que enjuicia y nos eleva, el afán de libertad y el deseo de humanización progresiva que ha de conducirnos hacia la solidaridad humana.

No es que no comprendiera Marx que la conciencia oposicionista representaba un mal; pero fiel a su sistema ideológico, creyó que de ese mal brotaría el bien, es decir una conciencia libre de conflictos. Si hubiera visto que tanto las tendencias constructivas como las destructivas existen las dos a un tiempo en el individuo —y esto desde los orígenes del hombre pasando por todo el proceso evolutivo— sin duda que hubiera cambiado las bases de su teoría. Lo más sorprendente en él fue que pensara que por el solo hecho de cambiar las estructuras económicas pudiera verificarse la gran transformación del ente alienado de la víspera. Porque si bien es verdad que todos los hombres son capaces de adquirir conocimientos, adaptarse a situaciones nuevas, mejorar su conducta y hacerse cada vez más solidarios, todo ello necesita tiempo y sobre todo un entrenamiento cotidiano. Pretender que esto se produzca de modo milagroso por un cambio social brusco, o que unos hombres reprimidos hasta entonces y condicionados por el odio y el ansia de *vendetta* hayan de organizar la comunidad próspera y libre a la que aspiraba Marx no es más que un mito creado por la magia de una mente ilusionada.

Hacer depender la evolución humana de las estructuras económicas exclusivamente era olvidar que el problema del hombre no se resuelve de

una vez por todas; que éste se hallará sujeto siempre a la ambivalencia de sus propias reacciones; que de un lado pueden ser éstas humanas y conscientes por haberse elaborado en la parte superior del cortex cerebral y que de otra pueden ser todo lo contrario por haber sido organizadas en la parte más antigua y animal de nuestro cerebro, es decir, en el bulbo — en lo que Laborit llama cerebro «reptiliano».

Así, no debe extrañarnos que la primera revolución económica llevada a cabo en Octubre de 1917 degenerara en la terrible represión staliniana que aplastó por decenas de miles a los mismos elementos vanguardistas del proletariado que se pretendía liberar.

Y dejando aparte algunos aspectos que lo diferenciaban, hay otro hecho muy similar registrado en la misma época. ¿No es significativo que Hitler, en las mismas fechas, aunque tras una máscara diferente, se aprestara a la liquidación del proletariado organizado en Alemania y el de aquellos países europeos donde le fue posible actuar?

Como hace notar Píerre Daix: “la misma voluntad de someter la evolución biológica del hombre a tesis políticas -racismo hitleriano, lissenkismo-, el mismo odio a Freud, al modernismo, a la crítica racional, la misma persuasión de que la dictadura política justifica no importa qué medio, no importa qué mentira, no importa qué crimen, la misma borrachera en modelar una sociedad humana de la que se niegan sus estructuras, hacen pensar que en esta empresa, las significaciones conscientes, evidentes, no eran las verdaderas” [12]

12 Pierre Daix “Structuralisme et Revolution culturelle”. Edit Casterman 1971

ABSOLUTO ECONÓMICO

El segundo Absoluto del marxismo es la Economía, condicionada, naturalmente, por el «modo de producción. Dice Marx: "El modo de producción de la vida material o infraestructura condiciona generalmente la vida social, política e intelectual (...) No es la conciencia de los hombres la que determina su conciencia, sino por el contrario, es su existencia social quien determina su conciencia".[13] El papel que Marx cede al individuo se reduce a reconocer el progreso de la infraestructura económica y a tomar conciencia de las contradicciones entre las fuerzas productivas -proletariado- y las relaciones sociales existentes. Además, ni siquiera es el individuo aislado el que puede tomar conciencia de esas contradicciones, sino toda una clase de hombres -los proletarios- empujados por el desarrollo económico y la dialéctica de la historia. Luego las clases -y con ellas los hombres que las constituyen- quedan reducidas al simple papel de observadores fatalmente manipulados por la historia.

Supeditando las actividades del hombre y los dinamismos sociales a las relaciones productivas exclusivamente, Marx hace de la producción y del progreso técnico-científico nuevos Absolutos a los que el proletariado ha de doblegarse para construir la sociedad socialista. Por de pronto, subordinar la vida del hombre al trabajo significa poner la carreta delante de los bueyes porque es a la inversa como se ha venido desarrollando la evolución adaptatíva del hombre. Los hombres cazaron, inventaron y trabajaron para garantizar su vida; pero de ningún modo para hacer de ésta un holocausto al trabajo según reza la maldición bíblica «ganarás el pan con el sudor de tu frente», ni al objeto de constituirse en clase redentora, es decir, en «motor» que ha de impulsar la historia.

Cuando Engels dice... "Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante de la historia es, en última instancia, la producción y la reproducción de la vida inmediata"[14] hace suya la teoría de Lewis Morgan -muy en boga entonces-según la cual la evolución de las relaciones humanas está ligada al proceso productivo del hombre. Este modelo fue tomado por Engels y Marx que vieron en él la confirmación

13 Marx. "Crittica de la Economía Politica" Oeuvres:Economie. Edit Gallmard. París. 1965

14 Engels "El origen de la familia, la propiedad privada y del Estado", en prefacio a la primera edición.

del materialismo histórico, sin darse cuenta de que al concebir la estructura del grupo como resultado del trabajo, invertían el orden de los hechos, ya que en realidad es del grupo de donde parte el hombre. El grupo existe antes de qué el hombre fuera Homo Faber, antes incluso de que fuera hombre; porque "estación vertical, liberación de la mano, hembras constantemente fecundables, etc. no pueden interpretarse en términos de trabajo ni de economía. Obedecen al instinto de conservación de la especie y sólo pueden explicarse en términos de sexualidad"[15]

Si tomamos pues la producción como factor exclusivo de evolución humana, ¿cómo explicar la formación de la inteligencia, la adquisición del primer saber o la complejidad social existente mucho antes de que el hombre fuera productor, mucho antes incluso de que hubiera sabido crear una técnica?

Si ya el Neanderthal era un hombre con un cerebro semejante al de los habitantes de hoy que fabricaba hachas con habilidad, se vestía, mantenía el fuego, había iniciado el culto de los muertos y tenía una organización social bastante compleja, y si el romagnon, además de todo eso, levantó poblados, perfeccionó la caza y la pesca, fabricó cerámica y realizó un arte pictórico y escultórico que nos maravilla, ¿cómo podemos pensar que la conciencia sea fruto del trabajo si éste sólo se inicia de manera formal a partir del Neolítico?

Pero, ¿qué representan los 10 o 20.000 años últimos comparados con los 3.000.000 que aproximadamente transcurrieron desde que se formaron las primeras hordas estables hasta el momento en que se produce la eclosión neolítica? Es importante retener que durante este prolongado y lentísimo período no hizo el hombre desde el punto de vista técnico más que mejorar el tallado de la piedra. ¿Qué ha pasado pues, para que el hombre, visto desde el ángulo cualitativo haya dejado atrás súbitamente esos 3.000.000 de años? Se ha humanizado —lo que no es poco— aunque muy lentamente y al paso en que iba modificando las aptitudes de su cuerpo y también las estructuras de su grupo.

15 Pierre Daix: obra ya citada

Zuckermann, según nos cuenta Pierre Daix, ha estudiado las civilizaciones que aún viven de la recolecta, como los Bosquimanos, con la esperanza de encontrar las condiciones de vida primitivas, y ha visto que la división territorial es determinante, y que a su vez, en lugar de ser el trabajo quien determina la organización social, es ésta la que lleva, por medio de ritos y otras prácticas, a hacer participar a todos los hombres en la caza y en el reparto de la misma. Puesto que la producción de medios de existencia escapan al control humano en esta economía dependiente de la naturaleza, para mantener el equilibrio recurren a la reducción del número de bocas. El primer sistema utilizado para ello es la masacre de los prisioneros de guerra -salvo las mujeres y los niños vigorosos-; el segundo el infanticidio ordinario. De esto resalta el hecho de que el primer proyecto económico humano que podemos aprehender es un proyecto de destrucción racional por falta de posibilidades para una forma racional de producción.

Lévi-Strauss de su parte, que ha estudiado de cerca algunos de los pueblos mal llamados “salvajes”; nos muestra la enorme complejidad de los intercambios económicos de estas culturas en las que aún perdura el intercambio de mujeres y dónde las relaciones de parentesco son las que determinan la estructuración del orden social. El grupo humano ocupa un territorio como los demás grupos animales; pero a diferencia de los otros primates, son grupos ya estructurados en función de la división del trabajo, del sexo y del parentesco. Es decir: que los hombres se dedican a la caza mientras las mujeres recolectan raíces, frutos y bayas, siendo el grado de consanguinidad lo que determina la exogamia y la formación de las familias. Dicho de otro modo; cada grupo, al ritmo de las estaciones se desplaza hacia los lugares que ofrecen posibilidades de caza y de recolecta. Luego el territorio determina las relaciones con otros grupos más o menos próximos; pero estas relaciones se establecen en función de unas estructuras de parentesco ya existentes.

“Si queremos reconstituir pues la clasificación primitiva de las informaciones -nos dice Lévi-Strauss- hemos de tener en cuenta las relaciones territorio-grupo humano, alimentación-intercambio de mujeres y producción-intercambio-reproducción que son todos ellos

elementos inseparables" [16]La autonomía del trabajo no interviene hasta el Neolítico; pero no como causa de hominización sino como una forma más de comunicación entre otras muchas de las que ya venía practicando el hombre con el medio físico y con el social de la propia especie: búsqueda del alimento, grupos jerarquizados por los ciclos hormonales, entrada de los machos en los procesos de trabajo, jerarquización del grupo, estructuras de parentesco, organización del grupo alrededor de un jefe, habilidad de la mano, lenguaje, ritos, maquillaje, etc ; todas estas relaciones estuvieron estrechamente imbricadas, sin que podamos precisar exactamente cuáles fueron primeras o segundas en ese laborioso y extraordinario proceso.

Luego es en un momento relativamente reciente, como ya hemos visto, cuando después del proceso prolongado y lentísimo— visto, claro está, desde el ángulo de nuestra perspectiva histórica— el hombre consigue crear la industria propiamente dicha, aprende a cultivar la tierra y a domesticar animales y es cuando acumula valores de cambio y de consumo iniciando la configuración de una economía planificada.

Pero, ¿cómo pudo pasarse de esta sociedad sin antagonismos, de apoyo mutuo, en la que cada individuo recibía de la comunidad lo necesario para satisfacer sus necesidades a otra sociedad de tipo antagónico como la nuestra si no existía la propiedad individual y no había, por tanto, lucha de clases?

Marx, al principio, se explica el origen del capital ateniéndose al modelo de la sociedad en la que él vivía, pero cometió el grave error de universalizar ese modelo particular de sociedad. Hoy ya nadie desmiente la existencia de otras sociedades llamadas primitivas en las que no existe la concurrencia por la producción ni el consumo. No obstante, debió darse cuenta en un momento dado de que por la economía no podía explicar lo que él llama la «acumulación primitiva del capital» indispensable a la formación de la clase burguesa. Ello se hizo -confiesa el mismo Marx- por la pasión egótica de individuos aislados y no por una clase que no existía aún. "La acumulación del capital se ha hecho por la expoliación de los bienes de la Iglesia, la alienación fraudulenta del Estado, el pillaje

16 Lévi-Strauss: " La penseé Sauvage" Edit. Plon. París, 1962.

de los terrenos comunales, la transformación usurpadora y terrorista de la propiedad feudal e incluso patriarcal en propiedad moderna privada, la guerra a las aldeas, etc.”[17] Así pues, fue por la pasión individual de posesión y dominio y por el empleo individual de la violencia y el poder, es decir, por factores independientes de la economía como se explica la formación de los capitales primitivos. En este caso como en otros muchos de los que todos podemos ser observadores o actores en la vida de cada día, lo económico no fue elemento determinante del progreso social, sino el cebo que movilizó las ansias de posesión y de dominio -pulsiones agresivas que forman parte de nuestra psiquis y que pueden cogernos desprevenidos en cualquier momento si nos obstinamos en desconocerlas. Es lo que hizo Marx atribuyendo al proletariado el papel mesiánico que sostiene la teoría del Absoluto económico y que ha permitido la justificación de los mayores crímenes y sufrimientos.

Para justificar el fatalismo de los cambios sociales por el juego de los antagonismos económicos Marx proclama de manera profética que “la población obrera crece más rápidamente que la valoración del capital» y que “a medida que el capital se acumula tiene que empeorarse la situación del obrero cualquiera que sea su salario, elevado o bajo”[18] ¿Cómo encajar esta teoría con la realidad de los hechos si vemos que los trabajadores de nuestro tiempo gozan de mayor confort que muchos burgueses del siglo XIX?

La explicación que da Marx al proceso de descomposición capitalista es la siguiente: “A medida que disminuye el número de potentados del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este período de evolución social aumentan la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación y al mismo tiempo la resistencia de la clase obrera siempre creciente y cada vez más disciplinada, unida y organizada por el mismo mecanismo de la producción capitalista. El monopolio del capital se convierte en obstáculo para el modo de producción que ha crecido y prosperado gracias a él. La socialización del trabajo y la centralización de su mecanismo material llegan a un punto en

17 Marx: “El Capital”. Obra citada.

18 Idem

que no pueden seguir viviendo en su envoltura capitalista. Esta envoltura va a desgarrarse. La última hora de la propiedad capitalista ha llegado. A su vez, los expropiadores van a ser expropiados."[19]

Apunta en otra parte: "El sistema de producción burgués es la última forma antagónica del sistema de producción social (...) Las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con este tipo de sociedad se acaba pues la prehistoria de la sociedad humana". [20]Esta es otra de las muchas previsiones de Marx que no se han cumplido.

Todos los tipos de sociedad socialista conocidos hasta aquí nos han demostrado que la supresión de la propiedad privada de los medios de producción por si sólo no suprime automáticamente la represión y la explotación de la clase trabajadora; pero es en los países del Este precisamente donde las contradicciones se manifiestan de manera más acusada a medida que la dictadura se ha ido endureciendo con el afán de sobrepasar a los países capitalistas. Nadie ignora ya que este afán por incrementar los valores productivos fue llevado al paroxismo por Stalin, que llegó a sacrificar millones y millones de hombres en los campos de producción concentracionales; tragedia que ha colmado todas las catástrofes humanas conocidas y cuyos resultados socioeconómicos han sido el mayor fiasco de la historia.

Las primeras víctimas del terror stalinista fueron los campesinos. Colectivizadas las tierras por la fuerza, se les obligaba a vender su trigo a muy bajo precio mientras el Estado lo hacía pagar muy caro, y ante la oposición que fueron manifestando los campesinos, se procedió en 1931 a. su deportación masiva. Millones murieron de privaciones y de fatiga. Después fue el tumo de los obreros, quienes sometidos a los procedimientos infrahumanos del stakhanovismo fueron convirtiéndose en máquinas de producir. Eran bautizados con el glorioso calificativo

19 Marx: El capital. Obra citada.
20 Marx: "Prefacio dela Crítica de la Ecconomia Politica" Edit. Gallmard, Parí, 1965

de «héroes del trabajo»; lo que no impedía que por cualquier falta laboral -retraso al comenzar la jornada, descuido o negligencia- fueran condenados a penas llamadas de "delito económico" y que iban desde un descuento en el salario hasta la pena de muerte. En esas condiciones, no es extraño que los obreros perdieran el gusto por el trabajo, que el derroche en instrumentos, materias primas y vidas humanas fuera enorme y que el nivel productivo resultase mediocre. Rusia, granero de Europa a principios de siglo, tiene que importar la mitad del trigo necesario para alimentar a su población, y pese a los éxitos que han exhibido en técnicas de prestigio como la aeronáutica, su nivel de vida es de los más bajos de Europa según se ha comprobado en repetidas estadísticas.

Frente al desinterés de los trabajadores por la producción y la conservación de materiales, por consejo del profesor Liberman, el gobierno de la U.R.S.S. Ha decretado la autonomía interna de las empresas y su derecho a participar en los beneficios. Es decir, que para "estimular el espíritu de iniciativa" y para realizar "un paso adelante hacia el socialismo", Liberman no ha encontrado otro medio que el de explotar como en el sistema capitalista, el cebo de la ganancia y el "incentivo de las gratificaciones".[21]

Viendo por otra parte la situación desastrosa de la producción agrícola, se repartieron a los campesinos pequeñas parcelas y se les vendió a plazos casas particulares, con lo que aumentó la producción de hortalizas y frutas y de animales de corral gracias a esa propiedad privada. Para justificar esta vuelta al modelo capitalista, Stepanov, afirma que "esta forma de propiedad encuentra sitio en la economía socialista y ayuda a su desarrollo".[22]

Otro aliciente para aumentar la producción agrícola ha sido la diferencia de salarios y el otorgar títulos honoríficos a quienes se distinguen por su celo. Pero este procedimiento sacado del modelo capitalista no parece haber dado resultados; porque mientras el rendimiento de las

21 Citado por Matilde Niel. Obra citada.
22 Stepanov: "Les izvestia" del 4 de marzo de 1966

parcelas individuales aumenta cada año, el de los kolkhoses continúa estancado o con escasas diferencias.

Sin hablar del aparato represivo y su implicación en muchos millones de crímenes -esto merece capítulo aparte- y ciñéndonos al aspecto económico de esta apartado, hay que ver la maleabilidad a que se presta el lenguaje cuando se trata de adaptar al esquema ideal que nos hemos prefijado, unos hechos reales que no encajan en él. Vaya un ejemplo: Cuando la industrialización, comenzada con Lenin, se fue acelerando, ante la gran desigualdad de salarios que se produjo (del 1 al 40 %- se propagó el eslogan de que pretender igualarlos era una desviación "pequeño burguesa". Todo ello no era óbice para que Stalin divulgara a los cuatro vientos que en Rusia se había construido el socialismo. "(...) puesto que la explotación ha sido suprimida, los explotadores no existen y no hay nadie a quien reprimir (...) Ahora tenemos un Estado nuevo, un Estado socialista sin precedentes en la historia".[23]

Para poder examinar más positiva y conscientemente la autenticidad de ese socialismo, transcribiremos algunos párrafos de E. H. Carr en los que se prueba cómo desde el principio la revolución bolchevique sometió la economía al aparato burocrático con menosprecio de los trabajadores a los que decía emancipar:

"Jivotov, portavoz de un Comité de Fábrica, declara: "En los Comités de Fábrica elaboramos las instrucciones que vienen de la base al objeto de ver cómo pueden aplicarse a la industria en su conjunto; éstas son las instrucciones del taller de la vida; éstas son las únicas instrucciones que pueden realmente tener valor. Ellas prueban de lo que son capaces los Comités de Fábrica y deberían por tanto tener el primer lugar en cuanto concierne al control obrero. Según el criterio de los Comités "el control es asunto del Comité en cada establecimiento. Los Comités de cada ciudad deberán reunirse (...) y establecer rápidamente una coordinación sobre bases regionales".[24]

23 Citado en : "Les marxistes", colección Ideés Gallimard, Francia
24 E.H. Carr "La Revolución Bolchevique, 1917-1923". Alianza editorial

Pero en lugar de respetar y estimular estas acciones sindicales de control efectuadas por los "proletarios", se creó el «Consejo Panruso de Control Obrero» bolchevique y centralizado para suplantar la acción democráticamente organizada de los trabajadores. Los Comités de Fábrica siguieron actuando y queriendo ser la base auténtica del control económico del país; pero ese Consejo, que nombró un cuerpo burocrático exclusivamente del partido, ignoró a los Consejos de Fábrica que no supieron organizarse convenientemente y que fueron finalmente abolidos bajo la camisa de fuerza del burocratismo bolchevique.

No solamente los trabajadores han sido expulsados del control económico en Rusia y en los países satélites, sino que los bolcheviques han vuelto a las tácticas capitalistas. A los 50 años después de haber abolido la propiedad privada ¿dónde quedan los vaticinios de Marx? Por un lado dan cierta libertad a las empresas para que compitan entre sí y obtengan ciertos beneficios como estímulo de producción, y por otro, facilitan el establecimiento de empresas extranjeras que explotarán a los trabajadores del mundo socialista llevándose buenos dividendos que robustecerán aún más el «imperio del capitalismo».

Como muestra de estas inversiones capitalistas en la URSS expondremos un pequeño muestrario de las que existían en 1970 y que hoy a los 60 años de la Revolución Bolchevique han aumentado de manera muy considerable. Por ejemplo la FIAT construyó una fábrica de automóviles en Togliattigrad en URSS (valor de mercado: 875 millones de dólares); una fábrica de automóviles está en construcción en Rumania; Pirelli implanta 6 fábricas de caucho sintético, etc.[25] Hay hoy en los países de Europa Oriental casi 150 fábricas que han sido edificadas únicamente por las firmas oeste-alemanas, bien bajo forma de licencias, bien a título de participación en los beneficios.[26] Todo ello sin contar las docenas de industrias que los americanos vienen construyendo en la URSS desde los años 30 y las patentes estadounidenses que los rusos han utilizado en la industria pesada sobre todo. Ahora, 1977, incluso España ha montado

25 M. Drulovic : "L'autogestion a l'apreuve" Edit Fayard, Paris 1973

26 E. Mandel "Le response socialiste au defí americain" Revue Pregled Sarajevo, nov-dic, 1969

tiendas de refrigeración y de pescado —la casa Cadí, entre otras—, lo que aumentará, sin duda, después de haberse establecido entre ambas naciones relaciones diplomáticas a alto nivel.

Si en los datos que acabamos de exponer observamos una dinámica económica de estilo netamente capitalista, al analizar cómo se distribuye esa economía entre los obreros constataremos las mismas injusticias que en Occidente aunque aumentadas en lo que respecta a las imposiciones de incitación. El stakha-novismo, si bien ha representado un estímulo para la producción, lleva implícito un profundo sentido de injusticia y es un elemento discordante para aumentar la rivalidad y el odio entre los obreros.

“Una propaganda extraordinaria hizo saber que algunos obreros, qué sobrepasaban las normas más altas, ganaban prodigiosos salarios: el minero Stakhanou había ganado 1.000 rubios en 18 días; la obrera textil Doussia Vinagradova elevaba su salario de 205 a 1.160 rublos; el metalúrgico Boussuiguine, de 250-300 a más de 1.000 rublos”.[27]

La producción de estos trabajadores premiados había aumentado desde un 50 a un 100% de la del obrero medio y no obstante el salario aumentaba 4 ó 5 veces el normal. La injusticia es flagrante, aunque el interés del burocratismo era estimular la producción y fomentar la rivalidad entre los productores. Esta diferencia es todavía más notable en el ejemplo de trabajadores igualmente calificados que indicamos a continuación:

“”En la Fábrica Kaganovich, que produce rodamientos a bolas, ¡a progresión de salarios mensuales de base para trabajadores de la misma cualificación profesional es la siguiente:

27 Paul Brière “Salaires et niveau de vie en URSS”. Edit les lles d’or

	CATEGORÍAS							
	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII
Rublos por mes	no hay obreros en estas		303	350	409	499	589	701

¿Dónde queda la idea marxista consistente en que al desaparecer la propiedad privada la economía estaría al servicio del pueblo y el proletariado sería el dueño de la situación nueva? La cosa está clara y la respuesta de los hechos es más elocuente de cuanto podríamos decir. Y es que, mientras haya un Estado y una burocracia que expolia y manipula, el pueblo permanecerá fatalmente explotado y oprimido.

OTRO ABSOLUTO: EL PROGRESO

De la absolutización de la economía se va, naturalmente, a la absolutización del progreso tecnológico y científico y de ahí, a que los peores sufrimientos, la miseria y las mayores alienaciones sean factores de progreso: ya que, de todos esos males del presente surgirá mañana, por la acción de los trabajadores, el bien de la sociedad socialista. Marx nos dice: ”La división del trabajo representa un progreso histórico”[28] y lo mismo otras formas de organización social conocidas hasta ahora, como son: la esclavitud antigua, el sistema feudal y el capitalista. Cada una de ellas ha representado en un momento de la evolución histórica “un modo de organización nuevo y superior” y una etapa en la marcha del progreso hacia un nivel más elevado.

La última clase aparecida -según reza en el “Manifiesto Comunista”- es la burguesía; “agente, inconsciente y sin voluntad, del progreso”. Pero el progreso final será realizado por el proletariado, la única clase capaz de efectuar la revolución del Hombre Total.

Marx y Engels, pese al deseo humanístico que les guiaba cayeron en el materialismo vulgar de la burguesía del siglo XIX al pretender que la humanidad sólo puede progresar con el incremento de bienes materiales. Han imitado los vicios del capitalismo sin darse cuenta de que su idea fuerza -”rendimiento máximo”- lleva fatalmente a la explotación sin reservas de la naturaleza y a prostituir ignominiosamente la capacidad productiva de los trabajadores.

La representación que Marx hace del productor y de su relación con la naturaleza queda bien sintetizada en esta frase: “La naturaleza, transformada por la industria, aunque sea en forma alienada es la verdadera naturaleza antropológica”.[29]

Pero no importa. La sacralización del Progreso exige eso y mucho más. Será progreso pues, cuanto nos aproxime al Hombre Total de la sociedad comunista aunque el hombre real de una época sea más desgraciado que el de la época precedente. De ese modo, la miseria del

28 Marx: “Manuscritos de 1844” París, Edit Sociales, 1968
29 Marx: “El Capital”, Obra citada.

obrero del siglo XIX representa un progreso porque sus sufrimientos contribuyen a una producción acrecentada y a una organización más eficiente del trabajo y porque su miseria exaspera su conciencia de clase y lo empuja a la acción revolucionaría.

"Nosotros sabemos -dice Lenin- que los trusts y el trabajo de las mujeres en la fábrica son un progreso. No queremos retroceder al artesanado, hacia el capitalismo no monopolizado, hacia el trabajo de las mujeres en casa. Adelante a través de los trusts y más allá de ellos hacia el socialismo"[30]. El marxismo no se interesa como vemos, por la mayor o menor felicidad de un obrero, de hoy o de ayer, ya que lo importante es el sacrificio por el hombre comunista de mañana. Subordinado el goce de la creatividad humana al imperativo deshumanizado de la producción, exaltada ésta como principio absoluto que ha hecho del trabajo un culto, el obrero ya no es más que una pieza insignificante de ese engranaje infernal que le impone el deber de producir en aras de un principio al que quedan subordinados todos los sentimientos y todos los demás valores humanos,

Marx, criticando al capitalismo, suponía que el afán de plusvalía y el interés de enriquecerse acabaría con todos los sentimientos de las relaciones humanas, convirtiendo a la dinámica social en un puro interés económico de tanto por ciento. Pero esa radicalización de lo económico y de subordinación al Progreso, nadie la ha cultivado de manera tan exacerbada e Inhumana como los regímenes marxistas.

A este propósito Casamayor[31] se expresa de mañera elocuente al escribir: "El carácter claramente autoritario del stalinismo, su contribución al reforzamiento del Estado y la implantación de una sociedad "orgánica" y jerarquizada en la que el individuo no era más que un medio que debía subordinarse a los objetivos dictados por las autoridades, correspondían a posiciones que tradicionalmente habían sido defendidas por la "derecha".

30 Aulo Casamayor : "Por una oposición que se oponga" Cuadernos de ruedo iberico, num 54 nov-dic, 1976

31 Citado por G. Lukacs en "Lenin" E.D.I

Es así como Stalin ha podido cometer los más horrendos crímenes y cómo los marxistas de la línea "dura" han podido aceptarlos reconociéndoles incluso una utilidad: la de haber permitido realizar grandes empresas y crear las industrias pesadas. Del mismo modo, han pretendido que el encarcelamiento o el asesinato de los escritores a los que se ha dado en llamar "subjetivistas" representa también un progreso porque ello va suprimiendo los obstáculos que frenan la marcha hacia el socialismo.

El número de los escritores víctimas más o menos directas del stalinismo es escalofriante. Entre los más representativos del llamado "subjetivismo" podemos señalar a: Gumilev, S. Trefiakov, A. Piotrovsk, B. Pilniak, B. Jassensky, fusilados; Olga Bergholtz deportada; Wladimir Piastre, Sergueí Essenine, Marina Tzwetaíeva, André Sobol, Maiakosky, suicidados; Ossip Mandelstam e Isaac Babel desaparecidos, y así podríamos llenar muchas páginas;[32] sobre todo si tenemos en cuenta los centenares que se han enviado a psiquiátrlcos los últimos años y los disidentes de hoy que creyeron en la fide-lidad de la URSS a los acuerdos de Helsinky.

Lo más grave, históricamente considerado, es que de ese culto al progreso se han contagiado todos los grupos políticos del universo actual. Fascistas y marxistas se reclaman de la ciencia y de la producción, lo mismo que las agrupaciones de izquierda o de derecha. Todos cifran el bienestar del futuro en un progreso acelerado en el que el hombre sea una máquina más de producción. Y naturalmente, si el ocio, la amistad, la creatividad y el placer de vivir van perdiendo vigencia, la rivalidad competitiva aumenta y la agresividad bélica lo invade todo. ¿Podremos por ese camino alcanzar la paz universal y el Hombre Total? La respuesta nos la da la tónica de las relaciones entre los Estados del mundo y la misma China, de cuyo hipotético paraíso, pese a que muchas gentes lo consideran como una perspectiva de salvación, nos van llegando sobrados documentos.[33]

Cuando a la muerte de Stalin se procedía en Rusia a la desestalinización, el stalinismo se había ido extendiendo en China, donde el

32 Mathilde Niel: Obra citada.

33 Simon Leys: "Les habits du président Mao" E.Seuil. Paris. Cl. et J. Broyelle Ev. Tshirhart : "Deuxième Retour de Chine" Ed Seull. París
Ll Yizhe "Chinois, si vous saviez..." Ed . Christian Bourgois. París.

comunismo también está poniendo de manifiesto y de un modo exacerbado el carácter mesiánico y autoritario de la doctrina marxista Piensan los chinos que una guerra termonuclear daría el triunfo al comunismo e imprimiría a la historia el "Progreso" definitivo. El "Cotidiano del Pueblo", de Pequín, escribe a este propósito el 19 de Octubre de 1965: "Para destruir el viejo mundo de la dominación capitalista, para construir el mundo nuevo de la liberación nacional, de independencia, de soberanía, de democracia y de libertad sólo podemos fiarnos de las armas y del conflicto armado".

Por su parte, Lin Piao, ministro de defensa, interesado en que debería obligarse al adversario a penetrar en China para vencerlo, dice en el informe Hsiao-Hua de 1965: "El vasto océano que constituyen los centenares de millones de chinos arma en mano, será más que suficiente para engullir algunos millones de hombres de las tropas de agresión". No debe extrañarnos que se acepte tranquilamente el sacrificio de millones de hombres cuando se ha puesto en primer plano el "progreso" hacia la revolución y el hombre hipotético del futuro. A los que así piensan ¿qué puede importarles el hombre real del presente?

A través del marxismo el Progreso aparece como la capacidad de producción únicamente, negligiendo la creatividad artística y la psicosocial como si el hombre mismo no formara parte de la evolución en todas sus dimensiones. En esta proyección de materialismo vulgar se enraiza la deshumanización de la idea; ya que, por esa subordinación del hombre a la técnica se aniquila todo sentimiento de fraternidad humana y pueden justificarse todos los crímenes. Sin embargo, en ese caos de antagonismo en el que todo contribuye a fomentar el odio, surgirá un proletariado conscientemente liberador, que impondrá taumatúrgicamente el comunismo, del que surgirá como de la cabeza de Júpiter, el Hombre Total puro y noblemente humanizado.

OTRO ABSOLUTO:
LA HISTORIA

La Historia, según el marxismo, está forjada por hombres estrechamente condicionados a las estructuras económicas y que nada pueden contra ese futuro histórico porque ellos mismos son el producto de la Historia. Como ésta representa el avance ininterrumpido hacia el Hombre Total y la sociedad idealizada, la historia ya no es la ciencia del pasado, sino la "razón dialéctica en marcha". Está hecha de conflictos y por la exasperación final de esos conflictos, el ser humano alcanzará su completa realización.

Aceptando el determinismo marxista de la Historia en todos los azares humanos, Lenin nos dice: "Marx considera el movimiento social como un encadenamiento natural de fenómenos históricos, encadenamiento sometido a leyes, que no sólo son independientes de la voluntad, de la consciencia y de los designios del hombre sino que, por el contrario, determinan su voluntad, su consciencia y sus designios". Después, un poco más lejos Lenin afirma el determinismo marxista citando "El Capital": "La producción capitalista engendra ella misma su propia negación con la fatalidad que preside a las metamorfosis de la naturaleza".[34]

Si nos atuviéramos a la letra de las contradicciones marxistas, ¿qué objeto tendría la lucha de clases, la voluntad humana para cambiar las estructuras, ni los estudios socioeconómicos, si todo viene fatalmente determinado por la fuerza demiúrgica de la historia?

¡Hay que ver el enorme desprecio del hombre que esta imagen encierra y cómo ella se presta para justificar las más crueles aberraciones! Los marxistas invocan siempre a la Historia; pero eso mismo hacían los nazis bajo el dominio de Hitler y así han hecho siempre los nacionalistas para no tener que dar cuenta a sus pueblos de sus ambiciones de conquista. En fin, la Historia es la divinidad que todo lo puede y a la que habrá de rendirse culto con el sacrificio de millones y millones de criaturas humanas.

Dice Engels: "La Historia es la más terrible de las divinidades que conduce su carro triunfante por encima de millones de cadáveres, no

34 Lenin, V: "Oeuvres. París-Moscou, ELE. Tomo I 1958-59

solamente durante las guerras, sino también en el curso de un desarrollo pretendidamente pacífico”[35]. De ese modo, triturando civilizaciones y pueblos hemos de llegar fatalmente a la meta que la dialéctica histórica nos tiene asignada y pueden justificarse todos los actos por criminales que sean. Ello poco importa con tal de que contribuyan al éxito de la “dictadura del proletariado”. Así han podido justificarse: El Acuerdo Germano-Ruso de 1939, que fue el preludio del aplastamiento de Polonia y de casi la total destrucción de la URSS; las represiones sangrientas contra el levantamiento de los obreros de Berlín Este en 1953; la Revolución Húngara de 1956; la masacre de fugitivos a través del Muro de Berlín y la invasión humillante de Checoslovaquia en 1968.

El hombre nada puede contra esa diosa implacable que llamamos Historia. Añade Engels: “Las sociedades son gobernadas por una necesidad que se disimula y aparece bajo forma de accidente (...) por ello, los que llamamos grandes hombres llegan a tiempo e intervienen. Si Napoleón no hubiera surgido, otro hubiera ocupado su puesto; la prueba está en el hecho de que esta clase de hombres siempre aparecieron tan pronto como fueron necesarios: César Augusto, Cronwell, etc. ...”.[36]

Qué marxista se atrevería a afirmar hoy que si Marx y Engels no hubieran existido, otros hombres hubieran podido ocupar su puesto? Por otra parte, considerar a esos dictadores que ensangrentaron los pueblos como hombres clave indispensables para la evolución histórica es poner al descubierto una vez más el carácter mesiánico del marxismo y atribuir a la guerra un rol evolutivo que no tiene; porque en realidad, si la humanidad ha evolucionado no ha sido por la influencia ni la “combatividad” de esos “héroes” “providenciales”, sino gracias a la labor perseverante de todos los hombres creadores y solidarios. Por poco que reflexionemos veremos claramente que esos mal llamados “héroes” nunca fueron agentes de progreso, sino elementos que aprovechándose de la rivalidad de los partidos políticos se erigieron en dictadores para dar satisfacción a sus paranoicas ansias de dominio.

35 Engels “Carta de Danielson” , 1893 Marx-Engels. Oeuvres Choisies, Moscou Edit Du Progrés, 3 vols, 1970

36 Engels : “carte de 1894 a Starkenburg” Citado en la mencionada obra de Mathilde Niel

Como la historia ha de ser la demostración irrefutable del materialismo histórico y ello nada tiene que ver con el estudio objetivo de los hechos del pasado, aquélla se convierte en la interpretación dialéctica de ese pasado. De ahí que los marxistas rusos para servir al Estado comunista y no tener que desmentir el fatalismo de Marx y Engels, han interpretado los hechos según la razón histórica que convenía a cada instante.

Por ejemplo: Hasta 1925 la Revolución Rusa de Octubre fue considerada por los marxistas rusos como una liberación de la esclavitud zarista y se magnificaban los levantamientos populares que la habían precedido. Pero a partir de 1928 tratan de darle una explicación económica. Entonces se pretende que la Rusia pre-revolucionaria no había sido un Estado Feudal, sino Capitalista, y tratan de presentar a los zares como los protagonistas de dicho Capitalismo. Era éste, claro está, el imperativo económico que les faltaba para ajustarse al esquema de Marx.

Desde 1934 se instala el culto a la personalidad y al nacionalismo. Hace falta pues, un pasado glorioso digno de ese culto y comienza a exaltarse la grandeza de Iván el Terrible, de Pedro el Grande y de Catalina II como emperadores magníficos que vivieron preocupados por el bien de su Patria. Y al objeto de no excitar a los obreros, se pasan en silencio los levantamientos populares que habían precedido a la revolución. Al mismo tenor, en vez de pronunciarse por el internacionalismo que preconizaba Marx, se fue cultivando el chauvinismo más exacerbado, hasta lograr convencer a las masas de la superioridad rusa en todos los dominios: revolucionario, técnico, científico, literario, etc.

De ese modo, el Absoluto marxista de la Historia ha ido impregnando a los comunistas del mundo haciéndoles creer que el futuro histórico les pertenece -especialmente a los del Occidente capitalista-; porque en los países socialistas del Este ya nadie cree en ello. Y aunque su "misión histórica" se vea frenada por los respectivos partidos y éstos a su vez por las consignas de Moscú. Moscú sigue siendo la Meca de los comunistas de todos los países. De allí emanan las directrices que en cada momento la "razón histórica" exige; porque es allí donde han surgido

los “héroes” capacitados y experimentados para cumplir con acierto esa trascendental misión.

Sabemos, sin embargo, por el análisis y las experiencias que antropólogos, biólogos, sociólogos, psicólogos e historiadores han aportado a nuestro conocimiento, que la historia no resulta fatalmente del movimiento de los antagonismos, ni es una proa evolutiva que orientada por una inteligencia cósmica se dirija hacia un fin determinado. La historia la hacen los hombres, que van tejiendo, con el mundo físico que les rodea y con la sociedad de su propia especie, una red cada vez más compleja de relaciones. Y estas relaciones las teje el hombre: de una parte en función de sus necesidades más inmediatas y de su capacidad resolutiva que va enriqueciéndose con nuevas experiencias, y de otra, en función de su curiosidad inagotable y de su imaginación prospectiva que le permite crear situaciones nuevas mejor adaptadas a su condición humana, y más satisfactorias por tanto. No es pues el fatalismo ciego quien pilota la evolución del hombre, sino su necesidad y la eficacia de su creatividad en esa línea ascensional.

Si la lucha entre clases antagónicas es el modelo que el marxismo nos ofrece, ese reduccionismo no corresponde a la auténtica dinámica de la historia: en primer lugar porque antagonismos los ha habido siempre en el interior mismo de la clase obrera, dentro incluso de la clase burguesa y los hay también en las sociedades donde los medios de producción ya no están en manos del capitalismo. En segundo lugar porque la lucha no sólo no es indispensable para hacer avanzar la historia, sino que representa el mayor estorbo en ese proceso de humanización qué se inició hace alrededor de tres millones de años.

El hombre es hijo de la cooperación y del apoyo mutuo; pues gracias a esos dinamismos hizo de sus potencias biológicas -posición erguida, cerebro más voluminoso, habilidad de la mano- un ser capaz de comunicarse y de explorar áreas nuevas. Se unió para la caza, y de la relación con los otros brotó el lenguaje, aprendió a observar y a fabricar objetos, ensanchó su comunicación y creó una cultura que supo transmitir

a la posteridad dotando a la especie de medios cada vez más idóneos para su humanización y para lograr la transformación del medio.

Hacer pues de la lucha de clases la energía fundamental e invariable de la historia y aceptar su fatalismo es dar la espalda al pasado del hombre y no querer aprovechar sus experiencias; porque sabemos que en los procesos de aprendizaje lo primero son los tanteos con sus resultados de errores o aciertos que serán seleccionados y potenciados para enriquecer el acervo técnico, económico o cultural de las sociedades humanas. De nosotros depende pues, salir del surco trillado de la historia por |a creación de otros modelos más humanos de convivencia o permanecer inactivos e indiferentes dejando que el cerebro reptiliano siga elaborando estructuras de destrucción y de muerte.

OTRO ABSOLUTO: EL PARTIDO

La lucha de clases está en razón

inversa de la "lucha" que actúa en el

interior de cada una de ellas.

Gurvitch

El Partido, que se erige en autoridad absoluta, es el que dicta las consignas y el que enjuicia y condena en todas las esferas de la vida. Sobre todo después de Lenin, el Partido representa la autoridad suprema e infalible.

"Sin un Partido de hierro, templado en la lucha -escribe Lenin en 1920- sin un Partido que goce de la confianza y de todo lo que hay en la clase, sin un Partido que sepa observar el estado de espíritu de la masa e influir en él, es imposible conducir esta lucha con éxito". Y para remachar el clavo, en el Congreso de 1921 dice: "El marxismo enseña que el partido de la clase obrera, es decir, el Partido Comunista, es el único capaz de agrupar, de educar y de organizar la vanguardia del proletariado de todas las masas laboriosas".[37]

No obstante, el germen de esta concepción absoluta y autoritaria, que ha prevalecido en todos los países socialistas del Este, hemos de buscarlo en los textos de Marx. Pues aunque éste diga en su "Manifiesto": "Los comunistas no forman un partido distinto de los otros partidos obreros. No tienen intereses que los separen del proletariado en general. No proclaman principios sectarios sobre los que modelar el movimiento obrero...", Dice a renglón seguido: "(...) los comunistas representan siempre y en todas partes los intereses del movimiento general y ellos tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de una inteligencia clara de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario". De ahí el que Lenin se sirviera de Marx para hacer de! Partido la vanguardia del proletariado. Y en Marzo de 1921 en el X Congreso, suprime las fracciones, suspende la democracia en el interior mismo del partido y prohíbe todos los grupos no conformistas.

No puede sorprendernos tal actitud dictatorial a poco que observemos el proceso mental de Lenin en el decurso de sus propias manifestaciones. Ya en 1902 decía en "*Que faire?*"[38]: "El depositario de la

37 Lenin "La maladie infantile du communisme, le gauchisme" En Oeuvres, tomo 31

38 Lenin: " Que faire" En Oeuvres, tomo 5

ciencia no es el proletariado, sino los intelectuales burgueses. Recordemos que ésta era ya la idea de Blanqui.

El 6 de junio de 1852, en la prisión de Belle-Ille, este último escribía: "Son los burgueses los que han levantado primero la bandera del proletariado, los que han formulado las doctrinas igualitarias, los que las propagaron, los que las mantienen y las vuelven a levantar después de su caída. Por todas partes son los burgueses los que conducen al pueblo en su batalla contra la burguesía".[39]

Constatamos pues, que no sólo se limita Lenin a una mera copia de Blanqui; insiste en esa idea elitista y de reverencia a la intelectualidad hasta grados poco menos que inconcebibles cuando dice en la misma obra: "una decena de hombres capaces, probados, profesionalmente preparados e instruidos bastan para conducir la acción revolucionaria de la clase obrera"; y subraya que sin esta "decena de jefes ninguna clase de la sociedad moderna puede conducir de manera resuelta la lucha".

Esta idea la aclara y condensa de manera lúcida Kazem Radjavi[40] cuando escribe: "En resumen, el razonamiento leninista consiste en subrayar la importancia de la teoría, de la ciencia, que está en el origen de la toma de conciencia, para demostrar enseguida que este hecho no existe entre el proletariado. Actitud bernsteiniana hasta aquí, pero a diferencia de Bernstein, que como meta de la toma de conciencia del proletariado preconizaba su educación y la mejora de su vida material, Lenin, para la misma finalidad, recomienda empujarle a toda costa a la lucha política.

Esta posición le permite la elaboración primero y la puesta en marcha luego de un partido único, centralizado, jerarquizado, elitista, monolítico y clandestino». Curándose en salud, Lenin expone en el mismo «Que Faire?» el temor de que se tilden sus teorías de escasamente

39 Blanqui : " Textes choisis"Edit. Sociales, París 1955

40 K. Radjavi: "La dictature du proletariat et le depérissement d'Etat de Marx a Lenin" Edit Antrophos, París, 1975

democráticas; argumento totalmente absurdo porque donde el Partido lo dirige todo y él mismo está sometido a una élite superior, el concepto democracia es más bien un sarcasmo que una expresión de auténtico contenido semántico. Ese absorcionismo centralista del Partido queda aún más realzado en los acuerdos que se tomaron en el 8.° Congreso en 1920:

«El Partido Comunista pretende ejercer la preponderancia y coger en mano integralmente la dirección de todas las organizaciones de trabajadores: sindicatos, cooperativas, comunas agrícolas, etc. Se propone particularmente obtener de los actuales organismos del Estado —los soviets— la ejecución de su programa al mismo tiempo que dirigirlas totalmente (...) El Partido Comunista de Rusia tiene que llegar a ejercer sobre los soviets un dominio político incontestable y a controlar efectivamente sus actividades gracias a un trabajo práctico y a una abnegación de cada día, gracias asimismo a la ocupación de todos los puestos soviéticos por los militantes más abnegados y más seguros».[41]

Por si quedara alguna duda sobre la intencionalidad «democrática» del Partido y de su lealtad a los intereses genuinos del pueblo, citaremos las intervenciones de Lenin y de Trotsky al X.° Congreso —1921—, para que esa idea de total absorción por parte del Partido Comunista Ruso quede elocuentemente reflejada.

«El Congreso se abrió con un violento discurso de Lenin, que lanzó una llamada en favor de la lealtad hacia el Partido y denunció la Oposición Obrera en estos términos: «La Oposición representa una desviación pequeño-burguesa, sindicalista y anarquista, provocada por un lado por la entrada en el Partido de antiguos mencheviques así como de obreros y campesinos que no han asimilado completamente la doctrina comunista; pero se debe sobre todo a la influencia que ejerce sobre el proletariado yel PCR el elemento pequeño-burgués excepcionalmente potente en nuestro país (...)».

41 Citado por O. Amweiler: “Les soviets en Russie” Gallimard. París, 1972.

«Y en esa misma línea de ataque a la oposición obrera, sobre todo a los partidarios de la democracia directa de Kronstadt, Trotsky decía lo que sigue, que, como las palabras de Lenin, fue rubricado por los acuerdos del Partido Comunista: «Ellos han lanzado consignas peligrosas. Han transformado los principios democráticos en fetiches. Han puesto el derecho de los obreros a elegir representantes por encima del Partido. Como si el Partido no tuviera derecho de imponer su dictadura (...) El Partido está obligado a mantener su dictadura cualquiera que sean las vacilaciones temporales incluso de la clase obrera (...) La dictadura no se basa en cada instante sobre el principio formal de la democracia obrera».[42]

Esta idea fuerza de que el Partido ha de ser el instrumento que lo absorba y dirija todo, queda bien expresada en este proceso esquemático: el Partido sustituye a la clase, el Comité Central al Partido y finalmente el Secretario General al Comité Central. Y esta estructura configurada por Lenin y que le permitió eliminar a cuantos grupos le estorbaban y proyectar la ruta de los crímenes stalinianos, se manifiesta con relieve deshumanizado en las frases que siguen, escritas por Lenin hacia 1921:

«El aparato tiene como misión administrar y asimismo educar a cualquier costo. Es decir que hay que explicar constantemente pero al fin, si la explicación no es suficiente, hay que golpear, e incluso discutir con los fusiles».[43]

¿Qué diferencia hay entre esta política de absolutismo impositivo con la de los zares o de cualquier otro imperio centralista del pasado?

Las premisas, pues, que acabamos de exponer de manera sucinta son las que han servido a Lenin, a Stalin y a otros jefes de los Estados Comunistas para justificar la tiranía. Trotsky, adorado hoy por mucha juventud mal informada, no queda a la zaga en esta escalada de represión y despotismo.

42 Extraido de “Autogestion et Socialisme” núms 24-25, septiembre-diciembre 1973, París.

43 Lenin: “Oeuvres”, t32

En 1920 escribía: «Hemos aplastado a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios, y están aniquilados»[44].Y para más información oigamos lo que Gastón Leval nos cuenta: «En primer lugar, los socialistas revolucionarios de que se trataba eran los de izquierda, tan revolucionarios como los bolcheviques. Y en segundo lugar, Trotsky no se limitó a «aplastar y aniquilar» a estas dos formaciones: lo mismo hizo con el movimiento anarquista, con los revolucionarios ucranianos —tan anticapitalistas como él— y con los marineros de Kronstadt, que habían asegurado el triunfo suyo y de Lenin contra el gobierno de Kerenski; es decir, contra todo el que no aceptaba pasivamente la dictadura de los comunistas marxistas violentamente usurpadores de la dirección de la revolución. Su asesinato posterior no fue sino la aplicación, en el interior del Partido, de los procedimientos que el trotskysmo había aplicado contra los revolucionarios que actuaban al margen del Partido».[45]

Marx, ignorante de las complejidades psicosociales, había olvidado la necesidad de dar a los trabajadores una educación humanista. Por eso, cuando Lenin coge en su mano la tarea de transformar Rusia, tuvo miedo de que la Revolución fracasara y él también reaccionó de manera autoritaria, confiando el poder a los hombres que se decían representar «la vanguardia del proletariado», es decir, al Partido. Como esos hombres, en vez de haber sido educados en la cooperación y en el conocimiento de los problemas humanos habían sido condicionados por la lucha, el odio y el autoritarismo, el Partido ejerció él solo y de manera tiránica la dictadura —llamada de «los trabajadores» pero que era en realidad la dictadura del Partido sobre los trabajadores—. Seguidamente fue el Comité Central del Partido y después un sólo hombre —Stalin— los que pretendieron encarnar los intereses de la clase proletaria.

No es de extrañar —habiendo sido creado el Partido sobre los principios que hombres sacralizados como Marx y Lenin habían sentado— que todos los

44 Trotsky : "terrorisme et Communisme" UGDE, París, 1963.

45 Gaston Leval : "La Falacia del Marxismo" Edit. Mexicanos Unidos, S.A México, 1967.

Partidos Comunistas del mundo sean autoritarios y que al frente de ellos estén siempre también los hombres más rígidos y dominadores, los más narcisistas. Hemos de ver en esto la presencia de un fenómeno psicológico muy estrechamente relacionado con los Absolutos —religiosos, nacionales, racistas o económicos— a los que se hallan inclinados los pueblos por los efectos del adoctrinamiento autoritario que desde siglos se viene ejerciendo sobre ellos. Es decir, que esos hombres erigidos en líderes suelen tener mayor audiencia porque proporcionan a las masas aquello que reclaman: ídolos para su adoración, motivos para desahogar sus impulsos y a la vez, el sentimiento de seguridad —de «ayuda mágica» dice Fromm— que tan hondamente necesitan. De ese modo, el líder, a la vez que alimenta el amorfismo y la obediencia de los subordinados —lo que va en contra de la toma de conciencia del Hombre Total que Marx preconiza— da satisfacción plena a sus anhelos narcisistas de superioridad y de dominio.

Marx y Engels creían que en la sociedad capitalista era imposible que el individuo pudiera sustraerse a la moral burguesa; puesto que atribuían los defectos del hombre al estado de desarrollo económico y social de cada momento; lo que hace decir a Engels: «Todas las teorías morales anteriores son en último análisis el producto del grado de evolución económica alcanzado por la sociedad en la época correspondiente, y como la sociedad ha vivido hasta el presente bajo los antagonismos de clase, la moralidad ha sido siempre una moral de clase»[46]. En consecuencia, para un marxista, la voluntad de poder, el afán de posesión, el deseo de explotar y la tendencia a destruir serían fenómenos de orden histórico contra los que nada puede el individuo. Es decir, que al hombre de nuestro tiempo ha de serle imposible vivir los ideales de libertad, de igualdad y de justicia tan elogiados por pensadores y sociólogos de todas las épocas. Ahora bien; tan pronto como la propiedad privada sea destruida y nazca una sociedad sin clases, las pasiones inmorales desaparecerán y el hombre hará el bien espontáneamente.

46 Engels : "Anti-Dhüring"(1878) Trad. Emile Bottigelli, Paris Edit.Sociales 2ªedición rev. 1963

¿No será este razonamiento una forma gratuita de evadir el problema para poder seguir inmersos tranquilamente en el egoísmo y en el afán de mando y de distinción o para seguir manteniendo ciertos hábitos defectuosos de los que no es fácil desprenderse?

Como según Marx, sólo cuando el proletariado destruya al capitalismo la humanidad alcanzará una forma superior de existencia, la moral comunista consiste en conocer las contradicciones de la historia, y luego, con todos los de su clase y bajo la dirección del Partido actuar para lograr la transformación revolucionaria. Es fácil comprender que este imperativo pone en juego toda la combatividad agresiva y el odio de los militantes, con la fuerza destructora que ello implica y el menosprecio más absoluto de los únicos valores humanos dignos de ser exaltados; la solidaridad, la amistad, el amor y el respeto al hombre, que son al mismo tiempo tan viejos como la historia.

En cuanto al conocimiento de las contradicciones y del destino de la historia, como los trabajadores no disponen de una cultura económica y política que los haga aptos para esa misión, sólo especialistas en la materia pueden aspirar a dicho conocimiento, y esos especialistas son los dirigentes del Partido; representando éste, claro está, la «vanguardia del proletariado». Así lo decidió Lenin; aunque el mismo Marx ya había dejado escrito que dentro del proletariado existe una categoría privilegiada, los comunistas, que (...) «tienen sobre el resto del proletariado —Platón en su República nos describe algo parecido— la ventaja de una inteligencia clara de las condiciones de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario, y entre ellos, esta categoría de intelectuales burgueses, que, a fuerza de trabajo, se han elevado hasta la inteligencia teórica del conjunto del movimiento histórico»[47]. Lenin fue sin duda, uno de esos «intelectuales burgueses» fiel al pensamiento de Marx. Para él la moralidad de los comunistas está enteramente subordinada a los intereses de la lucha de clases del proletariado.

La discriminación de Marx entre sabios que mandan y proletarios que obedecen tenía que conducir fatalmente al despotismo y a que en

47 Marx: "El manifiesto comunista" Oeuvres: Economie t. l (obra citada)

nombre dé un interés superior futuro, todos los medios, incluso los más inhumanos, llegaran a justificarse. Sin embargo, no hay fin que pueda justificar humanamente los medios porque en ellos va implicada la vida de todo hombre. Oigamos a este propósito cómo nos habla M. Djilas, escritor yugoslavo, perseguido también por Tito: «Formalmente, entre los comunistas, todas las libertades son reconocidas; pero ninguna si no es interés del comunismo tal como lo ven los jefes del Partido», y para poner de relieve que jamás una sociedad libre ha sido edificada por esclavos, añade: «lo que verdaderamente santifica el fin propuesto y lo que justifica los esfuerzos y sacrificios aceptados por dicho fin son los medios: su constante perfeccionamiento, su humanidad, la libertad siempre creciente que ellos aportan consigo. Por el contrario, «santificando los medios por el fin, éste se aleja cada vez más, es más irreal, mientras la espantosa realidad de los medios se hace más y más evidente e intolerable».[48]

Pero en el marxismo, la revolución socialista lo justifica todo. No hay más línea de conducta que la subordinación al Partido. Decía Khruchtchev a los escritores que criticaban el régimen soviético: «Alinearos bajo la bandera del marxismo-leninismo si verdaderamente habéis conservado el espíritu revolucionario (...) El odio hacia los enemigos de clase es necesario, pues no se puede luchar por el pueblo, por el comunismo si no se sabe odiar a sus enemigos».[49]

Este hombre, que se hizo simpático al mundo por haberse atrevido a denunciar los crímenes de Stalin —de los qué fue cómplice al mismo tiempo que víctima— no sólo persiguió a los escritores y a otros supuestos desviacionistas, sino que ordenó la bárbara represión sobre Hungría cuando en 1956 el pueblo húngaro se había levantado contra la tiranía del Partido Comunista.

Siguiendo la misma tónica de odio, el propio Mao Tse Tung arenga a las multitudes de China en estos términos: «Nosotros no podemos querer a nuestros enemigos, no podemos querer a los líderes de la sociedad.

48 M. Djilas, citado por Gaston Bouthoul en “L’Art de la politique” Edit. Seguhers

49 Khruchtchev en su informe al Comité Central del Partido, 1-7-63, citado por M. Niel, obra citada.

Nuestra meta es hacerlos desaparecer"[50]. A estos nos preguntamos con Mathilde Niel, "cómo una humanidad solidaria podría nacer a partir de millones de hombres así formados, cuando por el contrario, debería hacérseles comprender que para abatir a los líderes de la sociedad debería comenzarse por abatir el odio".[51]

Indudablemente, no pensaba Mao que si se llevaba al pie de la letra su consigna, él mismo no podría quedar en pie. Porque nadie como él ha sabido llevar a un grado tan exacerbado el culto a la persona del líder. Todo el mundo conoce que a lo largo y ancho de China se exhibe su retrato en tamaños verdaderamente gigantescos. ¿No es ello una prueba inconfundible de su desmedida egolatría? Y ésta no es la buena base para edificar una sociedad justa y libre; ya que el culto a la personalidad corrompe al que lo recibe y en todo líder hay un tirano. Setecientos millones de chinos fanatizados desde la infancia a rendir culto a un solo hombre es la forma de totalitarismo más alienante que un pueblo puede sufrir y la más propicia al desencadenamiento de nuevas olas de represión y de terrorismo. Y no somos nosotros los únicos vaticinadores. Es el «Cotidiano del Pueblo» el que habla al día siguiente de la desgracia de Peng-Chen, alcalde de Pekín —junio de 1966—: «El que se oponga al pensamiento de Mao Tse Tung, a la dirección central del Partido, a la dictadura del proletariado, al socialismo ortodoxo, será castigado por el partido y el pueblo entero, sea quien sea y cualquiera que sea su posición social».[52]

Se ha hablado mucho del terrorismo stalinista, olvidando que Stalin no era sino el fruto de la idea fuerza que reside en el dogma del Partido y que no fue él sólo quien cometió crímenes. Ya hemos visto cómo Lenin y Trotsky —que le precedieron— habían abierto la ruta eliminando a las organizaciones de izquierda que aspiraban a una revolución más libre y humana. Coincidimos con Mathilde Niel, en que «ni la monstruosa voluntad de poderío de Stalin, ni el delirio de persecución del que fue presa

50 Hu yao Pang: "Pour Faire de Notre Jeunesse una Jeunesse Revolutionaire", citado por M. Niel

51 M Niel, obra citada

52 Idem

hacía el final de su vida, podría explicar por sí solo semejante fenómeno. Stalin no hubiera podido aplicar tales métodos si no hubiera encontrado preparado el terreno por Marx y Lenin. No hubiera podido imponer semejante terror si la conciencia pasional de las masas no hubiera estado preparada y explotada desde mucho antes por el método marxista-leninista (…) Sería absurdo pretender cargar sobre Stalin toda la responsabilidad de los crímenes ocurridos durante su mandato (...) En noviembre de 1927, Bukharin escribía en el periódico «*Trud*»: «En nuestro país pueden existir también otros partidos. Mas he aquí el principio fundamental que nos distingue de Occidente. La única situación imaginable es la que sigue: un solo partido reina y los otros están en la cárcel», y algunos días más tarde, Tomski escribía en la «*Pravda*» del 19 de noviembre de 1927: «bajo la dictadura del proletariado, dos, tres, cuatro partidos pueden existir, pero con una sola condición: uno en el poder, los otros en la cárcel».[53]

Poco pensaban en ese momento que muy pronto, el Partido —proyectado por Marx, puesto a punto por Lenin y personalizado en la figura de Stalin— llevaría a cabo las grandes purgas en las que estos hombres cayeron con otros líderes del Partido miembros del gobierno y con muchos generales del ejército rojo: unos asesinados clandestinamente, otros ejecutados de manera legal y todos calificados «de monstruos, espías, asesinos, saboteadores y bandas de esclavos vendidos a los capitalistas». Según el famoso informe secreto de Kruchtchev, 70 % de los miembros del Comité Central y 80 % de los delegados al XVII Congreso fueron pasados por las purgas.

La moral que propone el marxismo es, como hemos visto, una moral de obediencia. De ahí que, «Ningún comunista —escribe Ignacio Siloni— puede discutir la legitimidad del Partido sin romper con la teoría y la práctica totalitarias. Todo el sistema descansa sobre ese pilar. La falsa teoría de la ortodoxia espontánea y de la unanimidad voluntaria es, verdaderamente, la puerta de Hércules que ningún "buen" comunista, de

53 M Niel, obra citada

cualquier fracción que sea, se atreve a franquear. Más allá no ve más que aventura y perdición” [54]

¡A qué extremo, el condicionamiento de los comunistas y su obediencia al Partido han de ser grandes!

Es decir, que el «buen» comunista es el que no sabe utilizar su inteligencia para pensar por su cuenta y que se halla siempre dispuesto a sacrificar al Partido sus sentimientos personales, sus amigos, su familia, su libertad en suma. Un libro acaba de salir en Francia que puede aclararnos muchas cosas sobre este sorprendente fenómeno. Se titula «*Les Stali-niens. Une expérience politique. 1944-1956*». Ediciones Fayard. Su autora es Dominique Desanti, que fue periodista de «*L’Humanité*», y hasta 1958 «un rouage de la grande machinerie». Es Max Gallo quien nos hace un avance de ese interesante libro, diciéndonos que «más que una autobiografía política es la historia de esas generaciones de la guerra y de la inmediata posguerra que se adhieren al comunismo cuando aún es la URSS el modelo único e indiscutible».

«Son doce años de “experiencia política”, 1944-1956, desde la Resistencia al XX Congreso, lo que Dominique Desanti relata en su libro, del que destaca sobre todo el siguiente interrogante: ¿Es que una tragedia personal pone en duda al comunista? Para el dirigente la respuesta es, naturalmente, negativa. Pero este interrogante que desde hace medio siglo todo comunista se plantea, ella no lo ha olvidado y sigue preguntándose —no sin tristeza— ¿por qué se ha dejado manipular por el Partido?»

«Interrogante decisivo y siempre necesario. Porque pese al “Archipiélago Gulag” que cuenta decenas de millones de “tragedias personales”, pese a tal o cual giro político del Partido Comunista, muchos jóvenes —nacidos en 1956, por ejemplo cuando los hechos de Budapest— se adhieren aún al comunismo o a grupos izquierdistas que

54 En “Rimascista” del 4 de septiembre de 1964.

son su caricatura. Para ellos, el tiempo de la fe —en Trotsky, en Mao— no se ha cerrado.»

«Y es que, ignoran la historia. El libro de Dominique Desanti sugiere en efecto este dato fundamental: a cada nueva generación de adherentes, el Partido disfraza y deforma la historia real. Y reconstruye una epopeya mítica. En 1944, nada se sabe del proceso de 1937. En 1947 se rechazan las pruebas que aporta David Rousset sobre la existencia de campos soviéticos. Sartre, que se interroga, no es más que una "hiena dactilógrafa, un chacal provisto de una estilográfica". Desde el informe de Kruchtchev hasta el "Archipiélago Gulag", de Budapest a Praga, de Koestler a Soljenitsyne, parece, que cada vez, todo ha sido dicho. Sin embargo, la fascinación funciona de nuevo: el tiempo de una generación.»[55]

Así se manipula y deforma la historia en aras de una mística que el Partido promueve y ensalza; porque su supervivencia depende de la fidelidad al dogma, no de la conquista de la libertad ni de la verdad. Sin embargo, esa fascinación de la que nos habla Dominique Desanti y que parece dejarse sentir todavía en los Partidos Comunistas de Occidente, va siendo cada vez más dudosa en Rusia y en las llamadas «democracias» populares, donde la juventud se muestra reacia al marxismo y se manifiesta como puede en su deseo de abrirse al mundo, de romper las fronteras y de conocer mejor a Occidente. Bastan para convencernos de ello, las manifestaciones de Breznev en el XV Congreso de Komsomol —17 de mayo de 1966— reprochando a los jóvenes su despolitización y sus malas costumbres «burguesas». Según informe del propio Breznev, de dos millones y medio de jóvenes de menos de treinta años, sólo doscientos setenta mil militaban en el Komsomol y dos millones trescientos mil entre chicos y chicas más jóvenes no estaban encuadrados en ninguna parte.[56]

La anécdota que voy a referirles coincide con las impresiones sacadas del citado Congreso: Un pequeño grupo de españoles —entre ellos una joven amiga nuestra— visitaron la ciudad de Sofía el verano de 1974.

55 De "L'Express" del 7 de octubre de 1974 por Max Gallo
56 De "Le monde", 19 de Mayo de 1966, artículo de Henry Piere. citado por M. Niel

Iban como turistas y llenos de curiosidad, cuando tropezaron con unos jóvenes del país que hablaban perfectamente el español. Después de un rato de charla con ellos uno dijo: «Aquí ya nadie cree en el comunismo». El hecho no nos parece raro ni incongruente; porque el ansia de libertad está tan profundamente arraigada en el hombre que jamás dictadura alguna ha de poder ahogarla totalmente. Por muy perfeccionados que sean los métodos de represión y de condicionamiento, la libertad brota siempre a la superficie cuando menos se espera.

EL ABSOLUTO DE LA DIALÉCTICA

Todas las teorías dialécticas de la historia, desde Grecia —cuya cultura hizo vacilar a Marx porque había aparecido en un momento económico tan atrasado— pasando por Hegel y muchos exegetas cristianos, han consistido en afirmar la función evolutiva de los opuestos, que surgieron como un recurso del hombre para aprehender el mundo y sus fenómenos; recurso, cuyo carácter pretendidamente científico queda hoy desmentido a la luz de los hechos. Sigamos, aunque sólo sea a grandes pasos, la marcha de Hegel, Engels, Marx y Lenin por los cauces tortuosos de la Dialéctica.

Para Hegel, la naturaleza y la historia, vistas únicamente bajo el aspecto combativo, son exteriorizaciones de la Idea imperfecta, en marcha a través de las contradicciones hacia la conciencia perfecta, el Saber absoluto. De ahí el que las luchas, las revoluciones y las guerras sean para él fuente de progreso.

«La contradicción —escribe— es la fuente de todo movimiento: sólo cuando una cosa lleva la contradicción en sí misma se mueve, tiene una impulsión y una actividad» (...) «Una cosa no está viva mientras ella no encierre la contradicción».[57]

La naturaleza y la historia —según Hegel— no progresan de manera continua, sino por saltos. Es decir; que a cada estadio de la evolución de la naturaleza y del proceso histórico surge una crisis generadora de revolución y de progreso. Pero esas revoluciones no son el producto del azar sino que obedecen a unas leyes, a una lógica, a una nueva forma de razón: «la razón dialéctica», que rige, tanto la naturaleza como la historia y el pensamiento.

Marx y Engels se convierten en adeptos acérrimos de esa nueva Lógica, que el primero aplica al análisis de la historia —«materialismo histórico»— y el segundo al análisis de la realidad toda —«materialismo dialéctico»—.

57 Hegel: "Science de la logique" (1812-26) Trad. de S. Jankéievitch Aubier París, 1947, 2 vol

Una de las pruebas que utiliza Marx para demostrar los cambios cuantitativos en cualitativos aplicables a su dialéctica y a la revolución es la del agua, de Hegel, que consiste según Las especulaciones del idealismo hegeliano en lo siguiente: "De 0º a 99º el cambio que sufre el agua no es más que gradual y cuantitativo, ya que únicamente cambia su temperatura. Pero esto no puede continuar indefinidamente. A 100° hay un cambio brusco: la transformación del agua en vapor. Esto es un cambio cualitativo». Marx emplea en «El Capital» este símil para demostrar que cuando la sociedad llegue a 100° la revolución será un hecho espontáneo y fatal. ¡Y a esto lo llama pomposamente un hecho científico! ¿Qué relación puede haber entre un fenómeno físico como los cambios del agua con la complejidad del cerebro humano y con la configuración social? El hecho pone de relieve una vez más que cuando el hombre se apoya en especulaciones metafísicas puede llegar a las extrapolaciones más absurdas y a las afirmaciones de mayor peligro.

Engels, queriendo reforzar la dialéctica de Marx y apoyarla en un materialismo histórico de base científica, explica en el *Anti-Dühring* la conexión que hay entre la historia de la naturaleza y la historia del hombre, y no conformándose con su argumentación explica las bases de la dialéctica por las siguientes leyes:

-la ley del paso de la cantidad a la cualidad e inversamente
-la ley de la interpenetración de los contrarios
-la ley de la negación de la negación.

A propósito del paso de la cantidad a la cualidad ya hemos visto la imagen «convincente» del fenómeno del agua; respecto a «la interpretación de los contrarios», ya hemos probado en otro lugar cómo hay más cooperación que antagonismo en las relaciones del hombre con la naturaleza e incluso entre los mismos hombres; aunque el error que destruye toda la teoría está en la «negación de la negación»; porque si en el terreno matemático o en el físico llegamos a la conclusión de que hay un factor que niega lo que le precedió y empleamos el sofisma de tesis, antítesis y síntesis, llegaríamos a la negación de la evolución y del hombre mismo.

No pretendemos condenar a Engels por el sentido que da a la evolución biológica y al proceso de humanización puesto que era el que dominaba en su época; pero es preciso hablar de ello en un intento de desbrozar el camino y de buscar soluciones válidas a los problemas que acucian al hombre. La visión antropocéntrica de Engels al asignar a la vida y a la selección natural la finalidad de crear al hombre, en realidad es equivocada. La cibernética nos ha demostrado que esa noción de finalidad se ha venido apoyando en una interpretación errónea de los procesos de regulación que caracterizan la vida. Hoy podemos decir que la especie humana ha procedido por experiencias aleatorias que el rendimiento práctico ha ido seleccionando sin más finalidad que la adaptación inmediata, y esto, lo mismo en el plano biológico que en el cultural, puesto que los dos forman parte del mismo proceso evolutivo del hombre.

Mas dejemos aparte cuanto respecta al sentido de la evolución y pasemos a otro aspecto de Engels, cuya actitud frente a la evolución social nos lleva a considerar que tanto su posición como su método están en desacuerdo con los hechos que hoy conocemos. Vive Engels, claro está, en un momento en el que la Cosmogonía se preocupa por establecer modelos de evolución compatibles con los primeros descubrimientos de la física molecular. Y la primera dificultad que Engels encuentra en su «Dialéctica de la Naturaleza» es la existencia de lo que nosotros llamamos el principio de Carnot, al que él llama de Clausius porque fue éste quien lo enunció de nuevo en 1850 y quien introduce la noción de entropía para explicar el fenómeno en cuestión. La entropía es un fenómeno irreversible que expresa la degradación de la energía. Ante ésta, se pregunta Engels, ¿cómo explicar la creación del Universo y la aparición de la vida por medio de la termodinámica?

Engels estaba en lo cierto al chocar con las soluciones termodinámicas a las que se atenía la ciencia de su época; pero he aquí, que deseando colmar los vacíos de su ciencia cae en las mallas de la dialéctica, creyendo que ésta podría sustituirla, y lo que hace sin darse cuenta, es renegar del materialismo en provecho de la metafísica tradicional. De golpe, encuentra la vieja jerga idealista para legitimar su posición. Escuchémosle: «En la ciencia teórica que organiza en lo

posible sus concepciones de la naturaleza en un todo armonioso, y sin el cual, en nuestro tiempo, incluso el empirista más indigente de espíritu no sabría progresar, tenemos que contar a menudo con grandezas muy imperfectamente conocidas, y la lógica de pensar, en todos los tiempos, ha tenido que suplir las imperfecciones del conocimiento».[58]

Engels ha pasado, como vemos, de la dialéctica como modelo sacado del movimiento de los sistemas del Universo, a la dialéctica como instrumento filosófico; lo que ,le conduce a la concepción de una naturaleza que habrá de obedecer a la dialéctica, y esto es puro idealismo; ya que si la fórmula tuviera un sentido «materialista», es la dialéctica —representación humana—la que habría de obedecer a los movimientos y cambios de los sistemas de la naturaleza; es decir, a los resultados de nuestras investigaciones sobre esos sistemas. «Con dicha fórmula además. Engels no sólo traiciona al materialismo, sino que reintroduce el argumento de autoridad, la mística teleonómica y todo cuanto la ciencia había tenido que destruir para llegar a edificarse».[59]

Pierre Daix se pregunta ¿por qué después de casi un siglo, los marxistas se han guardado de examinar las posiciones de Engels, tanto sobre la evolución del Universo y de las formas vivas como sobre la evolución que nosotros llamamos cultural, dando seguidamente esta explicación: «El evolucionismo de Engels engloba la evolución física y biológica pero también la social —después del capitalismo la humanidad pasará, necesariamente al socialismo—. La expresión misma de «socialismo científico» quiere decir que el socialismo está inscrito en la ciencia. De suerte que tocar el evolucionismo de Engels equivaldría de hecho a poner en tela de juicio Ja predicción de la necesidad del socialismo».[60]

Jacques Monod, hace notar la convergencia que existe entre Engels, Aristóteles, Teilhard de Chardin y Hegel. Dice así: «La lógica de estas interpretaciones trascendentes, parientes lejanos del animismo primitivo, implica como postulado de partida una teleonomia universal que tendería

58 Citado por P. Daix : "Structuralisme et Revolution culturelle"
59 P. Daix, obra citada.
60 Jacques Monod : "Lección inaugural de Ingreso en el College de France, 1967. Citado por P. Daix.

a la emergencia. Una vez admitido este animismo cósmico, ya no hay dificultad para explicar la aparición de la vida y la evolución. Para ello habrá bastado negar el segundo principio de la termodinámica como hace el autor del siguiente texto: —refiriéndose a Engels— «llegamos pues, a la conclusión de que, de un modo que pertenecerá a los sabios de mañana ponerlo en claro, el calor irradiado en el espacio debe necesariamente tener la posibilidad de convertirse en otra forma de movimiento, bajo la cual, puede de nuevo concentrarse y hacerse activo. Así cae la dificultad esencial que se oponía a la reconversión de soles muertos en nebulosas incandescentes».[61]

La solución a este problema nos la ha dado luego la cibernética; pero no ha sido Engels, violando la termodinámica, el que ha facilitado el camino para llegar antes. Sabemos además hasta dónde ha podido llevar a un Lyssenko, bajo el dominio de Stalin, eso de «pertenece a los sabios de mañana poner en claro...». Es decir: que si los «caracteres adquiridos» por influencia de la cultura y del medio no modifican el patrimonio hereditario de los hombres —ya que éste es el resultado de mutaciones aleatorias— ¿cómo explicar que la construcción de,l socialismo pueda transformar automáticamente al hombre? Pronto fue resuelto por Lyssenko, en cuyas manos el «mitchurinismo» [62] iba a ser la «teoría» de la transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos.

Pierre Daix, siguiendo a Engels, trata de demostrarnos cómo éste cae de nuevo en el realismo espiritualista clásico cuando dice: «Puesto que cada ciencia especial tiene que dar cuenta exacta del lugar que la misma ocupa en el encadenamiento general de las cosas y del conocimiento de las cosas, toda ciencia del encadenamiento general resulta superflua». «El valor de su predicción —comenta Daix— es aquí nulo. La ciencia moderna, en nuestros días, pone en el primer plano de sus objetivos esa ciencia del encadenamiento general que Engels declara superflua. Ya se trate de la lógica matemática de la fiabilidad ligada a los trabajos de Kurt Gódel, de los

61 Idem de la nota 60

62 Teoría que defiende, en contra del mendelismo, que los caracteres adquiridos se convierten en hereditarios, y que ha sido desmentida por las múltiples experiencias de la ciencia genética.

últimos descubrimientos de Einstein, de la informática, de la cibernética, todas esas exploraciones tienen de común establecer el movimiento real de las ciencias, integrar ese movimiento en las relaciones de las ciencias entre ellas para desembocar en una ciencia de la organización de la ciencia, más exactamente, de los procesos de organización y de evolución dé la ciencia. Le falta al materialismo «moderno» de Engels el movimiento mismo de la ciencia».[63]

Marx difiere de Engels en algunos aspectos. Sintetizándolo mucho puesto que no pretendemos sea éste un trabajo exhaustivo, diríamos que Marx se muestra menos preocupado por el evolucionismo y la utopía y más interesado en el reconocimiento e interpretación de los hechos como medio para avanzar «científicamente» hacia el socialismo. No obstante, «para tomar la medida de su reintroducción de la utopía y de la metafísica tras la cobertura del evolucionismo —comenta de nuevo Daix— basta tomar un texto del «viejo» Marx, su prefacio a la segunda edición de «El Capital», donde define sus procedimientos de investigación y de exposición, marcando una vez más lo que le separa de Hegel»: «Mi método dialéctico —dice Marx— no sólo difiere del método hegeliano, sino que es incluso completamente opuesto. Para Hegel, el movimiento del pensamiento, que él personifica bajo el nombre de Idea, es el demiurgo de la realidad, la cual no es más que la forma fenomenal de la Idea. Para mí, por el contrario, el movimiento del pensar no es más que la reflexión del movimiento real, transportado y transpuesto al cerebro del hombre». Luego para Marx, que no admite que sea la Idea el «demiurgo de la realidad», es la materia ,lo que animada de un movimiento dialéctico, se refleja en la mente humana.

Como acabamos de ver, Marx quiere reintegrar lo que en el idealismo de Hegel estaba separado: el movimiento del pensar al movimiento de lo real. Es decir, quiere reconstruir una unidad entre el pensamiento y el mundo. La dialéctica reclama esa unidad. No obstante, el mundo existe antes que el pensamiento.

Viene luego Lenin a destruir esa unidad con su teoría del reflejo. Para Lenin existe lo real y su reflejo sobre el pensamiento; pero la existencia

63 P. Daix: Obra citada.

de lo que es reflejado existe independientemente del que refleja. Dice en el año 1909: «La única propiedad de la materia cuya admisión define al materialismo filosófico, es la de existir fuera de nuestra conciencia (...) la diferencia esencial entre el materialista y el adepto a la filosofía idealista es que el primero tiene la sensación, la percepción, la idea, y en general, la conciencia del hombre por una realidad objetiva reflejada por nuestra conciencia».[64]

Sigue Pierre Daix haciendo la crítica de esa teoría: «Lo que en Marx es intercambio dialéctico y relación de anterioridad de lo real con respecto a la conciencia, se transforma aquí en dualismo (...) Cierto, Lenin ha sido cogido por el sensualismo idealista de Marx, pero no es menos cierto que la dialéctica aquí se pierde en ese reflejo unilateral de la materia objetiva, desde el momento en que es percibida por el pensamiento. Pues la dialéctica implica el contrario. En la historia del pensamiento el proceso es diferente; primero es la aprehensión, por el cerebro, de lo real y de su movimiento (...) No hay adaptación del conocimiento a lo real, como no hay adaptación de la vida al medio. Ahí también, hay una selección natural primero, después cultural, de respuestas anticicatrices.

El cerebro ha nacido de la evolución del Universo. Constatar que el Universo existe independientemente del cerebro o que el cerebro no existe independientemente del Universo, no nos explica la evolución»[65]. Eso no son más que especulaciones y darle vueltas a lo mismo, con una resistencia irracional a los cambios que la vida misma exige.

«La vida ha seleccionado el desarrollo de las funciones de relación, de información sobre el mundo exterior y de integración de esas informaciones.

Traducir ello por un «reflejo» es destruir la relación fundamental que hace que las mutaciones del azar biológico hayan creado primero estructuras de relación y luego, seleccionado y reproducido las más eficaces.

---

64 Pierre Daix: obra citada: tomado de Lenin: “Materialisme et Empiriocriticisme”

65 Pierre Daix: obra citada

El cerebro no tiene una relación espacial con el Universo. No es ni el espejo ni el reflejo, sino la duplicación inversa del movimiento de su evolución. Su organización, el sentido de la selección que lo ha constituido, son el sentido inverso de la evolución, la «máquina de remontar el tiempo» de la que habla J. Monod. Porque, como dice Ducroq, «el contacto del cerebro con el medio ambiente queda asegurado por los caminos sensoriales —y esto es lo qué recoge la teoría del reflejo—, pero, de ahí, el cerebro remonta al objeto, después al origen del objeto y a la epopeya del Universo».

«En lugar del reflejo hay pues, un remontar hacia las estructuras más y más antiguas. Es esto lo que explica que el Universo sea conocible, pero no al precio de una mejor reflexión, sino por el contrario, al precio de la destrucción del reflejo para poner al día las estructuras que han precedido a las integraciones sucesivas y a las causas profundas que las originaron. El reflejo inmoviliza el conocimiento cerrando el paso a las informaciones actuales y relegándolo a la pasividad de un dato fijo».[66]

Tenemos conciencia de lo incompleto de este trabajo; pues los temas que el marxismo sugiere son múltiples e interesantes —origen de las estructuras, dialéctica de la cultura, conciencia, familia, arte, etc.— y en cada uno, sus interpretaciones son motivo de reflexión y de una crítica profunda, sistematizada, objetiva, para quienes de veras desean transformar el mundo y que por ello han de saber primero observarlo y aprehenderlo realmente.

Pero el espacio de que disponemos es limitado, nuestro tiempo también y vamos a finalizar el presente apartado dando paso a la palabra de Jacques Monod por la claridad y la ética que en su discurso campea y por ser heraldo de un socialismo más científico y humano:

«Es fácil ver que el profetismo historicista fundado sobre el materialismo dialéctico estaba desde su nacimiento cargado de todas las amenazas que se han, en efecto, realizado. Más aún que los otros animismos, el materialismo histórico descansa sobre una confusión total de las categorías de los valores y del conocimiento. Es esa misma confusión lo que le

66 Pierre Daix: "Structuralisme et Revolution Culturelle"

permite, en un discurso profundamente in-auténtico, proclamar que ha establecido «científicamente» las leyes de la historia a las que el hombre no tiene más recurso ni otro deber que obedecer si no quiere caer en la nada».

«Una vez por todas, es preciso renunciar a esta ilusión que es pueril cuando no mortal. ¿Cómo un socialismo auténtico podría jamás ser construido sobre una ideología inauténtica por esencia, irrisión de la ciencia sobre la que pretende, en el ánimo de sus adeptos, sinceramente apoyarse? La sola esperanza del socialismo no está en una «revisión» de la ideología que lo domina desde más de un siglo, sino en el abandono total de esa ideología».

"¿Dónde, entonces, reencontrar el manantial de la verdad y la inspiración moral de un humanismo socialista realmente científico sino en las fuentes de la ciencia misma, en la ética que funda el conocimiento haciendo de ella, por el libre juego, el valor supremo, medida y garante de todos los demás valores? Ética, que funda la responsabilidad moral en la misma libertad de este juego axiomático; aceptada como base de las instituciones sociales y políticas, es decir como medida de su autenticidad, de su valor, ética del conocimiento única que podría conducirnos al socialismo».[67]

Cerraremos este apartado con un brevísimo examen histórico susceptible de probarnos la diversidad de la dialéctica y su falta de base epistemológica y científica. Zenón que es quien la introduce en la filosofía griega, le da ya un carácter negativo que ha venido rodando a través de los siglos como un elemento de confusión. Para Sócrates, más sumergido en la vida cotidiana del pueblo, la dialéctica no fue otra cosa que el arte de dialogar o discutir; pero Aristóteles ya la juzga como un factor externo al verdadero conocimiento y por lo mismo la hace inútil para el análisis científico. Platón la idealiza y en su conceptualismo beberán los filósofos alemanes del Diecinueve, destacándose Hegel que la convierte en un ideal dinamizante de la historia. De ahí parte Marx —como ya hemos visto— para inventar el Materialismo Dialéctico, pretendiendo nada menos que

67 Jacques Monod: " Le hasard et la Nécéssite" Edit du Seuil. París, 1970

subordinar la geofísica y la evolución humana a una especulación de los contrarios, que de ser cierta hubiera paralizado el transformismo y acabado con la vida misma.

En los tanteos adaptativos para la superación de obstáculos, únicamente la cooperación sale airosa, y esto lo mismo para evitar inconvenientes económicos —fríos, crecidas, incendios, etc.— que para formar equipos de caza, de pesca, la construcción de habitaciones, de vehículos de transporte o las máquinas. El hombre mismo es el producto de la cooperación y sólo en la cooperación inteligente llegará a liberarse. Cierto que entre el capital y el proletariado hay oposición, y más radical todavía entre la autoridad y la servidumbre; pero no será matándose unos contra otros como puede llegarse a la síntesis feliz, porque no es con crímenes y cadáveres como puede alcanzarse la armonía, sino con la entente del diálogo analítico y racional.

Dialogar, muy bien; pero renunciando a la agresividad animal que es lo más contrario a la libertad y a la solidaridad que late en la esfera más íntima de nuestros deseos. La dialéctica de los contrarios es además falsa; porque nunca en la heterogeneidad humana las oposiciones son tan simples; ya que nos movemos en una concurrencia polivalente que sólo puede sincronizarse por el reajuste de los muchos factores que intervienen en cada proceso.

Esta realidad trae a mi memoria una broma sutil de origen anglosajón que reza así: «De los cinco judíos que más han influenciado en la cultura occidental, Moisés decía que todo dependía de la cabeza, Jesús daba prioridad al corazón, Marx al estómago, Freud colocaba la fuerza decisiva un poco más abajo y Einstein decía que todo es Relativo».

Es indiscutible que el último tenía razón, porque al no existir lo absoluto, todo es interinfluenciable y relativo. Ahora bien, no será peleándonos, sino cooperando libremente como daremos viabilidad al concierto.

EL SINDICATO EN EL MARXISMO-LENINISMO

Siendo la economía la columna vertebral del marxismo, es lógico que se diera a los sindicatos —órganos de la producción— un papel predominante en la infraestructura de la sociedad comunista. «El desarrollo de las fuerzas productivas —había dicho Marx— es una condición práctica previa, absolutamente indispensable, pues sin ella, la escasez se haría general, y con la necesidad es también la lucha por lo necesario que recomenzaría y se caería fatalmente de lleno en el viejo confusionismo».[68]

Como en la URSS la mayoría de los obreros sindicados antes y en el momento de la dictadura del proletariado no pertenecían al Partido Comunista, Lenin quiso sentar las bases para que los sindicatos quedaran bajo la tutela del Partido. Cuando dijo que los sindicatos eran la polea de transmisión del Partido ya expresó todo el sometimiento a que iba a quedar reducida la organización sindical en Rusia y más tarde en los países del Este.

Uno de los primeros hechos que ponen de relieve la voluntad de Lenin contra la autonomía sindical fue el acto de represalia dirigido contra Alexandra Kollontai, revolucionaria dirigente del Movimiento Obrero, que viendo cómo se desconsideraba a los soviets y las decisiones cada vez más centralizadas de los sindicatos, dijo reiteradamente que el comunismo no «podía nacer más que de un proceso de investigaciones prácticas, con equivocaciones quizás, pero a partir de las fuerzas creadoras de la clase obrera misma»[69]. Se trataba, según ella, de «dar a los obreros libertad completa de experimentar, de adaptar y de descubrir las nuevas formas de producción, de organizar la formación profesional para expresar y desarrollar sus capacidades creadoras»[70]. Pero las tesis de la «oposición Obrera» fueron condenadas en el X° Congreso del Partido en 1921 como desviación «anarcosindicalista» y sus miembros —entre ellos Alexandra Kollontai— excluidos del Partido.

Otro hecho que pone de manifiesto la actitud resuelta de Lenin a subordinar los sindicatos es el siguiente: «En Mayo de 1920, la fracción bolchevique

68 Marx: “L'ideologie Allemande” En Ouvres philosophiques, 9 vol Edit. Alfred Costes, París, 1927-37.
69 Alexandra Kollontai . Citada por Daniel Guerín en “L'Anarquisme”
70 Alexandra Kollontai “L'pposition Ouvrière” citado por M.Niel

del sindicato de los trabajadores metalúrgicos rechaza, por cuarenta votos contra doce elegir los miembros para su comité ejecutivo de entre la lista de candidatos presentados por el Comité Central del Partido. Pero éste no tuvo en cuenta para nada el escrutinio y nombra un Comité formado por sus propios candidatos. En Diciembre de 1921, una conferencia del Partido decide que en adelante no se nombrarían para los puestos sindicales más que «miembros antiguos y experimentados del Partido que no hubieran pertenecido nunca a otro partido que al Comunista».[71]

Fue así como el movimiento sindical tuvo que subordinarse a la dirección férrea del Partido a pesar de que el movimiento oposicionista —compuesto de militantes bolcheviques— hicieron constar su defensa de la autonomía sindical en el IXº y Xº Congreso. «Vladimir Smirnov, Ioureniev, Sapronov, Maxinouski, Ossinski no vacilaron en hacer una crítica a fondo de la burocracia, denunciando el centralismo del Partido, que después de haber asfixiado la democracia en los soviets, la suprimió en el Partido mismo impidiendo que en el seno de las empresas los sindicatos se organizaran para ser los orientadores de !a organización del trabajo. Por haber querido exigir un derecho de crítica, la dirección del Partido se desembarazó de estos protestatarios enviando unos a Christiania, otros a los Urales, otros a Siberia».[72]

Lenin, rechazando estas denuncias, rehuyó «la dirección colectiva» lanzando brutalmente la idea de que la función de los sindicatos debería ser la de una «correa de transmisión». Brutalmente, pues, en el IX Congreso, Lenin se limitó a decir que esta correa tenía que ser el enlace entre la voluntad del Comité Central, el Partido y la masa de sindicados, y acabó con esta afirmación: «Sin esta correa de transmisión, no podríamos gobernar».¡Viva el proletariado, agente beneficiario de la revolución comunista y de la «democracia obrera»!

Además de la actitud tajante de dominio del leninismo sobre el sindicato, surgió asimismo un confusionismo respecto a la organización

71 De "Bolchevisme et Syndicalisme". suplemento de "Solidaridad Obrera", francesa, num.38.

72 Kazem Radjavi: obra citada

sindical cuya ambivalencia está inserta en la propia doctrina marxista. Si la revolución se ha efectuado y todo está al servicio del pueblo, qué papel le queda al sindicato? Si en efecto el pueblo hubiera hecho la revolución y fuera él mismo quien ¡a orientara, el sindicato podría tener la misión de organizar la producción y los servicios; aunque quedando los obreros sometidos a un elitismo burocrático, su imperiosa necesidad de defenderse es incontestable.

Como veremos a continuación ni la práctica ni la teoría marxista-leninista se pusieron de acuerdo en el inmediato período posrevolucionario. Así escribía Lokteu: «los sindicatos son la organización de la clase políticamente dominante». Mientras, otros teóricos como Boris Baíanov, Yokov Oumanski y Marc Chafir consideran a las organizaciones obreras como «representantes de los intereses de los obreros» y se alaban de que en el Estado soviético el número de sindicados pasaba en 1967 de ochenta millones de trabajadores. Lo que no explican es que allí como en el Estado franquista la sindicación es forzosa y que el obrero no sindicado ni encuentra trabajo ni tiene seguridad alguna de vivir fuera del campo de concentración o de la cárcel.

Para interpretar mejor esta ambivalencia y su imposible implicación en el proceso productivo veamos lo que dice Lenin: «nuestro Estado es hoy tal, que el proletariado totalmente organizado debe defenderse y nosotros debemos utilizar estas organizaciones obreras para defender a los obreros contra su Estado y para que los obreros defiendan nuestro Estado». Pero en lugar de darles elementos para defenderse, cuando se trata de la democracia, única función para determinar por sí mismos de acuerdo con sus intereses, Lenin les dice: «La producción es necesaria, la democracia no».

Tres papeles principales ha asignado el Estado al Sindicato:

Primero, el de mantener la producción. «Las organizaciones del Partido deben ayudar a los sindicatos y las empresas a catalogar los obreros calificados, al objeto de empujarlos hacia el trabajo de producción con el

mismo espíritu de constancia y de valor que si se tratara de las necesidades de un ejército».[73]

Desde 1922 queda indicado de manera precisa que el rol de los sindicatos es el de mantener la actividad económica de las empresas y no el de intervenir en su gestión.

Segundo, el de permitir al Partido y al Estado afirmar su supremacía. En diciembre de 1919 los estatutos del Partido prevén que los comunistas formen una fracción dentro de todos los grupos no políticos y muy especialmente en el sindicato. Estas fracciones han de estar completamente subordinadas al Partido. Una resolución del Partido del 30 de abril de 1920 dice así: «El Partido ejerce su influencia sobre las capas de trabajadores sin partido por medio de las fracciones y células comunistas en todas las otras organizaciones obreras y particularmente en los sindicatos (...) Por ello, en cada sindicato ha de existir una fracción disciplinada y organizada de comunistas. Cada fracción del Partido está afiliada a una organización local del Partido y subordinada al Comité del Partido, y la fracción comunista en el seno del Consejo Central de los sindicatos soviéticos está subordinada al Comité Central del Partido Comunista.» [74]

Tercero, papel importante del Sindicato es la defensa de los trabajadores. En el XIV Congreso del Partido —diciembre de 1925— se dice que esta tarea es la «principal y más urgente que tienen los sindicatos». Si consideramos el predominio que se ha dado al Partido en los dos apartados anteriores, fácil es deducir que el papel de defensa de los trabajadores asignado al sindicato queda reducido a papel mojado.

Con todos estos antecedentes, cuando Stalin se hace cargo de la dirección del Partido ya no tiene que inventar nada. Se ha puesto en sus manos un aparato de opresión que está muy en su punto para continuar funcionando. Stalin no hará más que acentuar las normas de obligatoriedad

73 “Bolchevisme et Syndicalisme” Suplemento de “Solidaridad obrera”
74 IX Congreso del Partido, 31 de Marzo de 1920

en la producción y hacer que la dirección del sindicato por el Partido sea cada vez más rígida y directa.

Lo primero nos lo aclara la Pravda del 29 de septiembre de 1929: «Producción primero; (...) En el estado actual de la edificación socialista, el deber de los sindicatos es el de estar en el primer rango de los combatientes por el ritmo de la producción» y con lenguaje similar la siguiente decisión del XVI Congreso del Partido, junio-julio de 1930: «La emulación socialista y las brigadas de trabajadores de choque han de ser la base de toda la actividad de los sindicatos en materia de producción en empresas y talleres».[75]

Lo segundo queda bien de manifiesto en esta otra precisión del mismo Congreso: «Las organizaciones del Partido deben mejorar y reforzar la dirección concreta de la actividad de las organizaciones sindicales penetrando hasta la esencia misma de la actividad de los sindicatos, ayudando a éstos a corregir sus defectos y sus errores». En este clima de subordinación y con ordenanzas repetidas que imponían castigos duros por falta de puntualidad o de celo, por protestas o negligencia en el cuidado de las máquinas llegamos a 1949 en que los estatutos sindicales se modifican, pero quedando esencialmente como antes. He aquí una cláusula de dichos estatutos; "...los sindicatos soviéticos ejercen su actividad bajo la dirección del Partido Comunista, fuerza organizadora y dirigente de la sociedad soviética».[76]

Conocedores de que desde aquella fecha no ha habido ninguna modificación importante, nos preguntamos: ¿dónde está la libertad y la prosperidad que el comunismo marxista prometía a los trabajadores? Después de 57 años, en lugar de una revolución hacia la participación directa de los obreros y la autonomía de los sindicatos, lo que ha habido es una involución por la que individuos y organismos productivos se encuentran cada día más sujetos al poder omnímodo del Estado. ¿De qué han servido los planes quinquenales, la propaganda lanzada a los

75 Esto hizo decir a E.Fromm "que el autoritarismo soviético, al obligar al máximo trabajo de sus obreros, se equipara al capitalismo brutal de los primeros tiempso" Sicoánalisis de la sociedad. Edit. Fondo de Cultura. México.

76 Del Suplemento ya mencionado.

cuatro vientos de la sociedad socialista y esa igualdad de oportunidades tan esgrimida a través del cine y de las revistas? ¡Ah!, se nos dirá: y los sputniks, los satélites artificiales y los misiles... no son nada? Habíamos creído que esas exhibiciones de prestigio y esos artilugios de guerra eran alardes propios del capitalismo; pero no. Ya vemos que la diferencia entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista era sólo una falsa ilusión.

Lenin, al subordinar los sindicatos a la Dirección del Partido no sólo es fiel al pensamiento de Marx, sino que pone en práctica su propia ideología jerarquizada y pequeño-burguesa en la que se realza más y más la imagen del intelectual —capacitado e imprescindible— y se disminuye la del proletario -—incapacitado e ignorante—. ¿Cómo los trabajadores podrán adquirir la conciencia socialista? Es la pregunta que hemos de hacernos para comprender la teoría de Lenin sobre el sindicato. He aquí la demostración: «La historia de todos los países testimonia que la clase obrera, sólo por sus propias fuerzas no puede alcanzar más que la conciencia trade-unionista, es decir, la convicción de la necesidad de unirse en el sindicato, de conducir la lucha contra los patronos, de reclamar al gobierno tal o cual ley necesaria (...)

En cuanto a la doctrina del socialismo, ésta ha surgido de las teorías filosóficas, históricas, económicas, elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, los intelectuales. Por su situación social, los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, eran intelectuales burgueses. Igualmente en Rusia, la doctrina teórica de la social-democracia surgió independientemente del crecimiento espontáneo del movimiento obrero. Ella fue el resultado natural y fatal del desarrollo del pensamiento de los intelectuales revolucionarios socialistas.» [77]

Frente a esta opinión no nos dicen nada las colectividades españolas del 1936 al 1939? Que con ellas, los ignorantes trabajadores españoles —de la ciudad y del campo— dieron el mentís más rotundo al elitismo de Marx y de Lenin. ¡Qué blasfemia! —Dirán algunos—.

77 Lenin : "¿Que hacer?" Obra citada.

El sindicalismo de Trotsky.

Para los que siguen creyendo ingenuamente que Trotsky representa una alternativa frente al stalinismo u otras supuestas desviaciones comunistas, examinemos algunas cláusulas escritas por él en 1920. Ellas nos dirán cuál era su posición ante los trabajadores y el socialismo.

Dice Trotsky, refiriéndose a la obligatoriedad del trabajo: «La única solución regular, tanto en la teoría como en la práctica, de las dificultades económicas consiste en considerar toda la población del país como un depósito necesario de fuerza obrera —como una fuente casi inextinguible— y en organizar por orden rigurosamente establecido su censo, su movilización y su utilización»[78]. Como se desprende de estas premisas, su intención de no consultar para nada a los trabajadores está bien clara y no hablemos del aparato burocrático que habrá de montarse para poder controlarlos y manipularlos. ¿Hace falta señalar que ese aparato —opresivo e inicuo— una vez en pie irá haciéndose mayor y más opresivo en la medida que los trabajadores vayan quedando marginados y sin posibilidad alguna de participación?

Es asimismo impresionante el método de militarización que Trotsky quiere aplicar para garantía de la producción y del trabajo. «La obligatoriedad del trabajo sería imposible —dice— sin la aplicación, en cierta medida, de los métodos de militarización del trabajo (...) sin las formas de coerción gubernamental que constituyen el fundamento de la militarización del trabajo, la sustitución de la economía capitalista por la economía socialista no sería más que una palabra hueca (...) Ninguna organización social, excepto el ejército no se ha visto con el derecho de subordinar tan completamente a los ciudadanos, de dominar los tan totalmente por su voluntad como lo hace el Gobierno de la dictadura proletaria (...) El Gobierno obrero se considera con el derecho de enviar a cada obrero allí donde su trabajo es necesario.» [79]

78 Trotsky: "terrorismo y Comunismo" U.G.D.E París, 1963.
79 Idem

Y añade: «Sin obligatoriedad del trabajo, sin derecho para dar órdenes y exigir su ejecución, los sindicatos pierden su sustancia, pues son necesarios al Estado socialista en edificación, no a fin de luchar por mejores condiciones de trabajo —esto es tarea del conjunto de la organización social gubernamental—, sino al objeto de organizar la clase obrera para la producción, a fin de disciplinarla, de repartirla, de educarla, de fijar a ciertas categorías y a ciertos obreros en un puesto por un lapso de tiempo determinado, a fin, en una palabra, de incorporar autoritariamente, de pleno acuerdo con el poder, a los trabajadores en los cuadros del plan económico único».[80]

¿Dónde queda el proletariado como clase «superior», como fuerza revolucionaria capaz de instaurar el «orden nuevo» y como germen de! «Hombre Total»? Trostky —al igual que Lenin y Stalin— ha convertido a los obreros en meros robots que pueden ser movilizados, explotados y transferidos según capricho o voluntad de los que mandan. ¿Qué novedad nos aporta todo ello? Los Faraones de Egipto, los Emperadores Romanos y el mismo zar Pedro el Grande ya habían hecho con sus siervos todas esas cosas. Y es que no puede ser de otro modo; porque el poder absoluto —que todo lo corrompe y deforma— no tendría posibilidad de existir si no pudiera manipular a los súbditos. Y para ello, claro está, ha de reducirlos a la condición de objetos lo más rápidamente posible.

¿Qué estímulos propone Trotsky para aumentar la productividad del trabajador? «Un buen ingeniero, un buen mecánico, un buen ajustador deben tener en Rusia soviética tanta celebridad, tanta gloria como habían tenido antes los agitadores más destacados, los militantes revolucionarios, y como tienen en nuestra época los comandantes y los comisarios más valientes y capaces (...) Hay que constreñir a los malos obreros a que tengan vergüenza de no haber estado a la altura de su tarea» (...) «Bajo el régimen capitalista, el obrero a la pieza o a destajo, la puesta en vigor del sistema Taylor, etc, tenía por objeto explotar a los obreros y quitarles la plusvalía. Una vez lograda la socialización de la producción, el trabajo a la pieza, a destajo, tienen por objeto un acrecentamiento de la producción socialista con miras al aumento del bienestar común. Los trabajadores que

80 Trotsky: "Terrorismo y Comunismo"

contribuyen más que otros a ese bienestar común adquieren el derecho de recibir una parte mayor del producto social que los indolentes y los desorganizadores.» [81]

Aquí ya no se conforma Trotsky con someter a los trabajadores. Establece categorías con premios y castigos para que el odio y la envidia los divida y de ese modo no se desarrolle la solidaridad entre ellos. Esa atmósfera de antagonismo, como era de esperar, los ha dividido de tal suerte que ya nadie tiene confianza en nadie. La delación, que puede venir del compañero trabajando a tu lado y que puede dejarte en la calle o llevarte a la cárcel, es la espada de Damocles que pende de un hilo sobre los trabajadores. De ese modo, comprenderemos que la posibilidad de establecer un frente unido para acabar con la tiranía del Estado, queda lejos por el momento en los países socialistas del Este.

Cuando Trotsky fue expulsado del Comité Central y huyó de la URSS para no ser eliminado por Stalin como les ocurrió a sus compañeros de ruta, pondría más el acento en la independencia sindical y en la democracia obrera, con lo que estaría en contradicción muchas veces con las posiciones que había mantenido en 1920 por ejemplo, cuando estando en el poder respondía a la oposición obrera en los términos siguientes: «Han lanzado consignas peligrosas. Han puesto el derecho de los obreros a elegir sus representantes, por encima del Partido. Como si el Partido no tuviese derecho de afirmar su dictadura, incluso si ésta dictadura estuviera en conflicto temporal con el humor cambiante de la democracia obrera.» [82] Pero ya fuera del poder, imposibilitado para tener bajo su bota a los trabajadores y queriéndose atraer sus simpatías, "cambia el tono imperativo de antes y quiere defender el derecho de cada obrero sindicado a «votar según su conciencia». ¿Había olvidado que en 1921 cuando aún formaba parte del Comité Central del Partido y habiendo rechazado los trabajadores metalúrgicos la lista de candidatos que para los puestos de dirección recomendaba dicho Comité, éste no tuvo en cuenta la opinión de los trabajadores y nombró tranquilamente sus candidatos? No, no lo había olvidado Trotsky. Trataba simplemente de adaptarse a su nueva

81 Trotsky, citado ene l suplemento de "Solidaridad" ya mencionado
82 Idem

situación. La participación que en 1929 pretende dar a los Sindicatos sólo es aparente desde el momento que no descarta la subordinación de los Sindicatos al Partido cuando dice que la forma de dirección que éste «revista puede variar con las condiciones generales».

«En un país dado y según la etapa de desarrollo alcanzado, los estilos, los métodos y las formas que puede revestir el carácter dirigente del Partido pueden variar considerablemente con las condiciones generales. En los países capitalistas, donde el Partido no dispone de ningún medio coercitivo, es evidente que el Partido Comunista no puede imponer la dirección al Sindicato sino por mediación dé los comunistas que trabajan en él.»[83] Su posición seguía siendo invariable pese a las apariencias, cuando ya constituida la IV Internacional y poco tiempo antes de que el stalinismo lo asesinara alevosamente, escribía, en 1940:

«La independencia de los sindicatos en sentido de clase, en sus relaciones con el Estado burgués, no puede asegurarse en las condiciones actuales sino por una dirección completamente revolucionaria que es la dirección de la IV Internacional. Esta dirección, naturalmente, puede y debe ser racional y asegurar a los sindicatos el máximo de democracia concebible en las condiciones concretas actuales. Pero sin la dirección política de la IV Internacional, la independencia de los sindicatos es imposible (...) Está claro que la consigna de "independencia" sindical no puede venir en ningún caso de las masas. ¡La consigna de independencia es en su raíz misma de orden burocrático y no una consigna de clase!"[84]

Insistiendo en su manía de militarización y para que no queden dudas acerca del menosprecio que Trotsky sentía hacia la clase obrera, citaremos otra parrafada en la que se exhibe con el cinismo más al desnudo su actitud deshumanizada y despótica.

«No se puede permitir a la clase obrera pasearse por toda Rusia. Hay que decir a los obreros dónde deben vivir, desplazarles y dirigirles igual que se hace con los soldados (...). La obligación de trabajar alcanzará

83 Idem de las notas 82 y 81
84 idem de las notas 81, 82 y 83

su mayor grado de intensidad durante el período de transición del capitalismo al socialismo (...). Los "desertores" del trabajo tendrán que ser incorporados en los batallones disciplinarios, o puestos en campos de concentración.»[85] ¿A qué trabajadores puede apetecer prestarse a una revolución que va a convertirlos en soldados o despreciables prisioneros?

Como podemos ver, su lenguaje es del más clásico militarismo y deja bien sentada la supremacía del Partido y el menosprecio a la clase obrera.

Ya hemos visto a groso modo cuáles eran las bases de la teoría de Lenin sobre los sindicatos y qué alternativa nos ofrece Trotsky para liberar a los trabajadores. De las posiciones de uno y otro —sin mencionar a Stalin porque nada nuevo tuvo que añadir en materia de Sindicalismo— dos corrientes fundamentales se destacan invariablemente de las que no sabríamos decir cuál de ellas es más perturbadora: la primera queda reflejada en una serie de afirmaciones gratuitas que no se apoyan en hecho real alguno ni en el conocimiento auténtico del hombre sobre la incapacidad de los trabajadores. La segunda —que se justifica por la primera— sobresale por el empeño manifiesto que ponen los líderes bolcheviques en que los sindicatos sean dirigidos por una burocracia intelectual y autoritaria.

En nuestra perspectiva de movimiento revolucionario permanente —es decir, de cambio— nada hay sin embargo que dificulte tanto, porque nada hay que sea tan opuesto al mejoramiento de nuestras estructuras como el directivismo, tanto más si éste es de carácter autoritario y despótico. Sabido es por la experiencia de todos los días que allí donde el elitismo se introduce, la relación en el seno del grupo —grande o pequeño— se deteriora de inmediato; porque al romperse la comunicación entre sus miembros, la confianza desaparece totalmente. De ahí que mientras los individuos no participen plenamente en la solución de los problemas que les son comunes, seguirán desconociéndose entre ellos y no habrá

85 Trotsky: "Sochineniya". Idem.

solidaridad posible. Y sin solidaridad, naturalmente, el liderismo y la tiranía seguirán campando por sus propios fueros; reflexión, que no sólo es válida para el Sindicalismo sino para todas las actividades del hombre, considerado éste —claro está— en su doble dimensión cívica y humana.

MIEDO A LA LIBERTAD

Sólo el hombre libre es auténtico y solidariamente responsable.

El hecho de que Marx quisiera suprimir las tensiones y los antagonismos es una prueba evidente de que había intuido las posibilidades de amistad y de creatividad que atesora el hombre; por cuanto reconocía los desastres que se derivan de la dialéctica combativa, y por eso aspiraba a poder sustituirla por otra creadora de justicia y progreso. Desgraciadamente, el miedo inconsciente a la libertad arrastró a Marx por los senderos tortuosos del absolutismo autoritario. Inspirándose en Hegel, no pudo darse cuenta de los peligros que el propio método llevaba implícitos.

Es verdad que muchos otros factores concurrentes hicieron posible este fenómeno. Marx y Engels vivían en un momento en el que todas las relaciones sociales habían exacerbado sus antagonismos y sus luchas. Hemos de tener en cuenta además, que la teoría evolucionista de Darwin en el siglo XIX daba su forma a las ciencias de la época, así como a las teorías de la expansión industrial y —¿por qué no?— También al materialismo histórico. Tampoco se trata de condenar a Darwin por su concepción de la «supervivencia del más apto» y la «muerte eliminadora» del menos apto. Darwin a su vez estuvo influenciado por los estudios de Malthus sobre las razones de la «pobreza en las masas populares». Se asistía entonces a la creación del proletariado urbano.

De cualquier modo, el defecto estaba en la epistemología de la época. Hoy, con la ayuda de la antropología, la paleontología, la biología y la genética modernas y con la cibernética sobre todo, resulta fácil declarar que el modelo evolucionista de Darwin se hallaba impregnado de idealismo.

Darwin no obstante, aún en vida de Marx, habiendo llegado a la conclusión de que la lucha de las especies no podía explicar el transformismo y después de haber observado que los animales viviendo en sociedades se defendían con más eficacia y evolucionaban más aprisa que los que estaban mejor armados, reconoció el gran papel que había jugado y seguía jugando la cooperación en el proceso evolutivo. Pero Marx y Engels no hicieron de eso mucho caso y Marx, que combatía con tanto ardoz la alienación filosófica y religiosa, proyectó su pensamiento de tal forma

que logró someter los hombres reales a su sistema y a su visión mesiánica del mundo. Hoy, a cien años de distancia y pese a los muchos errores de previsión que Marx ha cometido, sus sucesores no saben desprenderse del modelo autoritario que su sistema representa. Entre esos errores vamos a señalar unos cuantos, no con ánimo de abrumar a Marx, puesto que el error es humano, y humano es también saber rectificarlo.

En primer lugar, el capitalismo no ha evolucionado como Marx predijo; porque si bien la industrialización ha provocado el aumento de los asalariados, los capitales, en cambio, no se han «concentrado» en las manos de un número cada vez más reducido de propietarios como él pensaba.

El Capitalismo no se ha mostrado completamente opuesto al progreso social. El poder de adquisición de los asalariados ha ido aumentando considerablemente, no sólo por humanidad del capitalismo, claro está, sino por la intención de abrir salida a los productos fabricados para poder subsistir el sistema.

En las fábricas el trabajo se ha humanizado y hecho más atractivo por el empleo de máquinas más perfeccionadas, por la promoción psicosocial de los trabajadores y por una exigencia universal de mayor confort. Cierto que esta humanización no se ha hecho para el bienestar del trabajador, sino para conseguir de él un mayor rendimiento.

Lejos de constituir una clase cada vez más numerosa, disciplinada y organizada, la clase obrera se ha dividido en muchas subclases socialmente jerarquizadas y cuyos intereses son a menudo opuestos.

También predijo Marx el fin de la división del trabajo en los países socialistas. Sin embargo, en los países llamados socialistas se utiliza desde hace muchos años el taylorismo, el trabajo a destajo y otros métodos capitalistas para incrementar la producción. Claro está, Marx no había hecho la diferenciación entre sociedades industriales y sociedades capitalistas, atribuyendo a estas últimas los defectos propios de las primeras.

Decía Marx que en el capitalismo el trabajo es exterior al obrero y que por tanto éste no se siente feliz en él al no poder desarrollar sus capacidades y energías —lo que es verdad—, pero no pensó que bajo la dirección de un partido dictatorial los trabajadores quedarían tan alienados y ajenos al interés productivo o más que en el régimen capitalista; lo que nos prueban hoy los países del Este.

Predijo asimismo que la Revolución estallaría espontáneamente en los países industriales, probablemente en Inglaterra. Pero la Revolución no se produjo ni en Inglaterra ni en ningún otro país industrializado, sino en Rusia que era esencialmente agrícola.

Marx y Engels habían anticipado el debilitamiento paulatino del Estado, del ejército y de la burocracia. Pues bien, en Rusia ya no hay «clases» —al menos oficialmente— y pese a ello, la dictadura del Estado no puede ser más opresora y sanguinaria —las víctimas se cuentan por millones—.

Todo ello no puede extrañamos si tenemos en cuenta que el mismo Marx creía en la necesidad de reforzar «provisionalmente» el Estado. Por ello en el Congreso de la Haya en 1872 excluye de la Primera Internacional a Bakunin y Guillaume porque se habían manifestado hostiles a toda dictadura. Marx, aprovechando su nombramiento de secretario General, comienza por organizar la Primera Internacional de una forma muy centralizada: con secciones nacionales dirigidas por un Consejo General y dentro de ese Consejo Marx, él mismo adjudicándose la autoridad máxima. Sigámosle un poco en esta faceta de su vida.

Si nos atenemos a los lemas más representativos de la Primera Internacional[86] «Uníos Trabajadores del Mundo», «La Emancipación de los Trabajadores ha de ser obra de los Trabajadores mismos», en cuya difusión intervino Marx de modo destacado, vemos una vez más la flagrante contradicción consigo mismo. Porque, ¿cómo podrían unirse los obreros bajo la tutela de la dictadura? La unión sólo puede realizarse libre y voluntariamente. Obedeciendo a consignas o sometiéndose a decretos se

86 Para mayor documentación veáse la obra de J. Gómez Casas: "La Primera Internacional en España" Edit. ZERO. Madrid. 1973

consiguen respectivamente: la obediencia de una masa domesticada y un conglomerado de individuos, pero de modo alguno la unión.

En cuanto a la «emancipación» de los trabajadores, si ha de ser «obra de los trabajadores mismos», ello quiere decir que habrán de utilizar el método de la autogestión y de la acción directa, de los que quedan totalmente descartados el intervencionismo jerárquico y la burocracia. En este caso, ¿qué papel reserva Marx a los intelectuales de la élite? Ese papel de sobras lo conocemos.

La ambivalencia que se percibe tan claramente a través de toda su obra, ora reivindicando la libertad, ora defendiendo la dictadura, ha podido confundir a muchas personas de sentido crítico poco desarrollado; porque cuando libremente, sin prejuicios apriorísticos, se analiza su pensamiento y las líneas vertebrales de su ideario, el tono profético y autoritario que emplea pone bien al descubierto su tendencia de demiurgo y la voluntad de poder que impregnaba toda su persona.

La inclinación dominante y de intolerancia de que hacía prueba hacia quienes no comulgaban con su doctrina, se ve más diáfanamente en sus maniobrismos dentro del Consejo de la AIT —de la que fue expulsado Bakunin, como ya hemos dicho, y todos los libertarios— y en la influencia que ejerció para trasladarla a New York donde la Primera Internacional tenía que morir infaliblemente. Esta fue disuelta en 1876 en la Conferencia de Filadelfia. Marx había preferido su muerte antes que ceder a la corriente libertaria que se oponía a todo procedimiento centralizador y autoritario.

Ante este hecho de tanta trascendencia para los trabajadores de todo el Mundo no puede por menos qué preguntarse uno por qué prefirió Marx que la Primera Internacional de los Trabajadores desapareciera. La respuesta nos parece muy sencilla: pese a las intrigas de Marx y sus seguidores, la AIT estaba demasiado impregnada, según ellos, de federalismo y de anhelos de libertad, y antes de que pudiera ser una organización al servicio de la revolución libertaria, preferían mil veces que desapareciera; porque no

sometiéndose a la voluntad del Partido Comunista, más que un aparato útil a sus designios resultaba un obstáculo que era preciso eliminar.

Es muy significativo que Marx defendiera su concepción de manera tan pasional y autoritaria y que jamás mencionara —ni en una sola línea de su obra— el valor revolucionario de la conciencia solidaria. En nuestra óptica psicológica, está claro que Marx, desbordado por sus propias pulsiones, no supo ver la capacidad creadora y el caudal solidario que palpitan en el fondo de todo hombre de cualquier época que sea. Para él ese hombre tenía aún que nacer. ¿No es eso lo que les ocurre también a sus seguidores en función de ese animismo que les impide ver la realidad circundante?

Lógicamente, puesto que los hechos han demostrado hasta la saciedad los errores del método marxista y sus trágicas consecuencias, los sucesores de Marx deberían abandonarlo. ¿Por qué se resisten? ¿No será que las fórmulas autoritarias se integran más fácilmente en el pensamiento del individuo cuando éste ha sido condicionado a su vez por un medio rígido y autoritario? Esta actitud es tan corriente que ello nos hace pensar en la repercusión que tendría en nuestra sociedad si cada uno de nosotros se propusiera sincera y resueltamente estudiar su comportamiento para poder evitar reacciones inconvenientes.

Sin desestimar, pues, la influencia que en Marx ejerció el darwinismo ni la tendencia del hombre a crear demiurgos y absolutos utópicos, esto no bastaría para explicarnos la capacidad de convocatoria y de adhesión que sigue teniendo el marxismo. Si no incidieran de algún modo en los hábitos y los condicionantes de una cultura autoritaria, hubiera bastado poner al descubierto la falsedad de sus postulados para rectificar y proyectarse por vías de un verdadero humanismo. No cabe duda. La raíz que los sustenta y energiza se halla hincada muy honda en el hombre de nuestra cultura.

Mathilde Niel hace el psicoanálisis de este fenómeno. Dice «A un marxista convencido —tanto si se trata de un hombre cultivado como de un sabio inclusive— le es tan difícil deshacerse de su fe en Marx como

a un cristiano de su fe en Dios o a un jugador liberarse de su pasión por el juego. Abandonar un sistema absoluto de referencias es perder una forma de seguridad, arriesgarse a conocer la angustia de tener que pensar por sí mismo. Cuando el intelecto ha sido condicionado a un método autoritario de pensar —en este caso el materialismo dialéctico— cuando la afectividad ha sido acostumbrada a vivir de una forma oposicional, en el seno de una colectividad cerrada, !a creatividad del individuo ha sido rechazada tan profundamente que la toma de conciencia de su alienación se hace muy difícil, casi imposible. EL MIEDO A LA LIBERTAD del que habla Erich Fromm es uno de los miedos más difíciles de vencer. Por eso se prefiere continuar creyendo —con los de su partido o sin ellos cuando se ha sido excluido de él— en un sistema defectuoso antes que volverse a encontrar solo, sin sistema.»[87]

Es nuestra cultura —no cabe duda— la causa de que el hombre no pueda liberar su creatividad y su capacidad solidaria. Para convencernos de ello, basta echar una mirada a los valores que han venido prevaleciendo desde hace siglos. Siempre se envidió al «héroe», al que manda, al que posee riquezas, y desde la estructura proterva del Estado se favoreció el privilegio y se desconsideró al hombre que trabaja y crea. Es el modelo de una sociedad dividida en castas: De una parte los que han sido destinados para mandar y que serán elegidos —no entre los más creadores y amigos del hombre, sino entre los más agresivos y autoritarios precisamente— y que por considerarse superiores, se justifican ellos mismos no creyendo en la libertad. "¿Libertad para qué?», Decía Lenin. **Para ser hombre, puesto que no puede serlo el que no es libre**. De otra parte se hallan los destinados a obedecer porque han sido condicionados a la obediencia y tienen miedo a la libertad.

Esta es, en suma, la labor que hace la escuela: individuos con ambiciones de mando e individuos apáticos y resignados. El Estado lo sabe bien y se sirve de ella para formar el tipo de hombres que necesita. «El maestro —nos dice Lobrot— desde ciertos puntos de vista es más útil que el policía. Es el verdadero policía.»[88] Este psicopedagogo francés

87 Mathilde niel: obra citada

88 M. Lobrot : "La pedagogia Instituionelle" edit. Gauthier-Villars. París, 1972.

nos describe uno de los hechos más característicos de nuestra historia contemporánea como expresión de todo un pueblo condicionado por una tradición y una escuela altamente represivas:

«Es muy característico —dice— que una nueva forma de autoritarismo ha nacido en la historia desde que la escuela se ha extendido tanto: la dictadura deseada por el pueblo —"las ranas que piden un rey"— el plebiscito a lo Napoleón III, Hitler, Mussolini, la democracia dicha "espontánea" de los países del Este. Todos estos fenómenos nuevos prueban que las gentes, lejos de considerar la autoridad como un yugo insoportable y decir con La Fontaine "nuestro enemigo es el maestro", reclaman la autoridad prestos a integrarse a ella y a dejarse violar por ella en un acto de goce sadomasoquista (...) El ejemplo de Alemania de 1933 es el más característico (...) Ha sido uno de los países de Europa que generalizó la enseñanza primaria en el siglo XVIII, y que la hace obligatoria hasta los dieciocho años desde 1920.» Hace resaltar Lobrot que se trata de una enseñanza muy jerarquizada en la que predomina la obediencia, heredada de la tradición prusiana. «Después de la guerra del 1914-18, en el momento de la gran crisis de 1930, Alemania busca un "Salvador" —un rey—. Este rey será, no un "zoquete" sino un guiñol con bigote que prodigará todas las esperanzas qué el pueblo anhela. Ya no le falta nada. Alemania, incapaz de poner en juego el menor sentido crítico, plebiscita en un 80 % a un loco peligroso que la conducirá a la ruina completa, a una catástrofe apocalíptica, después de haber cometido bajo sus ojos los actos más monstruosos que la historia ha registrado.» [89]

La imagen que de las relaciones humanas tiene el hombre de nuestros días no es otra que la de dominación-sumisión; es decir, la que se le ha dado siempre y la que se le está dando a toda hora y en toda circunstancia. En estas condiciones, ¿cómo puede creer en una sociedad libre compuesta de hombres libres? En el pasado, las gentes veían la injusticia y la sufrían más o menos resignados, pero había mayor solidaridad. Ahora, condicionados los niños desde la escuela maternal a competir para ser los primeros en vez de colaborar unidos en el trabajo y en el juego, se ha exacerbado el sentimiento de poder en unos y se ha fomentado la apatía

89 Idem de la nota 88

de los vencidos, de los que por una u otra circunstancia no han podido sobresalir. Los más audaces, los más agresivos y que no siempre son los más inteligentes, treparán a costa de quien sea y como sea. «La sociedad está con ellos y de ellos es el porvenir» es la cantinela que no cesa de sonar en sus oídos. Todo está presto para dar vigencia al esquema de Marx.

¿No es esa la imagen que nos da el marxismo? Una élite de intelectuales que sabe y debe dirigir —es el partido proletario, el ejército que ha de barrer al capitalismo— y una masa de trabajadores ignorantes que han de ser dirigidos por esa minoría preparada, garantía de la sociedad comunista. Es la sociedad que ha de crear al «Hombre nuevo». ¿Cómo? Parece ser que por arte de *birle-biloque*. Porque ¿han cambiado por ventura los métodos de la enseñanza en los países del Este?

Sí. Se han deshumanizado todavía más; ya que a la fórmula disciplina, obediencia y a ver quién de todos llega más alto, se le ha añadido otro elemento: odio al capitalismo y a todos los que no comulguen con los caprichos del dictador. En cuanto al contenido de la enseñanza se ha impregnado de dogmatismo y se ha reducido el número de asignaturas. Por ejemplo, es muy difícil que un joven pueda investigar en el campo de la psicología, de la historia y de la pedagogía. La literatura y el arte han sido constreñidos a formas muy estrictas para preservar a los jóvenes del mal «subjetivista» y del influjo de Occidente, y en el área sociológica no tienen más fuentes que a Marx, Engels y Lenin. Y aun éstos, por lo que respecta a Marx, las obras de su juventud han sido ignoradas por mucho tiempo, así como el Testamento de Lenin, obra capital, pero que no fue publicada hasta 1956. En cuanto a la biología, ya hemos visto en otra parte qué clase de investigación se le ha permitido.

No obstante, a pesar del golpe asestado a la esperanza comunista por todos esos hechos, muchos jóvenes de Occidente, ante el desprestigio del sistema capitalista y por los efectos de esa Escuela que la familia y la mayoría de las gentes apoyan y exaltan, aún se encuadran en el Partido Comunista, por ser el que coincide con la agresividad y las ambiciones que les ha inyectado nuestra cultura. Es decir: que unos pocos —en principio los intelectuales— creyéndose los elegidos, aspiran a tener un puesto de

mando desde el que poder manipular y hacerse obedecer. La mayoría en cambio, los que fueron menos brillantes o fracasaron en los exámenes, abrumados por la educación burocrática hallan en el Partido Comunista la pseudo seguridad que anhelaban. La falta de interés —como bien dice Lobrot— en vez de dar la felicidad a los jóvenes, provoca la angustia, la necesidad de un Padre; lo que equivale a decir: necesidad de un jefe que piense y que decida por ellos. De ahí viene EL MIEDO A LA LIBERTAD, que fomentado unas veces por métodos violentos y otras de seducción, que inculcado por la familia y la Escuela y reforzado al mismo tiempo por todas las instituciones, resulta ser—ni más ni menos— el reflejo de la cultura patriarcal y violenta en la que estamos inmersos.

La sinuosa ascensión del hombre hacia la libertad ha sido y sigue siendo su empresa más cuajada de obstáculos y la que ha hecho correr más sangre; pero la única asimismo que puede hacernos personas libres y conscientemente racionales. Desde la horda primitiva pasando por todas las estructuras político-sociales que el hombre ha inventado en sus tanteos de hominización constante, ella fue y sigue siendo la aspiración profunda a la que no renunciará nunca porque sólo siendo libre se puede ser hombre auténtico.

Pero ¿sabemos realmente en qué consiste esa aspiración? Hemos de confesar humildemente que todavía somos juguetes de fuerzas atávicas que nos arrastran al antagonismo y al crimen y que estas actitudes encuentran siempre en nuestra mente un asidero para justificarse e ir retrasando la libre cooperación entre los hombres. Si está claro, por ejemplo, que a nadie le gusta ser oprimido, que todos anhelamos ser considerados y gozar de oportunidad para la expansión plena de nuestra persona, no lo está tanto, sin embargo, el que mi libertad sea imposible sin la libertad de los demás. Sin embargo, así es, y cae de su peso que sólo podemos ser libres en la cooperación y el acuerdo.

A partir de esa constatación ya podemos reflexionar sobre los obstáculos que nos impiden llegar a ese estadio y la manera de superarlos responsablemente. Para ello es indispensable primero que averigüemos quiénes somos; porque en el fondo de nuestros problemas está siempre

la ambivalencia de nuestro origen más lejano que aún no hemos sabido conjugar de modo inteligente y voluntario. Es decir, por un lado el ente biológico que es el hombre, ese hombre que tuvo que ir adaptándose a las exigencias de un medio hostil por tanteos y mutaciones sucesivas; por otro, nuestra superestructura intelectual hecha de símbolos, de memorización y de imaginación creadora. De ese pasado biológico subsisten en nuestro organismo, en nuestro cerebro más arcaico especialmente, estructuras y tendencias que fueron elaboradas al socaire de hambres seculares y de respuestas agresivas. En el mundo que hoy vive el hombre, esas respuestas ya no son indipensables; pero, desgraciadamente, siguen afectando nuestra conducta con demasiada frecuencia. Sin embargo —y en esto hemos de poner todo el énfasis—, no es fatal que esos impulsos de irracional agresividad orienten nuestro comportamiento; eso podemos evitarlo. ¿Cómo? Cultivando el neo-cortex y elaborando una conciencia.

Por inmediata reacción nos oponemos a quien pretende someternos a su mandato; pero son pocos todavía los que saben imponerse a sí mismos una conducta de consideración y de respeto hacia el otro. O sea, que somos muy sensibles y exigentes cuando la imposición viene de los demás, pero ya no lo somos tanto para los impulsos de dominación que brotan de nuestro inconsciente. ¿A qué se debe esa contradicción? A que estamos casi siempre a la defensiva. Son respuestas estereotipadas, de miedo o de dominio, programadas por experiencias ancestrales y que aún conserva nuestro viejo cerebro. Las respuestas adecuadas, las que corresponden a un nivel verdaderamente humano, han de ser elaboradas en el neocortex, en nuestro «cerebro estructurante». «Es verdad —dice Henri Laborit— que la acción del hombre nunca se moviliza mejor que por sus motivaciones instintivas las más primarias: instinto de dominación, racial, de propiedad y de posesión, o de bienestar. Pero movilizando todo ese capital inconsciente acumulado por la historia de la vida a través de los siglos, se paraliza el mecanismo que hace del hombre el último eslabón actual de la evolución: el de su cerebro estructurante.» [90]

Comportarnos como hombres, pues, es saber controlar nuestras tendencias instintivas y lograr transformarlas en energía creadora. Es, en

90 Henri Laborit: "L'agressivité déturneé" Edit 10-18. París, 1970

suma, aprehender en toda su dimensión el valor intrínseco de la libertad. Porque ¿qué pasa si yo quiero la libertad sólo para mí y trato de dominar al Otro? Pues que los dos quedamos prendidos del antagonismo y caemos en la forma más grande de alienación que sufren los hombres. De sobras es conocido que entre el que quiere mandar y los que no quieren obedecer no hay más alternativa que la guerra con toda su secuela de odio, de afanes de revancha y de miedo.

Lo que el hombre «llama libertad —razona Laborit— no es más que la posibilidad de someterse al determinismo inconsciente de su cerebro pre-humano. Esta posibilidad choca con el determinismo inconsciente del cerebro pre-humano de los Otros, que buscan también lo que ellos llaman libertad».[91]

El odio y el fanatismo son inseparables del instinto de dominación que es la más grande de las alienaciones y la que ha ocasionado mayores estragos. El que la sufre se justifica a sí mismo creyéndose en posesión de la verdad absoluta; lo que es monstruoso y doblemente nocivo: porque representa el mayor obstáculo para la evolución social y porque bajo el imperio de esa dominación la lucha fratricida es la única relación posible. Ahí tenemos para constatarlo la corriente dominante y trágica de nuestra historia: poder, opresión, unos dioses contra otros, poseedores y desheredados; en definitiva barreras que frenaron siempre el acceso del hombre a la libertad. Cuando las religiones perdieron predicamento surgen los partidos políticos para seguir alimentando la rivalidad. Con ellos las doctrinas se multiplican, múltiples fórmulas con pretensión innovadora aparecen, y remiendos aquí y allá con su profecía salvadora; pero todas se hallan infectadas de autoridad y cada una lleva dentro la cizaña de la discriminación disolvente.

Cuando el conocimiento parece estar a punto de abrir cauces nuevos a la libertad y el capitalismo explotador va perdiendo vigencia al choque de una crítica rigurosa, aparece el marxismo que con una nueva ambivalencia va a retrasar la solución liberadora; porque habla de liberar al

91 Idem de la última nota (90)

hombre, de emanciparlo al fin, y para ello no se le ocurre otro medio que la dictadura del proletariado. ¿Hay algo más paradójico?

¿Cómo se puede liberar al hombre manteniéndolo en la opresión? Si para ser agricultor hay que trabajar la tierra y conocer los ciclos de las cosechas y sus reveses; si para ser forjador es indispensable conocer las técnicas relativas a los metales, y para ser un buen cirujano se ha de practicar la cirugía, está claro que para aprender a ser libres se ha de practicar la libertad. Su aprendizaje sólo puede obtenerse mediante la praxis liberadora de todos los días. No es necesario extendernos sobre lo que una dictadura significa como freno a la expansión informativa y lo que de trágico dramatismo encierra para los que no se resignan a su poder omnímodo; ya que no son un secreto para nadie los ejemplos liberticidas de que ha hecho prueba el marxismo allí donde su esquema ideológico ha podido llevarse a la práctica. Pero sí es necesario insistir sobre el hecho, muy curioso, de que aún haya tantos jóvenes seducidos por el marxismo pese a lo deshumanizado de sus postulados teóricos y a los resultados más deshumanizados, si cabe, en la práctica.

Aquí, Biología y Psicoanálisis convergen en la explicación de esa tendencia a lo irracional que son las características de un fenómeno social muy corriente: H. Laborit con su «Estructura Biológica» como núcleo primitivo de respuestas irracionales, G. Mendel con su «Prolongación del Yo infantil —mágico y megalo-maníaco— bajo forma racionalizada de lo Absoluto, de lo Ideal, de lo Perfecto»[92] y de quien Gilíes Plazy hace la síntesis en los siguientes términos: «Mendel viene a formular así la alternativa contemporánea: en la que van a desarrollarse nuevas formas místicas, irracionales, neomágicas y en la que los hombres impedirán este desarrollo tomando conciencia de las motivaciones de los miedos irracionales».[93]

Sólo de este modo podemos explicarnos que el indi-viduo o la nación que salen triunfantes de un combate violento sean ensalzados por su «heroísmo» y su «valor». César, Gengis Kan, Pizarra, Napoleón

92 G.Mendel: “La crise de Génerations”.

93 Gilles Plazy: “Combat”, del 12 de 1968. Francia

fueron glorificados por su barbarie. Lenin, con los del Comité Central, que utilizaron una estrategia de alianzas circunstanciales y que eliminaron a los compañeros de ruta tras haberse aprovechado de ellos —véase la Maknovina y Kronstadt— son los héroes de nuestro tiempo. Todo parecido a lo de ayer. La única diferencia es que estos últimos han sabido organizar mejor la burocracia y los órganos coercitivos, es decir, consolidar el poder del Estado y la represión; pero como muchos intelectuales han creído ver un sistema coherente y bien sistematizado en lo que no es otra cosa que una mítica de absolutos idealizados, el marxismo se puso en boga y ahí están las consecuencias; millones y millones de muertos, poblaciones oprimidas y gestas tan gloriosas como la invasión de Hungría en 1956 y la de Checoslovaquia en 1968. ¡Ah!, pero no olvidemos que Marx, al igual que Lenin, consideraba a los intelectuales seres providenciales que garantizarían con su sapiencia la nueva sociedad comunista.

Si los comunistas, allí donde dominan eliminan a los hombres libertarios y prohíben la difusión de sus obras; si no permiten que sus jóvenes viajen por el mundo so pretexto de contagio; si la enseñanza, la literatura y el arte se hallan sometidos a reglas estrictas es por que no están seguros de sí mismos y les da miedo la libertad.

Por otra parte, puesto que en el seno de los países comunistas se cultiva el odio y se dedican las mejores energías al incremento Incesante de las armas, es muy probable que las catástrofes bélicas vuelvan a producirse con genocidios de incalculable alcance y que a causa de esas guerras por conquistar el predominio, la era de la libertad se retrase considerablemente que es lo que en definitiva queríamos probar en este apartado. Que este período de presagios apocalípticos desaparecerá por el ansia de libertad y de cooperación que yace en el fondo de todos los hombres parece incuestionable; pero ¡cuántos horrores y crímenes podríamos evitar si adoptáramos una actitud más racional y humana!

Para terminar añadiré, a manera de síntesis, que si mis análisis son correctos, la deducción brota por sí misma. Es decir; que el Mensaje de Marx, pese a su intención liberadora y de justicia, por estar impregnado de rivalidad darwinista y de un burocratismo jerarquizado se opone a la fraternidad entre los hombres y es obstáculo cruento a su ascensión libertadora.

EL LEVIATAN

En nuestro análisis del marxismo no nos ha guiado otro afán que el de desvelar horizontes y apartar alguno de los obstáculos que se oponen a la solidaridad humana. No querríamos, por tanto, ni herir personas ni acrecentar todavía más las rivalidades que extorsionan las relaciones entre los hombres. Sabemos, no obstante, que es empresa difícil, porque cuando se adopta emocionalmente una doctrina, nos hacemos en mayor o menor grado siervos de ella y cuando alguien la pone en duda o socava su edificio teórico, consideramos el fenómeno como una ofensa personal. Es lamentable que sea así; pero la fuerza de los condicionamientos y la pereza mental lo han determinado de ese modo.

Por otra parte, toda nuestra crítica está hecha desde una dimensión libertaria, como buscando un contrapunto asociativo a cuanto suponemos disociador en las proposiciones marxistas. Fácilmente, por tanto, podría deducir el lector que acusamos un dogma para caer en otro. Ello, sin embargo, es imposible si nos atenemos a la praxis más amplia de la libertad; porque, como pretendemos probar en el Capítulo que sigue sobre la Autogestión, con tal sistema de trabajo se eliminan por su propio funcionamiento doctrinas, escuelas filosóficas y legislaciones, quedando siempre la decisión ante no importa qué problemas en la voluntad del individuo imbricado en el consenso del grupo. Si todo se analiza, critica y decide entre todos con miras al bienestar común, autoridades, dogmas e injusticias desaparecen súbitamente y con ellas los conflictos más obstaculizantes.

A veces hay quienes niegan que el marxismo sea una doctrina por el simple hecho de que su creador la llamó Socialismo Científico; pero si como hemos querido demostrar en páginas anteriores, lo de científico carece de base, es aún más fácil constatar que es una doctrina con fondo místico innegable dado su contenido de religiosidad palmario. Desde muy joven, cuando leí el «Manifiesto Comunista» y algunas obras de Lenin y de Trotsky, intuí que era una especie de herejía cristiana, por sus afirmaciones y su estrato de fatalismo. Luego, comparándolo con el Cristianismo milenarista de los Anabaptistas y de otros movimientos revolucionarios cristianos, como el de Thomas Müntzer y el de Johann Bockhold del siglo XVI, la semejanza adquiere mayor relieve. En todas esas tentativas se

condenan a sangre y fuego a los enemigos de la secta, en todas se propaga el comunismo dirigido por una autoridad centralizada indiscutible y en las luchas cristianas cómo en las marxistas se pone el acento en la disciplina y en el odio. ¿Qué importa que el marxismo se denomine ateo y que descienda a Dios del Olimpo para situarlo a la cabeza del Partido?

Yo, que suelo reflexionar al socaire de mis vivencias o mis observaciones, he podido constatar la actitud de dogmatismo intransigente de muchos comunistas en el campo de concentración y en la cárcel donde la personalidad se muestra al desnudo, ya que no es posible fingir durante veinticuatro horas al día. Pues bien, si en esos lugares pude constatar actitudes de rechazo irreversibles y cómo las reuniones de las células condenaban a muerte a cuantos sé distinguían de algún modo en contra de las acciones o decisiones del Partido, lo que más me probó la semejanza entre la intolerancia del fanático cristiano y la del comunista fue la anécdota siguiente:

Después de una agobiante jornada huyendo a través de Francia de tos invasores alemanes, descansábamos en casa de unos compatriotas, unos pocos compañeros dé la CNT y media docena de comunistas. Se hablaba de la situación difícil para nosotros y de las posibilidades políticas del futuro, cuando de pronto Guerrero, que ponderaba sin cesar al Quinto Regimiento, dijo ante el asombro de todos: «Ya sé que tanto libertarios como socialistas nos miráis con recelo; pero cuando triunfemos, que triunfaremos, ya nos las pagaréis todas de una vez».

Por un fenómeno de asociación espontáneo, recordé otra escena de fondo semejante. La abuela de mi casa, oyendo a un grupo de personas que iban cantando por la calle «Los Hijos del Pueblo», se encaró con una imagen del Corazón de Jesús y exclamó con rabia: "¡Jesús mío, mátalos a todos, esos blasfemos!».

Me sonreí benévolo y le dije: "¿Ese es el amor de su Dios que a menudo invoca?». Y engarzando la memoria con la amenaza presente le repliqué a Guerrero: "¿Crees que condenando o eliminando a los demás

podremos llegar a la sociedad libre y equitativa, última etapa de vuestro comunismo?».

Entonces, como ahora, podríamos haber recontado los crímenes y los atropellos que sufrimos de parte de los comunistas durante nuestra Guerra: Los asesinatos de Berneri y de Alfredo Martínez con otros muchos jóvenes libertarios, la desaparición de Nin —el comunista más documentado de España, pero no subordinado a Stalin— la provocación de la Telefónica de Barcelona, los asaltos a las colectividades con crímenes y encarcelamientos por toda la zona republicana, los jóvenes sacrificados gratuitamente por no haber cogido el carnet del Partido, etc., etc. Porque nosotros, los que hemos vivido la contienda de 1936-39, aparte de cuanto podamos analizar en el plano teórico y en los acontecimientos de la órbita llamada socialista, hemos sufrido en nuestra propia carne los efectos de la intolerancia totalitaria de que está impregnado el marxismo. Pero ni puede animarnos un sentimiento de venganza ni quisiéramos echar más leña al fuego de las rivalidades insensatas y perturbadoras. Si alguien quiere conocer esos hechos deshumanizados de nuestra lucha y las intrigas que nos dispersaban en lugar de fusionarnos contra el fas-cismó, podemos remitirlo a la bibliografía que incluimos en última página y que hace referencia al período de la Guerra Civil.

Ya hemos examinado en los Absolutos el contenido mesiánico del marxismo; pero del mismo modo que el darwinismo adjuntó a su teoría el fatalismo del progreso y la elevación de la sociedad por la selección de los más fuertes—conceptos meramente especulativos— el marxismo se apoya en idénticas ilusiones para predecir que se llegará a la deterioración del Estado, al Hombre Total y al comunismo igualitario. En tales expresiones gratuitas va implícito el credo inherente a un sentimiento mágico de ancestralismo netamente animista. Y es en este sustrato de esperanza mítica en el que cristianos y comunistas abandonan su sentido crítico para embarcarse sobre una nube de ilusiones.

Hay otra semejanza que refuerza la herejía cristiana que va intrínseca en el marxismo y que connota el halo emotivo y lo sagrado en su expresión. El fanatismo cristiano ha estigmatizado y condenado con

acento enérgico a quienes han rehusado o puesto en duda la verdad o la autoridad de la Iglesia, y el Partido hace otro tanto. Se llamen Kamenov, Kaganovitch o Bukharin, se trate de intelectuales que dejan oír alguna protesta o de obreros que se rebelan contra la injusticia, el dictador, la Jefatura de Policía, los tribunales y los órganos de prensa de la URSS o de las naciones satélites, no se conforman con castigarlos y hacerlos desaparecer, han de estigmatizarles, adjudicarles los adjetivos más denigrantes y ensuciar con los epítetos más ignominiosos su memoria. Son «traidores», «vendidos», carroña despreciable y un insulto al sagrado edificio del Estado Soviético. Ahora mismo, 17 de marzo de 1977, a dos pobres jóvenes que han pintado en Leningrado unas palabras de denuncia contra el régimen, no sólo se les condena a ocho años de trabajos forzados, que equivale casi a la muerte, se les tilda de saboteadores a la economía soviética y sobre todo, según decía Radio Moscú: «de haber ofendido a Leningrado de modo irreparable». Ahí está la acusación moral de una esencia sagrada. Han ofendido a la ciudad, ¡qué pecado!

La diferencia actual, sin embargo, reside en que los cristianos van liberándose de lo sagrado y de la infalibilidad del Papa y en que se oponen con mayor decisión cada día al burocratismo de la Iglesia. ¿Ocurre lo mismo con los partidos comunistas? Aparentemente sí, puesto que renuncian, en las naciones de Occidente, a la Dictadura del Proletariado y se esfuerzan en presentarse como los demócratas más moderados de todos los partidos. Pero nadie ignora que eso es una táctica impuesta desde Moscú que los comunistas acatan obedientemente. Porque si fuera una mutación ideológica o una evolución hacia el comunismo auténtico, permitirían la crítica en los países socialistas, dejarían en libertad de acción y de opinión a sus súbditos, se abrirían las fronteras y el intercambio de criterios y de conocimientos se haría con la misma sencillez que se efectúa ahora entre los naciones de! Mercado Común por ejemplo.

Si nos remitimos a la historia constataremos cómo Marx y Engels aplaudieron la democracia directa y el federalismo de la Comuna para no oponerse al entusiasmo que aquella revolución había suscitado entre los trabajadores del mundo. Más tarde condenaron con brutal acritud a los socialdemócratas acusándoles de parlamentaristas y de ahogar todo

atisbo de revolución, cuando fueron precisamente ellos los que inclinaron a los obreros hacia el parlamentarismo. Esto ocurrió por vez primera en la desgraciada Conferencia de Londres de 1871, donde lograron hacer aprobar una resolución que terminaba con las siguientes palabras:

«Considerando: que el proletariado sólo puede permanecer como clase constituyéndose en partido único aparte en oposición a todos los viejos partidos de las clases dominantes; (...) que la unión de las fuerzas proletarias que se viene consiguiendo por las luchas económicas es también un medio de que se valen las masas en la acción contra las fuerzas políticas del Capitalismo, la Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional la necesidad de mantener en las luchas obreras indisolublemente unidas sus actividades económicas y políticas».[94] Es decir, que en su estrategia oportunista los comunistas no vacilan en adoptar las posturas que pueden favorecer su triunfo y en achacar constantemente a los demás sus propios errores y fracasos.

Volviendo empero a la actualidad y situándonos en el ámbito de la dictadura rusa, comprobamos que en vez de evolucionar hacia tácticas democráticas, el Estado soviético se ha ido robusteciendo sin cesar, y su control sobre las naciones satélites y sobre los súbditos rusos es cada vez más opresivo y riguroso. No podía ser de otro modo. Habiendo estructurado el esquema social bajo la égida de una dictadura, ésta tiene que hipertrofiarse, que perfeccionar su poder; porque al sustentar el edificio político sobre una autoridad centralizada, los miembros de la comunidad se sienten cada vez menos implicados y menos responsables, por tanto, del quehacer colectivo. Y el resultado es irreversible: a mayor indiferencia de los súbditos, mayor opresión del poder.

Otra manifestación sicosocial que pone de relieve el parentesco marxismo-cristianismo es su fe en la fuente a pesar de los reveses sufridos. Miguel Ser-vet, quemado por Calvino; Campanella, que estuvo casi treinta años preso por la Iglesia; Luis de León, perseguido por la Santa Inquisición, y tantos y tantos miles de cristianos maltratados por la Iglesia, se limitaron a condenar las jerarquías, pero no la institución ni el credo

94 Citado por Rudolf Rocker: "Marx y el Anarquismo". Clandestino

que las determinaba. Y asimismo, hombres como Víctor Serge, Arturo London y el propio Garaudy denuncian acremente la praxis marxista de la que han padecido los zarpazos; pero siguen llamándose marxistas-leninistas. Su impregnación ideológica obnubila su sentido crítico, porque de no ser así, ¿cómo podrían adorar la causa y rechazar vehementemente su consecuencia? Es su fe en la doctrina lo que encadena a los feligreses; lo que hace que esos hechos represivos y de desigualdad social sean interpretados como simples desvíos incidentales, y lo que no les permite ver la raíz sustancial que los originan.

Sin embargo, se nota un cambio de fondo que vaticina auroras de esperanza. En el Este, los más de los jóvenes preocupados, se levantan contra la doctrina machaconamente impuesta y se manifiestan resueltamente antisoviéticos. A este propósito, Juan Patoka, muerto en el mes de marzo de 1977 a causa de las torturas policíacas, dejó una especie de mensaje que difundió Radio París el 18 de ese mes y que podemos sintetizar como sigue: ANTE LA AUTORIDAD QUE VIOLA NUESTRA CONCIENCIA TENEMOS QUE LUCHAR HASTA LOGRAR LA LIBERTAD Y LA DIGNIDAD DE LOS HOMBRES. ¿No hay en este grito un halo de esperanza con perspectivas de liberación?

En esa lucha contra la autoridad y el despotismo, ya Isaías predijo, al crear la imagen del Leviatán como un monstruo entre Dios y los hombres, que se trataba de un engendro infernal para reprimirlos y al que tendrían que devorar al fin si querían de veras liberarse.

Hobbes proclamó lo contrario; es decir, concibió al Leviatán —el Estado— como el único poder que podría someter a los apetitos encontrados de los hombres, obligándoles por la fuerza a comportarse como el Estado dictaminara. Esta es la verdadera imagen del Estado: el potro que se opone a la liberación y a la expansión de los hombres, impidiéndoles su plenitud individua!, su cooperación generosa y su bienestar colectivo.

No han faltado, desgraciadamente, filósofos y «moralistas» que se manifestaran fervientes defensores del Estado. Hobbes, por ejemplo, saturado de sádico narcisismo, acarició siempre la imagen de un Estado

todopoderoso como único instrumento capaz de poner en cintura a los hombres; aunque, como ese aparato venía funcionando con excesivo rigor desde hacía siglos, nada aporta Hobbes salvo su pretensión irracional de justificar tanto crimen.

Si Marx predecía la periclitación del Estado, la libertad a largo plazo y una sociedad comunista pacífica y fraterna, es porque había tomado conciencia del estorbo que representaba el Leviatán y de la aspiración de los hombres a la libertad y a la concordia; pero, ¿si había intuido esa necesidad universal, cómo podía suponer que reforzando la barrera del Estado podría conseguirse la libertad humana? La contradicción es realmente insoluble, y sólo se vislumbra un camino: el de organizamos racionalmente para derrumbar y hacer Innecesario el Estado.

Pero como siempre, tropezamos con el Estado y sus tentáculos cada vez más robustos y especializados; ya que, a medida que los hombres van tomando conciencia de su necesidad de libertad de iniciativa, el Estado tiene que reforzar su aparato de control y de represión para mantener el estatus quo de privilegio. Marx, que opta finalmente por el Estado como agente básico de la revolución, no hace sino arrodillarse ante ese Leviatán que todo lo somete y lo corrompe.

Y es que habiéndose abrevado en Hegel —el máximo sofisticador y defensor del Estado— quedó condicionado y sujeto a un mecanismo de poder. Hegel dice entre otras muchas cosas: «el individuo se somete a las leyes y sabe que encuentra su libertad en esta sumisión. Es su propio querer cuanto él encuentra en estas leyes. La independencia de los individuos es, pues, real en el Estado, ya que los individuos actúan con conocimiento de causa»[95]. ¿Pueden decirse mayor sarta de falsedades y blasfemias con tan pocas palabras? Los individuos saben, por el contrario, que el Estado los ata y los somete contra su voluntad —puesto que no han sido consultados— y que en el Estado sólo encuentran expoliación y valladares que se oponen a su deseo de ser libres y de real independencia. ¿Cómo sumisión y libertad, elementos en extremo antagónicos, pueden fusionarse por una imposición exterior?

95 Hegel: “La Raison dans l’Historie”.

En la expresión de Engels que transcribimos a continuación va implícita una verdad aparentemente real, aunque inversamente planteada: «el Estado no es en el fondo más que el reflejo de las necesidades económicas de la clase dominante sobre la producción». Es cierto que la clase dominante, en cualquier etapa de la historia, ostenta el poder del Estado y se sirve de él para reprimir y explotar; pero antes que la propiedad y su explotación subsiguiente estuvo el Estado que impuso la sumisión y consumó el robo.

Esto lo analizaremos mejor leyendo lo que decía Marx en «El Capital»: «Es siempre en la relación inmediata entre el propietario, sus medios de producción y el productor directo, (...) donde hay que buscar el secreto más profundo, el fundamento escondido de todo el edificio social y por consiguiente de la forma política que toma la relación de soberanía y de dependencia; en una palabra, la base de la forma específica que reviste el Estado en un período dado».[96]

Habiendo colocado Marx en la base de toda su obra la producción como la dinámica de las acciones sociales, supedita todos sus enjuiciamientos al sistema de producción; sin reconocer que es totalmente imposible la apropiación del suelo y de la riqueza de cualquier índole que sea, sin un poder previo que haga factible ese robo por la fuerza concreta de las armas. Es harto sabido cómo en el decurso de la historia los imperios, el feudalismo, las monarquías, las repúblicas y las naciones llamadas socialistas han explotado a las gentes y cómo en cada uno de esos períodos surge un sistema específico de expoliación. Pero ninguno de esos regímenes podría haber sometido los pueblos a su férula si no hubiera contado con una fuerza que asegurara tales usurpaciones. Antes, pues, de que hubiera propietarios, castas o clases, se configuró un poder que hizo posible toda clase de tiranías y atropellos. Ahí está precisamente el fundamento del edificio social histórico: en el Estado, no en el sistema de explotación; ya que sin el Leviatán, ni la explotación ni el despotismo serían posibles.

Lo más peregrino es que ya Marx había visto el obstáculo que el Estado representaba para la libertad del hombre y cómo el Leviatán

96 Marx: "El Capital". Edit. Sociales, tomo III. París, 1960

se refuerza en vez de debilitarse, cuando escribía en el «18 Brumario de Luis Bonaparte»:[97] «Todas las revoluciones políticas no han hecho más que perfeccionar la máquina del Estado en lugar de aniquilarla». ¿Cómo, pues, podía suponer que con la dictadura, que tiene como misión sostenerse por la dictadura misma y lograr el éxito por la represión, fuera posible llegar a la sociedad comunista y a la liberación del individuo. Aquí tropezamos con una más de las múltiples contradicciones que había en la mente de Marx según reflejan sus obras.

En esa acción constante de equilibrio sobre la cuerda floja para justificar la existencia de la dictadura, Engels, respondiendo a un ¿«hasta cuándo»? decía: «hasta que una generación que crezca en las condiciones sociales nuevas y libres esté en situación de desprenderse de todo este batiburrillo del Estado"[98]. Tenemos que insistir una vez más: ¿por qué golpe de magia o arte esotérico se liberarán los hombres que viven sometidos a una férrea dictadura? Si tuviéramos alguna duda la disiparía elocuentemente el cuadro social que nos ofrecen los países apellidados socialistas.

En otro lugar, queriendo rebatir la crítica de los anarquistas, Engels afirmaba: «Nosotros decimos: abolid el capital, la apropiación del conjunto de los medios de producción... Entonces el Estado se hundirá por sí mismo»[99].¿Es eso precisamente lo que nos está demostrando la URSS? Mas veamos en otra frase la contradicción de Engels y su subordinación a la idea de dictadura: «Mientras el proletariado necesite al Estado, no es para conquistar la libertad, sino para reprimir a sus adversarios»[100]. Aquí está la clave del funesto edificio marxista: el combatir a los adversarios; porque éstos no faltan nunca cuando hay un Estado que oprime y unas élites envanecidas que imponen su arbitrariedad despóticamente.

97 Marx: "18 Brumario de Louis Bonaparte" Oevres. vol. I Obra citada
98 Engels: "Prefacio a "La guerre civile en France" en MArx-Engels Oeuvres Choisies. vol I
99 Carta de Engels a F.Cuno (1872) Clasiques du marxisme . Critique du programa de Gotha et d'Erfrut. Ed.Sociales Paris 1968.
100 Idem

Hundiendo más el clavo del Estado dictatorial, Le-nin nos dice de modo claro y taxativo: "...la dictadura significa un poder ilimitado, apoyándose no en la ley, sino en la fuerza», y más adelante insiste: «la dictadura es el empleo de la violencia por el pueblo contra los opresores del pueblo»[101]. ¿Es que la dictadura no es en sí e indubitablemente un órgano de represión? Sobre todo si, como el mismo Lenin repite en muchas obras, es la minoría dirigente la que impone su voluntad a la mayoría del pueblo.

Refiriéndose al Estado, poco antes de la Revolución Rusa, Lenin escribía con su tono habitual de dialéctico polemista: «Los socialistas quieren utilizar el Estado moderno y sus instituciones en la lucha por la libertad de la clase obrera; afirman igualmente la necesidad de utilizar el Estado bajo una forma de transición particular... Que es un Estado asimismo: la dictadura del proletariado. Los anarquistas quieren "abolir" el Estado, "hacerlo saltar"..., los socialistas admiten la "desaparición", la "disminución" gradual del Estado, después de la expropiación de la burguesía.»[102] Sin comentarios, porque los argumentos a este propósito han sido ya abundantemente repetidos.

Pero si renunciamos a más comentarios a propósito de la dictadura, tenemos que ahondar un poco en lo relativo al período de «transición» que menciona Lenin; porque suele ser el caballo de batalla de los marxistas y de otras muchas personas que, sujetas a esquemas mentales autoritarios, no pueden imaginarse el cambio social sin un Estado de Transición. Y es que cuando Marx escribía lo que sigue, hacía doctrina a ese respecto: «En cuanto me concierne, no es mío el mérito de haber descubierto la existencia de las clases ni la lucha entre ellas (...). Lo que aporté de nuevo fue demostrar que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; (...) Que esta misma dictadura no constituye sino la transición a la abolición de todas las clases y por lo tanto a una sociedad sin clases»[103].Si el poder es la causa de todas las injusticias sociales, porque la dominación engendra el conflicto y la desigualdad, no será reforzando una dictadura como podrá solucionarse el conflicto. Si cuanto se crea en

101 lenin: "la victoria des cadets et les taches du parti ouvrier" Oevres, romo 10.

102 Lenin: "L'Internationale de la jeunesse" (1916) Oeuvres, tomo 23

103 Marx: "Lettre a Joseph Weydemeyer (1852) Oeuvres Choisies Ed. du Progrés. Moscou, 1967

el orden político tiende a subsistir y máxime la dictadura por tratarse de un régimen de tensa violencia, de suyo se desprende que cuanto llamamos estructura o régimen de transición se afincará y se esforzará en hacerse eterno.

Analizando el problema desde otro ángulo más realista, constatamos que abolir el régimen capitalista cuesta el mismo esfuerzo y exige los mismos sacrificios si pretendemos sustituirlo por un sistema de transición que si nos proponemos establecer una convivencia de autogestión federal en el que Todo esté al servicio de Todos. Entonces, ¿para qué realizar una revolución que deje a los pueblos tan sometidos y alienados como antes? Si este razonamiento es suficientemente lógico, tiene para nosotros muchísimo más valor tras la experiencia de las colectividades del Treinta y Seis al Treinta y Nueve. En Aragón sobre todo, donde los colectivistas éramos mayoría, los trabajadores organizaron la producción y los servicios, desarrollaron la cultura y establecieron vivencias más fraternas, sin necesidad de autoridad, propiedad ni burocracia. ¿No es ese ejemplo más elocuente que cuantas especulaciones teóricas podamos hacer?

Nadie como Bakunin ha profundizado tanto para darnos una imagen fiel de los males que radican en el Estado. En nada se equivocaba cuando dijo: «No soy comunista porque el Comunismo concentra en el Estado todos los poderes de la sociedad y porque desemboca fatalmente en una detentación de la sociedad por el Estado, mientras que lo que yo deseo es la abolición y la extirpación radical del principio de autoridad y de la tutela del Estado, que hasta el momento, con el pretexto de convertir a los hombres en seres virtuosos y civilizados no ha logrado sino oprimirlos, esclavizarlos, explotarlos y corromperlos».[104]

Pero ¿no es lo más importante abundar en censuras contra ese Leviatán, de cuya función represiva al servicio siempre de las castas dominantes hartas pruebas nos ha venido dando la historia? Por lo tanto,

104 J. Guillaume. "L'Internationalle" Documents souvenirs . 1864-1878. París 1905-10, vol-1 Citado por James Joll en "Los anarquistas" Edit. Grijalbo, Barcelona, 1968

mejor será que a ese tenor y lo mismo individual que colectivamente nos preparemos para superarlo y aprender a marchar unidos hacia la estructuración de una sociedad solidaria y justa. Esta proposición ¿es una utopía?

No perdamos de vista que en su evolución de tanteo zigzagueante, el hombre ha aspirado siempre a solucionar el conflicto y que en función de esa aspiración nunca podrá conformarse al sistema autoritario, que es conflictivo en su propia esencia y de ahí que mientras persista la lucha entre dominadores y dominados ésta irá en aumento y llegará a poner en peligro la supervivencia incluso de la especie. Analizando esa dinámica comprobaremos la existencia de un proceso cuyas manifestaciones concatenadas de contestación, oposición y proyección renovadora vienen repitiéndose de manera invariable a través de los siglos. Tal vez este breve análisis nos lleve a comprender por qué los hombres no han podido salir todavía del tormento de Sísifo que los atenaza y corroe.

Es un proceso en el que nos embarcamos todos, bien de manera individual o colectiva, bien de forma más o menos manifiesta; pero en el que muy pocos lo hacen con un análisis previo de sus posibles repercusiones y una valoración responsable del compromiso que vis a vis de la sociedad adquieren. Es decir: denunciamos cuanto oprime y frena la expansión de nuestra persona; lo que en principio es saludable puesto que en la contestación vibra el deseo de romper con el inmovilismo tradicional para ir a la búsqueda de soluciones más lógicas y satisfactorias; pero desgraciadamente ponemos en el gesto más agresividad que conocimiento objetivo de los hechos y de las actitudes más convenientes en cada caso.

El mero planteamiento de contestación nos sitúa en un conflicto de oposición, puesto que en la sociedad que contestamos se mueven unos individuos y unos grupos que la defienden y sostienen. Entonces ¿oposición contra quién? Según proclaman el Marxismo y otras ideologías más o menos emparentadas con la dialéctica, contra los capitalistas. Sin embargo, la cosa es mucho más compleja; porque además de la clase poseedora que usurpa el esfuerzo de los productores nos encontramos: con unos cuerpos armados mercenarios; con categorías intermedias que

se contentan con cierto porcentaje de autoridad y un sueldo superior a la media, y, sobre todo, con una inmensa mayoría de ciudadanos apáticos e indiferentes que, por condicionamientos múltiples, abdicaron de su personalidad. Y por si esta multiplicidad que rebasa el esquema dialéctico fuera poca, la complicación aumenta cuando los mismos contestatarios se escinden en grupos rivales al ser víctimas unos y otros de encasillamientos doctrinarios.

Pero... acaso está más clara en la mente de los contestatarios la proyección renovadora? Y, sin embargo, mal podemos saber con quién y cómo hemos de actuar si no estudiamos primero en qué debe consistir un verdadero cambio. Como de eso se trata pues, de un cambio real y no ficticio, la siguiente reflexión puede desvanecer muchos espejismos: Si la autoridad —como se ha demostrado tantas veces—lleva en su propia esencia el conflicto, pretender provocar mutaciones que guarden en su seno el morbo autoritario, sería caer de nuevo en la órbita de Sísifo para seguir siendo tan reprimidos y tan esclavos como lo hemos venido siendo hasta aquí.

Está probado antropológicamente que desde que surgió la primera autoridad que configuró más tarde el Estado, su dominación ha impedido la libertad del individuo y la plenitud de los grupos sociales, a la vez que ha fomentado la usurpación de la riqueza por parte de unas minorías que han venido cometiendo toda clase de atropellos, de crímenes y de abusos. Se trate, pues, de civilizaciones estratificadas en castas o divididas en clases, de Estados coronados o presidenciales, de dictaduras fascistas o comunistas, el resultado es parecido siempre: élites que toman el poder y pueblos explotados y sometidos.

Hemos de reconocer que existen importantes diferencias entre estos esquemas de dominación; pues mientras las dictaduras anulan toda posibilidad de existencia a los grupos de oposición, las llamadas democracias liberales conceden ciertas libertades de asociación y de prensa por ejemplo, que permite a los ciudadanos la creación de sus propios organismos de comunicación y de defensa. No obstante, salvo esas ventajas, el conflicto de fondo no desaparece; porque si partimos de que

todos los hombres son sustancialmente iguales y ninguno vale más que otro aun dentro de las diferencias que caracterizan a cada uno. Todos han de gozar de idénticas posibilidades para desarrollar su potencial genético, porque todos deberían realizarse como hombres.

Hasta hoy, ese enorme potencial ha permanecido yermo por la imposición de las minorías. Ante este hecho, que nosotros consideramos excesivamente desproporcionado y absurdo, se nos ocurre preguntarnos si puede haber utopía en la aspiración renovadora que pretende dar a todos los hombres la misma oportunidad de ser, de participar y de realizarse. En este caso, ¿no estará la utopía -como decía Hume— en que una mayoría se deje manipular, explotar y oprimir por una insignificante minoría?

Frente, pues, a las alternativas mediatizadas y conflictivas que ofrecen los grupos marxistas y a otras expuestas por partidos presuntamente democráticos, querríamos bosquejar la de la libertad, la única susceptible de poner al hombre en el lugar de participación que le corresponde y a la colectividad en la situación de responsabilidad y de igualdad que ha de permitirle ascender a su plenitud por la dinámica de una imaginación en evolución permanente. Si como hemos visto en los últimos años, ni el socialismo autoritario es socialismo, ni la protesta regresiva de los hipis contiene solución a la crisis social de nuestro tiempo, hemos de buscar entre todos, rompiendo creencias y doctrinas, el camino de la salud del Hombre: LA AUTOGESTIÓN, de la que vamos a tratar, aunque muy esquemáticamente, en el capítulo que sigue.

AUTOGESTIÓN

Al romper los convencionalismos clasistas y fundirnos a todos en un quehacer común, la autogestión nos ha de liberar de los encadenamientos de la historia.

Tal vez el análisis crítico que hemos hecho en los apartados anteriores pueda hacer tambalear alguno de los mitos que se aceptaron bajo los efectos de un impresionismo rápido y de escasa profundidad. Pero ello no basta, y tras haber demostrado que la jerarquización burocrática y el autoritarismo no sirven para vincular a los hombres y estructurar una sociedad libre y abierta a un futuro en evolución permanente, nos vemos obligados a esbozar, siquiera sea esquemáticamente, las líneas vertebrales de una sociedad humanamente concertada.

Ya hemos visto que la constante del hombre desde hace muchos milenios es su aspiración a la libertad y a una convivencia pacífica, y también, que hay instintos y hábitos anacrónicos que se oponen ciegamente a los afanes lúcidos de ‘un pensamiento ético y racional. ¿Quiere ello decir que la conducta derivada de dichos instintos es fatalmente irreversible? De ningún modo. Si existen hombres que han sabido superar los egoísmos y las agresividades por una reflexión moral y una voluntad decidida, ello quiere decir que esa posibilidad, en mayor o menor grado, está al alcance de todos. Ahora bien, hemos de comprender que entre la mente individual y el medio en el que se organiza y se mueve hay una corriente de recípro cas influencias que debemos examinar muy atentamente. Hasta aquí, y en los últimos siglos sobre todo, el ámbito social ha sido organizado para condicionar a los individuos al egoísmo, al liderismo agresivo y a la desconfianza. En esas condiciones, en vez de utilizar las aspiraciones positivas del hombre se robustecen los comportamientos más atávicos e irracionales.

Por ello, uno de los propósitos que deberíamos formularnos con voluntad decidida es el de cambiar los métodos de relación y de subsistencia para que al socaire de un vivir más justó y solidario se convirtiera la suspicacia de ayer en cooperación estimulante y fraterna. El primer paso en ese camino ha de ser el conocimiento dé la realidad del hombre y de sus aspiraciones más profundas; porque únicamente por ese conocimiento podremos averiguar qué vínculos son los que nos unen y cuáles han sido las condiciones que nos han dividido y separado secularmente.

En los postulados marxistas lo mismo que en los sistemas capitalistas y en los feudales y monárquicos, los hombres son clasificados en categorías; habiendo siempre unas minorías que mandan y gozan de privilegios y unas mayorías sin otra alternativa que la de obedecer o rebelarse. AI margen del adjetivo político que se dé a esas estructuras, como llevan en su seno el antagonismo y la discordia, jamás pueden servir para dar paso a una sociedad igualitaria ni, en consecuencia, para satisfacer las necesidades del hombre.

Frente a la creencia del marxismo en la superioridad de unos intelectuales providenciales y sapientes surgió la idea desde hace mucho tiempo del valor humano que han ido forjando los trabajadores por el estímulo de su vivir azaroso y difícil. Esa realidad tantas veces probada en sus luchas contra la explotación y la tirania la expone de modo elocuente y diáfano Pedro Kropotkin cuando dice: «El socialismo ha surgido de las profundidades del pueblo mismo. Si algunos pensadores, salidos de la burguesía le han aportado la sanción de la ciencia y el apoyo de la filosofía, el fondo de las ideas que ellos han enunciado no es menos el producto del espíritu colectivo del pueblo trabajador. Este socialismo racional de la Internacional, que hoy representa nuestra mayor fuerza, ¿no ha sido elaborado en las organizaciones obreras por la influencia de su acción directa? y aquellos escritores que prestaron su concurso a este trabajo de elaboración, ¿han hecho otra cosa que formular las aspiraciones ya puestas de manifiesto por los trabajadores?»[105]

En esta frase, Kropotkin condensa la sustancia de todos los saberes humanos; porque si es verdad que el hombre en virtud de su cerebro imaginante es capaz de percibir muchas de las relaciones que caen fuera de su medio tangible, siempre captará y conocerá mejor lo que le afecta de manera directa e inmediata. Es decir; cualquier persona sensible puede comprender la injusticia que reside en la explotación; pero nadie con la misma intensidad y violencia que el individuo que se siente explotado. Luego del vivir de unos hombres en un ambiente dado surgen unas necesidades y una forma muy particular de querer satisfacerlas. De ahí el que pongamos más interés en resolver aquellos problemas que

105 Pedro Kropotkin: “Les temps Nouveaux” num, 31. París, 1913

conocemos mejor y que nos afectan más directamente. Aquí radica el móvil de nuestras rectificaciones y aspiraciones, del que brotan los anhelos de autogestión, que es: participación de todos los hombres de manera directa y mancomunada en todo aquello que les concierne.

Creer que unos intelectuales, sumergidos generalmente en un mundo de especulaciones abstractas y erudiciones muertas poseen la clave de toda la sabiduría y pueden dar solución a los problemas sociales de modo unilateral e inequívoco es bastante absurdo y producto de una inclinación burocrática. Sobre todo, si tenemos en cuenta cómo funcionan las universidades y la cultura clasista que se da en ellas. Es indiscutible que el campesino, como el metalúrgico o el pescador conocerán cada uno su técnica mejor que otras personas ajenas, y que sabrán hallar soluciones más idóneas a los problemas que en su ramo se plantean. Es verdad asimismo que serán más felices en la medida que se sientan participantes activos y solidarios en el desenvolvimiento social: Proudhon, Fourrier, Malatesta, Anselmo Lorenzo, etc, y en otra dirección Stevenson, Edison y el mismo Ramón y Cajal -—que fue zapatero antes que médico— fueron obreros; lo que no les impidió informarse ni explorar e inventar en áreas importantes del progreso humano.

Es obvio argumentar que algunos intelectuales, por estar exentos de una obligatoriedad laboral, gozan de condiciones superiores para el estudio y la investigación; pero esa facilidad no basta, ni, mucho menos —en nuestra perspectiva estrictamente humana—, ello no les concede superioridad alguna. En esa perspectiva, sin embargo, lo determinante será siempre que cada uno asuma la responsabilidad que le incumbe, en sus relaciones con el medio y con los otros individuos, sin discriminación de superiores e inferiores, torpes e inteligentes.

Si siguiéramos creyendo que el principio darwlnista de la lucha por la existencia y la supervivencia de los más fuertes era algo fatal para el hombre tendríamos que someternos a esa realidad; pero ese principio, corregido ya por el mismo Darwin en sus años postreros al observar que la ayuda mutua daba una mayor seguridad a los animales que la practicaban, es totalmente contrario a las necesidades de los hombres. La agresividad

es una reacción instintiva que los animales adquirieron al crecer en un medio hostil y ante los imperativos de la reproducción y del hambre. Ese comportamiento de ataque y defensa fue estructurando en ellos un sistema nervioso de arcos reflejos a base de estímulo y respuesta. El hombre, sin embargo, en virtud de nuevas estructuras que por mutaciones sucesivas fueron superponiéndose a su viejo cerebro —primero reptiliano, luego mamífero— es capaz de elaborar otras respuestas. Se trata de los hemisferios superiores de nuestro cerebro actual cuya estructuración nos ha dado una inteligencia para resolver situaciones inéditas y una conciencia para distinguir lo necesario de lo inconveniente. Todas estas conquistas psicobiológicas son el producto de la cooperación. La existencia de los niños lobos nos demuestra que nuestra matriz biológica, separada de su medio social no hubiera podido dar un hombre. «Nosotros somos los otros por nuestra estructura biológica, mezcla insondable de todo el determinismo genético desde los orígenes. Somos también los otros desde nuestros primeros contactos con el medio entornante.» [106]

Pues bien, si nuestra estructura neurocerebral nos permite superar los atavismos de la selva y si por otra parte, nuestro afán más consciente estriba en conseguir la libertad y una cooperación racional, el imperativo que se levanta en primer lugar ante nosotros es apartar las estructuras de poder y de explotación que nos estorban para marchar por caminos de autogestión y de grata convivencia.

En lo de apartar los estorbos del pasado se vislumbra una reacción saludable en los jóvenes de nuestro tiempo, que comienzan a estar vacunados contra el morbo de la manipulación y el dogmatismo y que se asoman curiosos al mundo. Sin embargo, es necesario dar a ese despertar sólidos cauces de cooperación si queremos llegar a la configuración de estructuras nuevas que puedan garantizar la libertad y la solidaridad entre los hombres. De otro modo, la energía de esa juventud podría malograrse de nuevo por otra represión de tipo cesariano; posibilidad que no nos atrevemos a descartar mientras persista el confusionismo sociopolítico que por doquier se observa. Pero como nada desaparece mientras no se proyecta algo superior, entendemos que para destruir la rivalidad y el egoísmo

106 Laborit: obra citada

que nos corroe hay que bosquejar las estructuras y los dinamismos de autogestión que lo permitan. Veamos pues, en qué consiste la autogestión y cuáles son sus exigencias inmediatas.

Al objeto de introducirnos en la praxis autogestionaria con el aval de un sociólogo muy preocupado por el tema, copiaremos los cuatro principios básicos que para la autogestión expone Daniel Chauvey en su obra L'Autogestión:[107]

-" Supresión del salario,

-Organización del trabajo en las empresas siguiendo los principios de la democracia directa y de la libre discusión,

-Elección de comités de autogestión por los obreros,

-Abolición de la burocracia autoritaria en las empresas.»

Es estimulante comprobar que estos descubrimientos que los sociólogos humanistas hallan en su exploración por el campo social coincidan punto por punto con el funcionalismo ya muy experimentado del anarcosindicalismo español. Y si bien a esos cuatro principios les falta la conexión federal y la equidad en la distribución de la riqueza y de los medios culturales y recreativos, de su misma esencia se desprende la perspectiva que ha de superar tal omisión. Es decir: que si la libre discusión y la ausencia de burocracia deben orientar el vivir de la empresa, ese mismo comportamiento debería presidir la convivencia ciudadana en todas las dimensiones de lo humano.

A propósito de cuanto acabamos de decir y que pensamos puntualizar seguidamente, constatamos el confusionismo que reina por doquier en nuestro ámbito social, donde se habla mucho de autogestión sin valorar suficientemente la trascendencia que podría tener si de verdad se practicara. Porque la autogestión no es una estructura rígida y

107 Citado en el libro de Milojko Drulovic "L'autogestion à l'épreuve" Ed. Fayard. París

estática, sino un movimiento, una praxis, una función creadora de nuevas estructuras en la que caben todos los hombres sin distinción de credos ni de razas. Mas para convertirla en realidad es necesario primero hacer una toma de conciencia de su papel transformador y crear el instrumento que dando a cada hombre la oportunidad de participar suscite en él al mismo tiempo un deseo permanente de participación responsable. Esa función y la estructura dinámica que la genera constituyen el modelo válido para todas las sociedades de cualquier época que sean y no importa el lugar donde se ubiquen.

Lobrot, refiriéndose a la autogestión en la escuela —lo que puede ser válido para toda clase de Instituciones— nos dice, entre otras muchas cosas interesantes: «La autogestión es un sistema que consiste en abolir toda suerte de Poder en el seno de la célula social considerada. Habiendo sido eliminado el fenómeno Poder, se puede comenzar a tener otras relaciones humanas que no se basen en la angustia y la violencia».[108]

Y teniendo en cuenta el valor educativo que desde el ángulo revolucionario puede tener la autogestión practicada desde ahora mismo allí donde sea posible, añade: «Una vez más, las organizaciones y todo cuanto inventen los participantes a partir de la desaparición del Poder, es verdad que dependen de la organización social del conjunto, dicho de otro modo, de la Institución externa, y que son limitadas por ella. Pero poco importa puesto que los individuos tienen la posibilidad de asumir libremente el trabajo que se les ha confiado. De ese modo, crean en principio una réplica de conjunto del sistema, y luego, se educan ellos mismos y el trabajo es más eficaz (...) También es posible que algunos miembros del grupo de que se trate se nieguen a asumir la responsabilidad de dicho trabajo y no hagan nada. Pero les queda la posibilidad de promover algo que les convenga más, a ellos mismos o a los compañeros»[109].

El valor primero que aquí resalta es la libertad. La solidaridad brota por sí sola al impulso del interés que el hombre pone en la obra emprendida cuando libremente la ha hecho suya. Aporta al buen logro

108 Lobrot: obra citada.
109 Lobrot: Obra citada

de la misma lo mejor de su persona. Se revaloriza a sus propios ojos al sentirse valorizado por los demás y se produce la simbiosis simpática que va implícita en la colaboración misma. Y eso, que ocurre en la escuela autogestionada, —Lobrot tiene de ella una larga experiencia y yo mismo la he vivido en varias ocasiones— ocurre en el ámbito profesional, en la familia, en el Municipio, en las asociaciones de vecinos y en todas partes donde la autogestión se practica.

La autogestión pues, practicada desde este momento a nivel de pequeños grupos, podría ser una preparación para la autogestión de la sociedad en su conjunto. Esta es mucho más compleja, naturalmente, porque abarca otras dimensiones que no afectan solamente al individuo o al grupo del que éste es participante directo, sino a la sociedad entera. Aunque de esa sociedad autogestionada pensamos hablar en un trabajo próximo, ello no es óbice para que maticemos aquí sus líneas fundamentales, a saber: Libertad, Igualdad de oportunidades y la solidaridad que de esas dos premisas se desprende.

Indiscutiblemente que en una sociedad autogestionada habrá de tenerse en cuenta la regulación del trabajo, de la producción y su distribución, de los servicios y de otras muchas actividades propias del ente creador y explorador que es el hombre. Pero todo ha de decidirse y hacerse entre todos de manera libre y responsable.

Como la autogestión no es un cuerpo de doctrina sino una forma de andar el hombre hacia la plena integración de su persona, la Moral no consistirá en un código de leyes para dirigir su conducta, sino en un modo de comportamiento que se desprenderá naturalmente de sus relaciones con el mundo y con los demás hombres, reflejadas en una conciencia que se habrá ido forjando con el conocimiento y mediante compromisos de reciprocidad humana.

Es indiscutible que si la personalidad del individuo sólo puede estructurarse en libertad haya que hacer una selección de valores, y en la Escuela, en lugar de incitar a los jóvenes al patriotismo, al egoísmo y a ser más que el Otro, se les enseñe la práctica del apoyo mutuo; actitud que

aprenden fácilmente colaborando en el juego y en el trabajo y, sobre todo, evitando hacer discriminaciones de cualquier tipo que sean. Es decir: que dentro de un clima de respeto y de libertad en casa, en la escuela, en el trabajo y en todas partes, los jóvenes, al igual que los mayores, aprenden a dialogar y a respetarse, y la Moral deja de ser un compendio de máximas y sentencias aprendidas de memoria de una vez por todas, para convertirse en praxis del bien vivir que irá robusteciéndose por su misma función superadora.

Indudablemente, la conciencia profesional y la consideración cívica son factores básicos de la moral que han de ir aproximándonos; pero nada hay tan dinámico para robustecer los vínculos entre los hombres y entre los trabajadores sobre todo, como la función solidaria. *Pierre Besnard* veía esto muy claro cuando advertía: «Que un trabajador sea víctima de una injusticia patronal e, inmediatamente, que todos los demás trabajadores del tajo, de la fábrica o de la oficina, se solidaricen con él y exijan que se haga justicia».[110] En España, las huelgas más importantes, tanto en el pasado como en nuestros días, han sido impulsadas por motivaciones solidarias. E incluso cuando el pueblo se levantó para barrer el paso al fascismo, lo hizo por un sentimiento espontáneo de solidaridad ante la amenaza que se cernía sobre la clase trabajadora; habiendo demostrado una vez más que en el apoyo mutuo está la fuerza de los hombres para acabar con todas las opresiones e injusticias y con la agresividad que corroe nuestra cultura.

¡Utopías! —Exclamarán algunos. No obstante, si nos atenemos a las experiencias más recientes y a otras menos recientes en el campo de la Pedagogía y a las que se han venido realizando en el ámbito de la psicoterapia en los últimos años, comprobamos el valor de la libertad en la estructuración de la persona humana y cómo en un clima de aceptación espontánea se han corregido muchos comportamientos delincuentes. Eso por una parte.

En el ámbito más amplio de las concurrencias sociales, además de los muchos ensayos felices de cooperación solidaria que la historia

110 Pierre Besnard: "L'ethique du Syndicalisme" Edit C.G.T.S.R parís, 1938.

del hombre registra, hay una experiencia de resultados altamente satisfactorios que tiene mayor importancia para nosotros por haberla vivido directamente. Me refiero a las colectividades campesinas de Aragón en los años 1936-37-38. En ellas todos podíamos intervenir, criticar y rectificar, y la articulación de nuestras estructuras en sus diversos niveles se hacía de manera funcional y sencilla. Para nosotros, esa mecánica coordinadora era fácil porque la habíamos practicado siempre en nuestros sindicatos. En cuanto a los efectos sicológicos, pudimos comprobar la seguridad que da sentirse apoyado por el conjunto y cómo la angustia y el temor desaparecen al asumir de modo solidario la responsabilidad en el trabajo y en la solución de todos los problemas que la sociedad nos va planteando.

La autogestión, indiscutiblemente, facilita las intercomunicaciones sociales y elimina muchas complejidades burocráticas; pero exige, naturalmente, determinadas estructuras y mecanismos de sincronización adecuados a las necesidades humanas. Como el principio básico de la autogestión es la libertad, los individuos se reúnen voluntaria y responsablemente para constituir los grupos —de trabajo, de estudio o de recreo— y éstos han de organizarse en estructuras específicas para realizar mejor la misión social que a cada uno corresponde. Si partimos pues de la libertad del Individuo y de su Inserción en el grupo, a medida que éste asciende en magnitud, únicamente la estructura federal puede garantizar el desenvolvimiento libertario de sus hombres y la coordinación solidaria de los diferentes grupos sin que ni uno solo de ellos sufra menoscabo de su libertad. Porque siendo el Federalismo la unidad en la diversidad y yendo siempre de abajo arriba en busca de la participación de todos y del acuerdo donde se sintetice la decisión de la mayoría, únicamente ese sistema —que va de lo pequeño a lo más grande sin omitir a individuo ni a grupo alguno— puede reunir ordenada y democráticamente las necesidades de todos y dar satisfacción a las aspiraciones del conjunto.

Federalismo y Economía

El Federalismo, que no podemos describir ahora con detalle, es apto para dinamizar todas nuestras intercomunicaciones y el más idóneo para satisfacer las múltiples necesidades del hombre, ya sea en los ámbitos de la producción y de los servicios como de la Ciencia, del Arte o del Ocio; porque es reuniendo el criterio y la capacidad del mayor número la mejor forma para aprovechar la energía humana sin malograr esfuerzos, así como para aclarar situaciones y abrir cauces a una convivencia más armoniosa. Veamos por ejemplo cómo se desenvuelven las relaciones económicas dentro de un Federalismo auténtico.

Un pueblo campesino se reúne voluntariamente para colectivizar sus tierras y cultivarlas mancomunadamente. Si se limitara a vivir autárquicamente o a producir de manera caprichosa se moverían sus vecinos en conflicto permanente al no poder preveer con antelación las necesidades de los intercambios. Para subsanar la dificultad, ese pueblo se federa con los otros de la comarca, varias comarcas se federan con los agricultores de la región y las regiones se federan a su vez para constituir la federación nacional. A partir de esta estructura pueden saber cuál es la capacidad productiva de los campos y el potencial humano para su explotación así como la cantidad de frutos de cada especie que la población necesita. De ese modo se llega a la planificación de los cultivos de acuerdo con las necesidades aproximadas y un cierto porcentaje más puesto que hay que dejar siempre un margen a los efectos de posibles Imprevistos —como heladas, sequías u otra calamidad.

La misma técnica puede aplicarse a todos los ramos de la producción; si bien, para conocer necesidades de consumo y calcular el monto de la producción en cualquier sector hay que contar la federación de cooperativas de la distribución, que por llevar la estadística de lo consumido, de cuanto sobró de cada género y de lo que faltó para cubrir la demanda, sus estadísticas habrán de ser precisamente la piedra de toque para planificar de modo racional cada período productivo en todas las industrias.

En cada Federación de Industria —metalúrgica, de la construcción o del transporte, etc.— al reunirse todos los elementos en el plano

local primero, comarcal y regional después, para constituir finalmente la federación nacional, se han ido sumando sectores pequeños entre sí hasta lograr componer un mosaico vivo, amplio, y complejo. Aparte la importancia que reside en esa conjugación racional de los diversos intereses para evitar roces y concurrencias perturbadoras, lo realmente interesante y decisivo para el hombre es que desde la aldea o el taller más insignificante, cada trabajador puede criticar cualquier mecanismo o decisión que no le haya satisfecho y sugerir otras soluciones que serán razonadas y discutidas en su momento en la Asamblea. De ese modo, todos los miembros de la industria, sin tener en cuenta si son ingenieros o peones, intervienen para discutir y tomar acuerdos a partir de las secciones más pequeñas.

Suele argüirse que bajo un régimen federal y una dinámica autogestionada, la economía sería una especie de caos sin proyección bien determinada ni control. Desde hace muchos años hemos comprendido que las más de las supuestas leyes económicas y las complicaciones del mercado eran artilugios al servicio de la especulación y para la obtención del lucro. Esto lo comprobamos de modo incuestionable en la administración del colectivismo aragonés cuando la economía estaba al servicio de los habitantes y no había especulación de clase alguna. Porque, en resumen, ¿para qué sirven las estadísticas y la administración de las cosas? Para satisfacer las necesidades de los hombres. Sabiendo pues, cuáles son ellas, no hay más que producir para satisfacerlas y distribuir los géneros de la manera más apremiante y equitativa.

Nos produjo gran satisfacción constatar que el pensamiento de un economista tan célebre como José Luis Sampedro fuera tan coincidente con el nuestro a juzgar por su expresión en «El Noticiero Universal» de Barcelona del 27 de febrero de 1975, en donde vierte conceptos tan sustanciosos como éstos:

«Pienso que —la ciencia económica— se encuentra en un callejón sin salida. Desconcertada ante la inflación e impotente ante el desarrollo, no sabe hacer otra cosa que inventar recetas que no sirven. Esto quiere decir, a mi juicio, que algo huele a podrido en Dinamarca».

A la pregunta que le hacía Antonio Figueruelo sobre si la inflación era un negocio, respondió: «Claro, por supuesto, para los que hacen negocios. Es raro, en este sentido, que ningún manual de economía insista en los beneficios como fuente de inflación, y sin embargo todos echan la culpa a los salarios. Si alguno cita los beneficios es para hablar del fenómeno negativo del aumento de precios consecuencia de la subida de los salarios. Lo qué llaman "inflación de costes" se reduce en la práctica a echar la culpa a los salarios».

Y enjuiciando el régimen capitalista decía:

«La situación, pues, está mal; pero dentro del sistema me parecería peor que siguiera bien: significaría que las contradicciones seguirían pagándolas los mismos de siempre».

«El sistema económico capitalista está, por supuesto, en crisis. En España, por tanto, es una crisis doble. El capitalismo español tiene ciertas peculiaridades: es nacionalista, técnicamente está viejo y, por tanto, depende del exterior —casi todos los nacionalismos políticos se pagan con cierta dependencia de alguna potencia exterior— y es centralista, que es lo mismo que monopolista».

«Sin embargo, estamos en condiciones de poder decir que la brújula del lucro no es apropiada para decidir las mejores inversiones del desarrollo. Todo el mundo sabe que el desarrollo viene de la enseñanza y de la técnica: ya me dirá qué tiene que ver el lucro en todo esto».

Y como superación a ese callejón sin salida de la economía de mercado —capitalista o estatal— decía:

«A mí me parece que el socialismo no autoritario resuelve mucho mejor los problemas».

Como vemos pues, todo estudio económico que se atenga a la realidad y pretenda satisfacer las necesidades de los hombres ha de rechazar la especulación y ponerse al servicio de la justicia, que es en definitiva la

participación de todos de manera autogestionaria para servir los intereses del conjunto. Si la economía colectivista de Aragón, a pesar de vivir en un período de guerra no llegó a sufrir inflación fue porque no había especulación de mercado. ¿No sería más interesante para los economistas analizar a fondo el fenómeno que seguir condicionados al carro dé los beneficios iniciado hace más de doscientos años por los utilitaristas ingleses?

No es menos importante como crítica económica y perspectiva de remozamiento cuanto escribía Luis Racionero en «Triunfo» del 18 de mayo de 1974, de cuyo artículo, que no tiene desperdicio, copiamos los párrafos siguientes:

«La nueva economía —que propugnamos— se distinguirá de la actual en tres aspectos fundamentales, los tres filosóficos —fines— y con radicales implicaciones tecnológicas. Estos tres principios son: Crecimiento cero, énfasis en la calidad en vez de la cantidad y descentralización».

«Lo primero a que han de tender los países ricos es a detener su crecimiento económico, lo cual no quiere decir parar el progreso, sino dedicarse no a crecer en cantidad, sino a mejorar la calidad».

Y refiriéndose al progreso cita la siguiente frase de *Stuart Mill*: «Una situación estacionaria de capital y población no implica un estado estacionario de progreso humano. Habría tanta posibilidad como siempre para toda clase de cultura mental y progreso moral y social; tanto campo para mejorar el Arte de Vivir y más facilidades de hacerlo».

Expresión, que redondea el mismo Racionero al decir: «Para ello, desde un punto de vista político y social, se debe demostrar repetidamente que una «economía en desarrollo» continuo no es un éxito, sino un cáncer. Y que el despilfarro que se permite en nombre de la competencia y con ayuda de la publicidad debe detenerse».

El pensamiento de su artículo queda más condensado en estas frases: «Desde el punto de vista personal se trata de ver con claridad cómo

las personas esclavizan, cómo las nociones de "mío y tuyo" se Interponen entre la persona y una forma verdadera, clara y liberada de ver el mundo». «En una economía de crecimiento cero, la cantidad de producción material sería fija, y toda mejora en los métodos productivos podría redundar en mayor ocio para la población».

«La sociedad actual sólo es compleja mientras se quieran mantener sus actuales premisas de competencia, acumulación de capital, explotación, centralización, financiación, coacción, burocracia; es decir, la dominación del hombre por el hombre».

Como ponen bien de relieve estos testimonios, la economía —del mismo modo que la Imposición explotadora— es alterada y complicada para justificar el lucro y la iniquidad del privilegio. La planificación anticipada de las posibilidades económicas ha de tener en cuenta las necesidades para dar satisfacción económica a los ciudadanos. Es esta una medida racional que todas las agrupaciones pueden adoptar de acuerdo con su medio ecológico y su capacidad técnica. No obstante, la previsión es cada día más sencilla; porque apoyándonos en las estadísticas de consumo y utilizando unos pocos ordenadores sabríamos a groso modo cuanto se precisa de cualquier género alimentario, de objetos domésticos, del vestido, del transporte o de cualquier otro servicio. Todo se reduce en definitiva a producir en concordancia con las demandas de consumo. Sin embargo, para que ese dinamismo económico sea racional y deje de ser un caos competitivo al servicio de unos intereses particulares egoístas y de usurpación, hay que volver a la función autogestionaria y al Imperativo insoslayable de la justicia colectiva.

Para garantizar la solidaridad que impida privilegios y abusos, es Indispensable la Intervención de todos; porque mientras haya quien pretenda absorber la voluntad de otros y asimismo quienes abdiquen de su personalidad dejando en manos extrañas la decisión de sus propios Intereses, no podrá existir la libertad genuina ni la igualdad de oportunidades para gozar equitativamente de cuanto existe en los ámbitos económico, cultura), afectivo o recreativo. Es decir, que sin una praxis de autogestión proseguirán en pie la burocracia represiva y la humillante

desigualdad económica. Y ello es fatal, ya lo hemos dicho en diferentes tonos, porque cualquier sujeto que quiera levantarse sobre los otros, rebaja a sus hermanos y genera la guerra. El filón de los genes humanos nos da a todos un potencial equivalente y unas aspiraciones semejantes, por cuanto sólo es factible el desenvolvimiento de una sociedad concertada en un clima de solidaridad movido por una dinámica autogestionaria.

Todos los hombres que piensan —economistas, sociólogos, etnólogos, educadores o trabajadores de cualquier ramo— rechazan al capitalismo por la iniquidad del sistema y los violentos antagonismos que engendra; pero todavía los más no se dan cuenta de que la explotación capitalista no es la causa de ese daño represor y alienante. Si no hubiera una fuerza armada que respaldara al terrateniente y al dueño de las infraestructuras lucrativas —ya sean éstas instrumentos de producción, riqueza mobiliaria, financiera o de cualquier otra índole— ¿quién aceptaría ser explotado o que un señor jactancioso se apoderara del término de una comarca o de un poblado? Desde siempre la propiedad privada y la explotación del trabajo ajeno han sido robos efectuados y propiciados por la fuerza armada. Y esa opresión usurpadora y violenta fue fomentada a través de siglos y sistemas políticos por la única institución que podía hacerlo, por el Estado.

Además de que la historia nos lo expresa de manera incontrovertible y en el capítulo «*El Leviatán*» ha quedado demostrado con creces, podemos apoyarnos en el mismo Marx cuando dice: «El Estado y la servidumbre siempre van unidos»[111]. Al leer esta frase nos preguntamos: ¿Cómo habiendo pensado esto pudo luego abogar por la Dictadura del Proletariado? Ya hemos repetido varias veces que en su obra hallamos fragrantísimas contradicciones; aunque de haber sido fiel a esa expresión no hubiera dejado para las calendas griegas la sociedad anarquista que colocaba al final de un período remoto, ni hubiera supuesto jamás que por medio de la tiranía era posible llegar a la libertad del Hombre Total.

No es menos absurda la pretensión de Lenin cuando quiere alcanzar la sociedad comunista bajo este grosero esquema: El proletariado

111 Citado por Maximilien Rubel en : “L’Europe en formation” num. 163-164

es más que la población, aunque el Partido es más que el proletariado; claro que el Comité Central tiene más autoridad y capacidad decisoria que el Partido y que el Secretario General es aún más capaz que el Comité Central, y por lo mismo él ha de poseer la autoridad suprema. ¿No era ese mismo esquema político el del zar? El lenguaje de éste era más claro y directo, porque hablaba de burócratas, policías, gobernadores, ministros y a la cabeza de todo él, el autócrata. Lenin tomaba asimismo el cetro del autócrata; pero queriéndolo camuflar tras un ropaje de vocablos nuevos que en resumen no decían nada; porque si la autoridad se concentraba en su persona, todo lo demás era un tinglado al servicio del dictador. De eso se lamentan hoy todos los hombres que protestan en Rusia y en los otros países del Este: de que no pueden intervenir en decisión alguna, de que no se cumplen ninguna de las normas jurídicas que constan en sus Constituciones y por esa osadía son condenados a los campos de concentración o a los psiquiátricos. ¿Es que las dictaduras se atienen a la ley o cumplen alguna vez sus compromisos? La dictadura es la exacerbación del poder, la arbitrariedad y la voluntad omnímoda del autócrata; lo más opuesto por tanto a la libertad y a la praxis autogestionaria.

El federalismo, que por ir de abajo arriba recoge de modo racional la información de las necesidades humanas y es el modo más idóneo de satisfacerlas, tiene que cumplir otra misión más delicada: la de garantizar la libertad del individuo en la dinámica del plexo social. Ya hemos constatado que la autoridad y la explotación enajenan a los oprimidos, tanto más cuanto mayor sea la tiranía y la expoliación, y que tal enajenación únicamente podemos sacudírnosla con una toma de conciencia individual y la organización (-bas) más responsable y solidaria de cuantos lo anhelamos de manera resuelta. Ahora bien, si el enajenado por el Estado, por el capitalismo o por un partido acepta su enajenación y la obediencia que le imponen, no puede salir del círculo maldito y continuará expoliado y manipulado eternamente.

El régimen federal energizado por la autogestión es el que brinda a los ciudadanos la praxis para ser libres y dueños de su propio destino. Ello no obstante, atrae a pocos productores y no adquiere ante la opinión la fuerza liberadora que en sí mismo tiene. ¿Por qué? Ya Aknatón, pasando

por los profetas hebreos y luego en Grecia por Zenón, Diógenes y Eplcuro entre otros muchos, predicaron hace siglos la fraternidad entre los pueblos y la necesidad imperiosa de emanciparse de dogmas e injusticias; pero, ¿quiénes aprendieron su lección y siguieron su ejemplo? No debe extrañarnos si siempre fueron los menos, ya que existen: por un lado, muchos intereses creados que se oponen a la difusión de las ideas solidarias, y por otro la ignorancia y el condicionamiento que velan a los más de los habitantes el conocimiento de esas proyecciones de universalismo y libertad.

No podemos negligir tampoco, que entre condicionadores y condicionados se establecen corrientes cerradas que apenas permiten la interferencia de Informaciones nuevas en su ámbito y que los absorbidos por ese flujo reductor no tienen oportunidad de ver el panorama aleccionador que los circunda; es decir: que a reforzar la secular ignorancia contribuyen en gran medida las actitudes sectarias que son las que mantienen prisionero al individuo en las estrecheces dogmáticas.

Siendo los frenos que nos impiden ser hombres auténticos el doctrinarismo condicionante y la subsecuente agresividad entre los partidos, deberíamos atacar directa y sicosociológicamente a esos estorbos ancestrales. Claro que para no caer en el surco viciado de la historia, hay que procurar no atacar ni herir a los hombres sino a las barreras que obstaculizan la normal evolución de la especie. El Cristianismo creía que amando a Dios y adoptando una actitud fraterna, la felicidad y la paz dominarían en el orbe; los partidarios del sufragio universal suponían que cuando esa democracia se obtuviera reinarían la libertad, la justicia y la concordia humana. La Revolución Francesa pretendía haber conquistado la libertad, la fraternidad y la igualdad, cuando todo quedó en grabar esas palabras en el frontispicio de los establecimientos oficiales, incluso en las cárceles para mayor ironía, después de haber servido en bandeja el poder a Napoleón para que sacrificara la nación a su egolatría paranoica. El marxismo, motivo central de este estudio, asegura que aboliendo la propiedad privada, no sólo se establecerá el socialismo, se acabará con todos los conflictos y surgirá el Hombre Total. Tras los sesenta años últimos de «socialismo» en Rusia, ¿vale la pena hacer algún comentario

a este propósito? En estos dogmas como en tantos otros que podríamos citar, la fanática credulidad genera afirmaciones gratuitas que no tienen otra base que la idolatría.

¿Qué es la idolatría en substancia? Es el producto de una obsesión y de la fantasía. Fabricamos un ídolo y seguidamente creemos en él. Puede ser una divinidad, un filósofo, un amuleto, Marx, Hitler o Mao, y una vez arrodillados al ídolo, nos proyectamos en su esfera y minimizamos a todo lo demás. De no ser así analizaríamos las supersticiones, enjuiciaríamos las personas y las cosas en su realidad genuina y veríamos su relatividad, de ningún modo su hinchado predominio.

Esta objetividad nos lleva de la mano a otra consideración: ¿Por qué actuamos casi siempre contra y apenas nos detenemos en el pro? El fanatismo de origen tribal y el miedo nos ponen de ordinario a la defensiva, viendo enemigos por todas partes porque no estamos seguros de nosotros mismos. Si en lugar de ser arrastrados por esos antagonismos atávicos que engendran rivalidad y odio dialogáramos de manera autogestionaria para descubrir la verdad y planificar una sociedad al servicio de las necesidades de todos, llegaríamos a converger puesto que en el fondo aspiramos a lo mismo: a gozar de libertad, de justicia y de Igualdad de oportunidades. Y no es la mengua de razón ni la incapacidad quien nos Impide conseguirlo, sino el odio que fomentan las sectas. Para justificar ese odio y seguir uncidos al yugo de la guerra, se nos dice, por boca de hombres tan famosos como Hegel, Darwin, Marx, Lenin y Lorenz, que la agresividad es algo innato en la especie humana porque lo hemos heredado de los animales. ¿Hemos heredado asimismo la capacidad de levantar ciudades, de construir barcos, aviones, microscopios o pianos? Si fuimos capaces de inventar una superestructura cerebral ¿no podemos cambiar hábitos y controlar instintos? La agresividad puede ser innata, porque está inserta en el paleoncéfalo; pero el neo cortex puede embridarla y someterla a las exigencias de una convivencia armoniosa.

Por otro lado, la agresividad de origen animal nada tiene que ver con el odio. Los animales no odian y cuando se pelean dos machos de la misma especie, el que se rinde y acata la superioridad del otro, acepta

el estatuto y raramente vuelven a pelearse. Pueden convivir en el mismo territorio, y aunque se miren con cierta prevención, nunca lo hacen con odio. Y si nos atenemos al comportamiento de los felinos u otra clase de predadores comprobaremos que cazan para alimentarse, no por odio ni el deseo de hacer daño, conducta que no entra en sus costumbres. La agresividad es una actitud ofensiva o defensiva que impuso la evolución natural a medida que la multiplicidad de las especies se desarrollaba y se combatían para asegurar alimento y espacio; pero los hombres, al levantarse sobre la naturaleza y crear un esfera humana, ya no son víctimas de un fatalismo animal, y cazan, cultivan, pescan o matan, no por un ciego instinto sino por una acción voluntaria o un proyecto anticipado. Cierto que seguirán alerta y mostrarán agresividad ante cualquier situación de peligro; pero esa predisposición a la defensa o al ataque, nada tiene que ver con el odio, que emerge de resentimientos interiores y se fomenta mediante estereotipos racistas y dogmáticos.

El odio, como todos los males del área humana, surge del autoritarismo y se agranda o prolifera por el sentimiento de culpabilidad. Del mismo modo que las decisiones morales casi nunca son tomadas para elegir el bien o la verdad sino por un compromiso entre unos deberes que nos han impuesto desde una posición religiosa o política, el odio se genera a partir de una culpabilidad que nos tortura y que pretendemos proyectar a otro. Cuando nos sentimos culpables de un abuso, de una injusticia o de alguna infidelidad a personas o grupos, buscamos tácita e inconscientemente un chivo expiatorio al que hacer responsable de nuestra irritante culpabilidad. Y como en razón directa de esta proyección el odio se polariza y se acrecienta, nos hacemos víctimas de nuestra irritable inestabilidad y acabamos en una actitud de irreconciliable violencia.

Luego si la agresividad es subordinable a la voluntad del hombre y el odio es la causa de unas culpabilidades que nos han impuesto a partir de una falsa moral o de un sectarismo doctrinario, esos disolventes históricos se pueden ir eliminando por el diálogo sincero en la autogestión, que al fusionar a los ciudadanos en un quehacer común, disipa agresividades ancestrales y suprime la fuente misma del odio; porque al desaparecer las culpabilidades y las fidelidades nocivas, el hombre aparece al desnudo con

sus necesidades y apetitos, su curiosidad y su imaginación creadora. Y esto es irreversible; porque una vez liberado, ya nadie puede volverle al redil de la obediencia ni a los encadenamientos doctrinarios.

Así, forjado en la fragua de la autogestión, el hombre verá diáfanamente dos caminos: una economía al servicio de las necesidades sociales, sin especulaciones de mercado, y una dinámica federal que, por estar basada en el respeto a la personalidad de cada uno y abierta a la Innovación permanente, a nada ni a nadie pone trabas, facilitando la evolución más estimulante y mejor concertada; es decir, la que la voluntad mayoritaria del pueblo elija en cada instante.

DINAMISMOS Y ESTRUCTURAS AUTOGESTIONARIAS

En la esfera de la producción, por ejemplo, si cada federación satisface las necesidades del pueblo, apenas tendrán que inmiscuirse en su función los demás grupos; pero cuando se trate de servicios como el transporte, la educación, la higiene, etc, además de la participación libre y voluntaria de cuantos trabajan en el ramo, tendrán alguna cosa que decir los habitantes más o menos directamente afectados, ya que todos hemos de servirnos de la infraestructura del transporte y de los servicios sanitarios, y a todos pueden importarnos los métodos de la educación o la buena marcha de cualquier otro servicio. Por lo mismo, cuando se planteen problemas de orden general en esos sectores, podrán intervenir los vecinos al margen del ramo a que pertenezcan.

Pero ya sean federaciones productivas o de los servicios, todas deberán converger en un Consejo Nacional, compuesto por representantes de cada una de las federaciones, en el que se habrán de articular todos los efectivos y posibilidades. De este modo no solamente se sabrá en cada instante el cúmulo de necesidades y de recursos, sino que, asimismo, se podrá apoyar a las comunidades o federaciones más débiles para que superen una infraestructura deficitaria o algún bache de carácter técnico-científico.

Porque si el federalismo implica la reunión de lo diverso ha de procurar asimismo que no haya desigualdades ni diferencias. Así pues, como por la participación de todos se conoce el estado de cada uno de los sectores, podrá remediarse siempre cualquier deficiencia o dificultad que surja.

Aparte del dinamismo propio del ámbito del trabajo, que los sindicatos deben regular, están las poblaciones con sus heterogéneas problemáticas de urbanismo, de convivencia, de arte, recreo y de otras manifestaciones más matizadas cada día. Cada población, por tanto, tendrá que examinar sus exigencias y sus posibilidades; aunque deberán federarse también entre sí, comarcal, regional y nacionalmente los Ayuntamientos al objeto de ayudarse mutuamente, estableciendo los intercambios del folclore, de exposiciones artísticas, de experiencias y conocimientos diversos, etc. Los hombres se federarán para muchas actividades que ya

existen y para otras nuevas que se irán creando —en el área psicológica, familiar, deportiva, filatélica, arqueológica, etc.—; Pero si funcionan con eficacia las de la producción y las de los servicios, la de cooperativas de distribución y la de municipios, tenemos ya la columna vertebral de un federalismo sincronizado, en el que la autogestión lo dinamiza y determina todo; puesto que cada mujer, cada joven y todos los hombres intervienen en aquello que les atañe, ya sea en la esfera laboral, en la del ocio o para hacer la crítica de las promociones municipales de todo orden. Así, autogestión y federalismo se funden en un quehacer común al servicio de todos por la práctica de la democracia más auténtica. Ese dinamismo autogestionado, articulado por un federalismo integral —se dirá— puede parecer viable y a la vez sugestivo; pero ahora estamos enredados en las mallas de un capitalismo absorbente y sometidos a la presión de un estatismo poco liberal. ¿Qué actitud habría que adoptar para abrirse camino hacia esa sociedad libertaria? Si bien queremos explicar con mayor detalle en otro trabajo el amplio contenido de la autogestión y su perfecto funcionamiento, nos parece oportuno indicar aquí las actividades básicas que deberíamos propiciar y robustecer con voluntad consciente. Si como hemos apuntado, la garantía de la producción y de los servicios está en el buen funcionamiento de las federaciones de cada ramo o especialidad, tendríamos que organizar desde ahora mismo las estructuras federales que habrán de sustituir a las de concurrencia caótica que hoy existen.

A poco que analicemos la panorámica social y los esquemas que señalábamos más arriba, constataremos que hay tres perspectivas funcionales que deberían atraer nuestro interés muy especialmente:

En primer lugar la organización de una red de agrupaciones sindicales capaces de hacerse cargo poco a poco de la economía bajo la cooperación autogestionaria. Esta organización, que se enlazará en cierto modo con el sindicalismo histórico de la Acción Directa, habrá de tener como misión primera atraer a todos los trabajadores —incluidos cuadros y especialistas— para, mediante el estudio, la solidaridad cotidiana y los encuentros y asambleas, ir forjando de manera conjunta y responsable la mentalidad y las situaciones susceptibles de operar el cambio social de libertad y de justicia al que aspiramos.

La conjunción de estos organismos que han de coordinar los intereses fundamentales del pueblo y que han de ser dinamizados por la praxis de la autogestión, podrían estimular y atraer a los ciudadanos todos del país para ir avanzando mancomunadamente hacia una sociedad más libre y justa.

Esto que venimos proyectando no es más que un abanico de posibilidades: el que nosotros proponemos para salir del caos existente. En cuanto a si es posible convertirlo en realidad concreta hemos de añadir que si bien no descartamos las dificultades, todo depende de que los hombres, si no todos una mayoría al menos, sepan proponérselo de manera decidida y consciente. Sabemos que cuanto existe en la esfera social es el producto de nuestra imaginación. No estamos satisfechos con la forma de vida que se nos ha impuesto. Estamos contra la injusticia y la represión. Poseemos el potencial intelectual suficiente para proyectar un mundo mejor y plasmarlo en realidad. ¿Qué nos falta pues? Cambiar nuestra mentalidad al objeto de que toda la imaginación que hemos puesto al servicio del desarrollo tecnológico sepamos ponerla para rectificar nuestras estructuras sociales y gozar humanamente de ese mismo progreso.

Pero desde la primer hacha y el primer vestido —que fueron inspirados sin duda por la presencia de órganos defensivos en los otros animales— hasta el primer avión o el primer *Sputnik*, todo ha tenido que ser imaginado por el hombre antes de realizarlo. Cambiar por tanto la sociedad sin haber bosquejado en la mente el cañamazo de la que habrá de sustituirla, es tan imposible como fabricar una computadora sin saber una jota de técnica electrónica. Quienes propagan, pues, que lo importante es hacer la revolución y que la consciencíación y preparación vienen luego, no hacen sino repetir el marchamo absurdo de la historia y reforzar el poder, para beneficiarse ellos y dejar al pueblo tan alienado y oprimido como antes. Está bien claro que con ciudadanos libres y conscientes nadie se auparía sobre los hombres de los demás. Por eso, quienes luchan por la toma del poder se opondrán siempre a que los hombres se cultiven y se esforzarán por el contrario en mantenerlos domesticados y obedientes a dogmas y consignas.

Contra ese adoctrinamiento que convierte a los pueblos en víctimas del apasionamiento y agresividad ancestrales hemos de levantarnos dignamente si queremos ser hombres libres elaborando una personalidad y una conciencia; porque sólo al sentirnos pilotos de nuestra propia nave y saber vincularnos a los demás cordial e inteligentemente, comprobaremos que por la dinámica autogestionaria en todas las esferas sociales podemos colocarnos en situación idónea para eliminar líderes represivos y organizar la sociedad al socaire de libres compromisos basados en el apoyo mutuo.

Ahora bien-, si queremos que la estructura federal autogestionada funcione a satisfacción de los individuos y de los grupos es preciso que nos comportemos con responsabilidad consecuente. Cierto que la espontaneidad, espita de la imaginación, ha de poder manifestarse en toda coyuntura; aunque sobre un cañamazo social bien articulado y coherente, ya qué en la proyección comunitaria sólo hay dos alternativas: seguir apáticos y subyugados a una minoría agresiva o levantar enhiestos la mirada y conducir la nave social de manera colectiva y consciente. De la primera alternativa sabemos demasiado ya. La segunda —que es la única esencialmente humana— exige de nosotros una toma de conciencia libre y resuelta, teniendo muy presente: que si la abulia y la cobardía han facilitado la opresión, ni el espontaneísmo a ultranza ni la rebeldía ¡reflexiva pueden encauzar y mantener una Federación solidariamente coordinada. Hacen falta hombres. Y como decía Camus «sólo se es hombre siendo auténticamente responsable». Por ello, sin ciudadanos responsables y generosos la revolución verdaderamente liberadora seguirá siendo un sueño.

Hablando del hombre podríamos decir que es un arco dinámico que tiende a proyectarse cada vez más lejos. Pero esto, que es así a escala filogenética como demuestra nuestra zigzagueante línea evolutiva, no puede generalizarse a todos los hombres; ya que, ni todos aspiramos al cambio con la misma voluntad y decisión, ni tampoco gozamos todos en igual medida del afán de libertad Y es que, la libertad, no puede ser dictaminada desde arriba, por decreto, ni nadie puede otorgarla a otro; pues es algo vivo que brota de lo íntimo de la persona y que toma amplitud y vigor por la cooperación solidaria con los demás. Cuando decía Bakunin

que él no podía sentirse libre mientras hubiera un semejante esclavo sobre la tierra; ponía el acento en ese sentimiento profundo de solidaridad que bajo concepto alguno puede ir desligado de la libertad del hombre.

Puesto que la palanca y la orientación de la sociedad federada ha de ser el hombre libre y responsable, a la tarea de informarnos y de ir elaborando una conciencia por el quehacer de cada día en un ámbito estimulante de solidaridad y de búsqueda hemos de aplicarnos en primera instancia; lo que exige dos actitudes consecuentes: liberarnos de los frenos tradicionales e ir en busca del Otro con actitud serena y abierta. Porque tanto si nos mantenemos anclados en viejas supersticiones como si nos aferramos desesperados a los nuevos mitos, abdicamos de nuestra aptitud enjuiciadora y esperamos confiados en que unas jerarquías sapientes resolverán por nosotros todos los problemas. Si por el contrario, hemos comprendido que la libertad es algo que hemos de ganar día tras día mirando al mundo que nos rodea con mente despierta y ojos abiertos, fácil nos será deducir que quienes se duerman en la credulidad, despertarán esclavos.

Queremos insistir, sin embargo, en que de modo alguno podremos avanzar en la búsqueda laboriosa hacia un mundo adaptado a las necesidades del hombre libre si no vamos firmemente enlazados de la mano; ya que el individuo, sólo puede alcanzar su plenitud vinculándose con los Otros. De ahí que paralelamente al desarrollo sindical de tipo autogestionado, esa misma solidaridad debería hacerse extensiva al campo de la distribución. Para ello los organismos adecuados son las cooperativas, de las que España cuenta ya con unos miles, aunque muy pocas son, es verdad, las que se hallan impregnadas de sentimiento realmente cooperador. Deberíamos pues, multiplicarlas en todos los sectores a ser posible: del consumo, de la producción y de la Enseñanza, de la construcción, de la sanidad, etc., y al mismo tiempo sentar en ellas las bases de una auténtica cooperación solidaria.

La Cooperativa podría ser en todas las esferas el agente por excelencia de educación cívica y revolucionaria, y al socaire de su dinamismo autogestionario se iría formando una corriente de generosidad y confianza

que aceleraría el cambio a marchas forzadas. Las de mayor impacto sin embargo en estos momentos podrían ser las del campo, si estuvieran sólidamente federadas, naturalmente, e irrigadas en su gestión por las cooperativas de crédito; porque esas dos condiciones —economía propia y unidad entre ellas— haría posible el prescindir de los intermediarios en beneficio de los productores y de la población consumidora.

Si junto a estos dos frentes, que si bien han de ser autónomos tendrían que intercambiarse información, ayuda y aspiraciones, se afianza y adquiere conciencia colectiva la federación de municipios, tendríamos los cauces inequívocos y la energía necesaria para instaurar el medio social de la autogestión en cualquier momento. Cierto que hay que estimular previamente el apetito de libertad y el afán de cooperación; aunque nada hay tan rentable para ello como la práctica de la autogestión en todos los actos cotidianos. Hay que empezar por formar las agrupaciones federadas en los pueblos y en los barrios de las ciudades. Federarse a continuación en las grandes urbes a nivel local en primer término, y luego, como el federalismo aconseja y la autonomía de cada grupo requiere, federarse comarcalmente para resolver aquello que atañe a la comarca. Federarse a nivel de región para cuanto afecte a ésta y finalmente en el plano nacional.

Ahora bien, si en todas las federaciones hay que actuar de manera autogestionada, imponiendo el respeto para todos y no tolerando supremacías ni manipulaciones burocráticas, en ningún sector es tan indispensable esa atención para garantizar la democracia como en las asociaciones o grupos de vecinos; porque al ser una población más heterogénea y de intereses menos concretos, no es difícil inmiscuirse con propósitos elitistas e intenciones inconfesas provocadoras de antagonismos y de desconfianzas. Por lo mismo, si una de las actitudes más aproximadoras y discretas es la tolerancia, tolerar gérmenes de autoridad o intenciones malévolas supondría complicidad y cobardía.

Y terminaremos volviendo una vez más a realzar los valores positivos del hombre. Todos sabemos, y la historia nos lo testimonia a cada paso, que el odio y la agresividad generan respuestas violentas y malestar en el individuo que a menudo acaban en neurosis. Por el contrario, el

gesto generoso, el diálogo dilucidador y constructivo y la solidaridad a todos los niveles sosiega los ánimos, nos produce una sensación de bienestar y nos acerca al otro confiados. Este comportamiento humanista, pues, además de ser factor insustituible de comunicación y entente nos ayudará poderosamente a descubrir los nefastos errores del Poder y de la explotación y por supuesto, nos dará la fuerza indispensable para realizar la mutación social del modo menos cruento posible.

Unámonos pues, no bajo la autoridad o una bandera, sino sencilla y llanamente de manera autogestionaria para resolverlo y hacerlo todo entre todos, único método para dar objetividad a nuestro vivir y abrir amplios horizontes a nuestra imaginación creadora.

Félix Carrasquer Tibidabo, abril de 1977

BIBLIOGRAFÍA

Hegel: «La Phenomenologie de l'Esprit» (1807). Traduction de Jean Hyppolite. París. Aubier 1939-1941.
Hegel: «Oeuvres choisies», de K. Marx et de F. Engels, 3 vols. Maspero, 1971. París.
Hegel: «Oeuvres choisies», de K. Marx par Norbert Gu-terman et Henri Lefebre. París. Ed. Gallimard, 1966.
K. Marx, F. Engels: «Le Syndicalisme». La Premiére International. Recueil de documentos publicados bajo la dirección de Jacques Freymont. Genéve, Droz, 1962.
K. Marx: «Manuscrits de 1844». Economie politique et philosophie. París. Ed. Sociales, 1968.
V. Lenin: «Oeuvres». Paris-Moscu. E.L.E. 40 vol. 1958-1969.
León Trotsky: «Terrorisme et Communisme». Presentation dAlfred Rosmer-París U.G.D., 1963. Collection «Le Monde», en 10-18.
León Trotsky: «La Revolution Permanente», 1928-1931. París Ed. Gallimard, 1968. Coll. Idees.
Djilas Milovan. «La Nouvelle Classe Dirigeante». París. Ed. Plon, 1957.
Claude Aubert et AIü: «Regards Froids sur la Chine». París, Ed. Seuil, 1976.
E. de Guzmán: «La Muerte de la Esperanza». Ed del Toro. Madrid.
E. de Guzmán: «El Año de la Victoria». Ed. del Toro. Madrid.
Burnett Bolloten: «El Gran Engaño». Ed. Luis de Caralt. Barcelona, 1967.
«La CNT en la Revolución Española». Ed. CNT. Toulouse, 1952-1953. C.
M. Lorenzo: «Les Anarchistes Espagnols et le Pouvolr», Ed. du Seuil, 1S69.
J. García Pradas: «La Traición de Stalin». Cómo terminó la Guerra de España). Ed. de Cultura Proletaria. New York, 1939.
J. Martínez Amutio: «Chantaje a un Pueblo». (Memorias de la Guerra Civil Española), 1936-1939. Ed. G. del Toro.Madrid.
Yvon Bourdet: «La Dóllvrance de Promethée». Ed. Anthro-pos. París. **Yvon Bourdet-A. Guillem:** «Clefs pour l'Autogestion». Ed. Seghers, París.
Daniel Mothe: «Autogestión et condltions ¿3 travail». Ed. Cerf. París, 1976.
Pierre Rosanvallon: «L'Age de l'Autogestion». Ed. Seuil, 1976. París.

Índice